



peinando la muerte

rituales de vida y muerte
en la prehistoria de
menorca

peinando la muerte

**rituales de vida y muerte
en la prehistoria de menorca**

Museu d'Arqueologia de Catalunya-Barcelona

Del 9 de febrero al 28 de mayo de 2006

Presentaciones

Mateu Martínez Consejero de Cultura y Educación del Consell Insular de Menorca	7
Caterina Mieras Consejera de Cultura de la Generalitat de Catalunya	9

Estudio

Peinando la muerte: rituales de vida y muerte en la prehistoria de Menorca Vicente Lull Rafael Micó Pérez Cristina Rihuete Herrada Roberto Risch	13
Introducción	13
El contexto espacial y cronológico	14
La tierra como mundo vivido y pensado: las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol entre 1600 y 1450 a.n.e.	21
Peinando la muerte: las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol entre 1450 y 800 a.n.e.	26
Epílogo	55
Composición del equipo y agradecimientos	59
 Catálogo	 63
 Bibliografía	 99
 Créditos	 103

presentaciones

El año 1995, los espeleólogos menorquines Pedro Arnau y Josep Márquez descubrieron las cuevas de Es Càrritx, y Pedro Arnau en 1997, encontró la cova de Es Mussol. Quiero comenzar estas líneas con un reconocimiento a su actitud cívica, al comunicar inmediatamente este hallazgo casual a la Administración, cosa que, lamentablemente, no siempre es frecuente.

Los hallazgos realizados en las sucesivas excavaciones arqueológicas de estas cuevas y las subsiguientes investigaciones científicas que realizaron los miembros de la Universidad Autónoma de Barcelona que tuvieron la dirección de los trabajos: Vicente Lull, Rafael Micó, Roberto Risch i Cristina Rihuet, han permitido profundizar en el conocimiento que se tenía de la prehistoria menorquina y balear, poniendo al descubierto rituales de enterramiento que hasta aquel momento se desconocían, que nos acercan a las vivencias culturales y religiosas de los pueblos que nos han precedido en nuestro territorio. De la misma manera, la recuperación de los restos arqueológicos, sobre todo los de carácter orgánico, ha enriquecido nuestro patrimonio histórico, cuyo conocimiento queremos compartir a través de esta muestra.

El Consell Insular de Menorca, administración que tiene desde 1994 las competencias exclusivas en materia de patrimonio histórico, ha apostado claramente por la protección de estos restos, al margen de la sensibilidad política que gobierne la institución en uno u otro momento. Por este motivo se erigió en promotor de la excavación de las mencionadas cuevas y de la posterior difusión de los resultados, siempre con importantes patrocinadores, como la entidad bancaria Sa Nostra y la Fundación Rubió Tudurí.

La itinerancia de esta exposición tiene para nosotros una significación importante, porque permite ampliar los horizontes de difusión de nuestros rasgos culturales fuera de la isla, y que sea el Museu d'Arqueologia de Catalunya el primer centro de depósito de bienes muebles del patrimonio histórico que la reciba es una garantía para que esto sea así.

Mateu Martínez

Consejero de Cultura y Educación del Consell Insular de Menorca

Menorca es como un gran museo al aire libre por la riqueza y diversidad de sus monumentos prehistóricos. En este sentido, los descubrimientos de las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol han aportado unos hallazgos arqueológicos extraordinarios. Gracias a este valioso legado, hoy podemos conocer de una forma más precisa la organización social, la estructura económica y los rituales colectivos de los habitantes de la isla entre los años 1600 y 800 antes de Cristo.

Esta exposición que se presenta en el Museu d'Arqueologia de Catalunya pone a nuestro alcance las claves de estos precedentes remotos, establecidas a partir de los resultados de las investigaciones dirigidas por un equipo de la Universidad Autónoma de Barcelona. Nos hace comprender, por tanto, de qué forma se vivía y también se moría en comunidad. Nos describe los símbolos, las creencias y las expresiones que caracterizaron aquellos tiempos. Y nos ilustra sobre los contactos e intercambios con el continente, que permiten deducir que aquella primitiva sociedad menorquina no era marginal ni estaba atrasada.

Como Consellera de Cultura del Gobierno catalán, me complace agradecer la valiosa colaboración del Consell Insular de Menorca en una muestra que estoy segura que ha de satisfacer tanto a los expertos como al público interesado. Una vez más, encontramos en el estudio de los tiempos más antiguos elementos que contribuyen a profundizar en la relación entre territorios que, desde la identidad específica propia de cada uno, comparten una misma lengua y cultura.

Caterina Mieras

Consejera de Cultura de la Generalitat de Catalunya

estudio

Peinando la muerte: rituales de vida y muerte en la prehistoria de Menorca

Introducción

Las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol son dos de los yacimientos arqueológicos más interesantes y singulares de la cuenca occidental del Mediterráneo. Se localizan en el término municipal de Ciutadella de Menorca (islas Baleares) y fueron descubiertos a raíz de sendas exploraciones espeleológicas en los años 1995 y 1997, respectivamente. Tras varias campañas de excavación y un extenso programa de investigación, los hallazgos realizados han permitido desvelar aspectos insospechados sobre la economía, la sociedad y la ideología de las comunidades que habitaron Menorca durante la Prehistoria.

Pocas veces la arqueología brinda la oportunidad de estudiar objetos de naturaleza extraordinaria, que sólo unas condiciones ambientales únicas han permitido conservar. No hace falta ser un experto para asombrarse ante un delicado peine de madera de tres mil años de antigüedad; o para preguntarse sobre el significado de dos expresivas tallas, también de madera, que reposaron durante milenios en las entrañas de la tierra; o para dudar, todavía sin salir de la incredulidad, sobre si eso de ahí delante es realmente un envase de cuerno prehistórico repleto de mechones de cabello teñido; o para maravillarse, una vez más, a la vista de las osamentas, apenas cubiertas por un fino polvo, de decenas de personas inhumadas en la misma cámara generación tras generación. Ahora bien, la excepcionalidad de las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol no se debe únicamente al carácter inédito de muchas de las piezas recuperadas. Por fortuna, ha sido posible documentarlas detalladamente en los contextos en que fueron depositadas, de forma que, gracias a esta información suplementaria pero fundamental, hoy sabemos en el marco de qué tipo de actividades sociales fueron utilizadas.

Los conocimientos proporcionados por Es Càrritx y Es Mussol han modificado y enriquecido el panorama general de la prehistoria de Menorca y, por extensión, de las Baleares. A quien conozca la arqueología del archipiélago, siquiera someramente, no hace falta

decirle que en pocos lugares del mundo la obra del pasado prehistórico tiene tanto protagonismo en la configuración del paisaje. *Talaiots*, *taules*, *navetes*, *murades* e *hipogeus*, entre otros tipos de estructuras, salpican los ecosistemas baleáricos marcando hitos que educan la mirada. Desgraciadamente, muchas veces la abundancia y espectacularidad de los yacimientos arqueológicos no va acompañada de las investigaciones que éstos merecen, ni tampoco del respeto debido a sus vestigios. Los materiales arqueológicos, sean de la naturaleza que sean, constituyen una herencia pública que debemos investigar, difundir y preservar. La herencia pública arqueológica debería quedar al margen del criterio actual de propiedad privada, porque nadie ha de poder arrogarse la titularidad exclusiva de un bien producido y mantenido colectivamente. Ello vale tanto para los célebres expoliadores como para los adinerados coleccionistas, que mutilan un pasado común y lo atesoran para su disfrute privado. Las administraciones competentes tampoco pueden eludir su responsabilidad. La desidia de las instituciones o la deficiente preparación profesional de una parte de sus encargados deberían desaparecer del decálogo de lamentos con que, a menudo, describimos el estado de nuestra profesión.

En el caso que nos ocupa, una feliz coyuntura permitió salvar todos estos obstáculos. Por un lado, las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol se habían mantenido a salvo de los “buscadores de tesoros”. Por otro, las instituciones mostraron un interés poco frecuente en apoyar la investigación. Y además, sobre todo, se contó con la ayuda y el aliento de muchas personas, para quienes las cuevas recién descubiertas hablaban tanto del pasado como de nuestro presente.

La publicación que aquí presentamos se estructura en dos partes. En la primera, expondremos una descripción de los hallazgos más relevantes efectuados en las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol, así como una síntesis de los resultados de las investigaciones. Comenzaremos por un capítulo introductorio dedicado a situar en el espacio y en el tiempo los materiales objeto del estudio. A

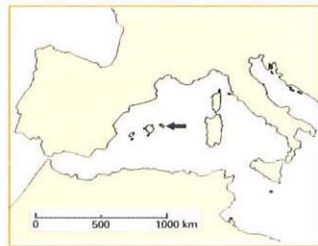
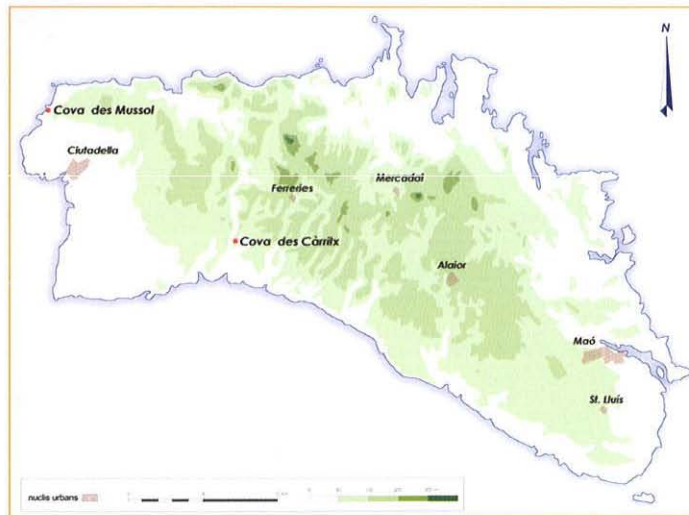


Figura 1. Mapa de Menorca.
Localización de las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol.

continuación, y dado que la ocupación de ambas cuevas se desarrolló a lo largo de diversas etapas, hemos dividido el texto restante en capítulos que se corresponden con cada una de ellas. En términos generales, el segmento temporal que más nos interesa cubre casi un milenio de duración y coincide, total o parcialmente, con diversos periodos de la prehistoria balear. Por esta razón, en cada uno de estos capítulos se ofrece siempre una visión general de las sociedades balearicas a la luz de los nuevos descubrimientos. Finalmente, un capítulo conclusivo repasará los aspectos más interesantes de todo lo expuesto. La segunda parte de este trabajo comprende el catálogo de las piezas incluidas en la exposición. Por último, se adjunta una lista de publicaciones sobre las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol, donde se recoge de forma ampliada todo lo tratado en este trabajo. Quien desee adentrarse más en el conocimiento de la prehistoria de las islas Baleares hallará en estas publicaciones las referencias bibliográficas oportunas.

El contexto espacial y cronológico

La cueva de Es Càrritx: localización y características

La cueva de Es Càrritx es una cueva natural de naturaleza cárstica, que se abre en uno de los parajes más bellos del barranco de Algendar, a unos 30 m por encima de su lecho (Figs. 1 y 2). Los estudios geológicos de David Gómez-Gras, de la Universidad Autónoma de Barcelona, nos informan de que la formación de esta cavidad data de hace cientos de miles de años, cuando las aguas de lluvia se filtraban en la tierra abriéndose camino por el sustrato geológico de "marés" que caracteriza esta parte de Menorca. La cueva se extiende a lo largo de 230 m, aunque sólo los primeros 170 m presentan interés arqueológico. En éstos pueden distinguirse siete salas o espacios diferenciados (Fig. 3). Transitar a través de ellos resulta posible sin demasiadas penurias, ya que el

techo es suficientemente alto, el suelo está formado en muchos sectores por arcillas rojizas depositadas horizontalmente y la actividad cárstica sólo se mantiene con intensidad en ciertos sectores, dando lugar a estalactitas y estalagmitas.

Las circunstancias de su descubrimiento fueron del todo fortuitas. En la mañana del 22 de febrero de 1995, Pedro Arnau y Josep Márquez, espeleólogos de la *Unió Excursionista Menorquina*, se hallaban explorando una zona del flanco occidental del barranco de Algendar cuando repararon en una minúscula abertura en la pared rocosa. Tras ensanchar un poco el orificio, se deslizaron a través de él y descendieron por una pendiente de varios metros. La oscuridad era casi absoluta y entonces encendieron sus linternas. Ante sus ojos se iluminó un recinto de una treintena de metros cuadrados, en cuya superficie yacían desordenadamente miles de huesos humanos, algunas piezas de bronce y fragmentos de otros objetos que reconocieron como prehistóricos. Habían entrado en el lugar que más tarde denominaremos Sala 1.

Tras reponerse de la sorpresa, iniciaron una inspección hacia el interior de la cueva con el fin de averiguar si había otras vías de acceso. El resultado fue negativo pero, en cambio, constataron la presencia superficial de numerosos restos arqueológicos. La emoción se intensificó cuando, tras atravesar un angosto ramal y llegar al pequeño recinto que designaremos más adelante como Sala 5, el suelo cedió bajo su peso y reveló una oquedad que contenía un conjunto insólito de objetos de madera, abundantes restos de lo que parecían ser cabellos, así como vasijas cerámicas y objetos de bronce. Conscientes de la relevancia de los hallazgos, decidieron dar parte inmediato a la administración. De vuelta al exterior, arrancaron matas de carrizo (*càrritx*) de los alrededores y las colocaron sobre el hueco que abrieron al entrar, a fin de disimular el acceso. A raíz de este acto de camuflaje se bautizó la cueva de Es Càrritx.

El personal arqueológico del *Consell Insular de Menorca* confirmó enseguida la importancia del yacimiento, así como las dificultades inherentes a la recuperación de vestigios tan delicados y



Figura 2. Localización de la cueva de Es Càrritx.

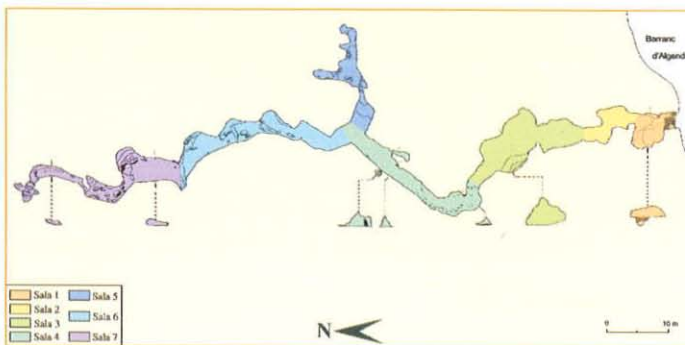


Figura 3. Planta de la cueva de Es Càrritx (planimetría de Pedro Arnau, Josep Lluís Florit, Josep Márquez y Montserrat Márquez).

abundantes. Fue entonces cuando Simó Gornés, por aquel entonces arqueólogo al servicio de dicha institución, se puso en contacto con el equipo de investigación arqueológica de la Universidad Autónoma de Barcelona del cual formamos parte. Ahí comenzó nuestra implicación en el proyecto. En la primavera de 1995 se realizó una primera campaña de recuperación de los vestigios del depósito de la Sala 5. A continuación, entre los meses de junio y agosto del mismo año se abordó la excavación de la Sala 1 y la recogida de los restos superficiales localizados en las otras salas. Una tercera campaña permitió finalizar la excavación del recinto funerario de la Sala 1.

Una vez hecha esta introducción, es el momento de describir someramente cuáles eran los puntos de interés arqueológico de la cueva de Es Càrritx. Ya hemos señalado que muchos hallazgos resultaban visibles en diferentes zonas de la cueva, mientras que en otros sectores fue necesario desenterrarlos siguiendo técnicas minuciosas. El sector con mayor densidad de restos es la Sala 1, un espacio de planta cuadrangular de unos 32 metros cuadrados que comunica con el exterior. En el pasado, cuando esta sala funcionaba como cementerio, se accedía a ella tras franquear el vano abierto en un muro de grandes piedras que tapiaba la entrada.

Al norte de la Sala 1 se inicia un corredor corto y estrecho de apenas 75 cm de altura que comunica con la Sala 2. Ésta es un espacio de trazado irregular, bajo y alargado, cuya excavación no ha concluido. Buena parte de los restos que contenía procedían de la Sala 1, fundamentalmente astillas de huesos humanos y pequeños objetos o fragmentos minúsculos desplazados de su lugar original.

La Sala 2 conduce a la Sala 3, un espacio de mayores dimensiones en el que es posible permanecer de pie en casi toda su extensión. En su superficie se documentó un pequeño hogar y dos concentraciones de restos arqueológicos, una con predominio de huesos de animales domésticos y fragmentos de estalactitas, y otra con abundantes trozos de vasijas cerámicas.

El recorrido de la cueva prosigue con la Sala 4, separada de la anterior por una cortina de estalactitas y estalagmitas. En distintos puntos de esta sala, en realidad un corredor alargado, yacían algunos huesos dispersos de *Myotragus*, un herbívoro endémico de Mallorca y Menorca que se extinguió hace miles de años. También se recuperó una punta de lanza de bronce que alguien había arrojado a una oquedad lateral a través de un agujero en la pared. Más enigmática resultaba la presencia de abundantes surcos verticales producidos por dedos humanos, trazados sobre una de las coladas de arcilla filtrada que emergían de puntos de la roca.

Llegados al extremo de la Sala 4, justo a la derecha se inicia un ramal estrecho que conduce a la Sala 5 tras ascender por un pasillo inclinado y reptar varios metros con gran dificultad. Este espacio de reducidas dimensiones y de difícil acceso fue el lugar escogido para ocultar el espectacular depósito compuesto por piezas de madera, metal, cerámica y mechones de cabello a que nos referimos antes. Si no nos desviamos del trayecto principal, la Sala 4 comunica con la Sala 6. En este sector de la cueva se recuperó un contexto arqueológico no menos enigmático que el depósito de la Sala 5. Sobre el suelo hallamos un recipiente cerámico partido por la mitad que, al parecer, había sido suspendido de la pared rocosa para iluminar, a modo de lámpara, el camino de quienes transitaron por este lugar. Varios metros más adelante, sobre una roca plana y baja semejante a una mesa, se observaba una concentración de cenizas. Al pie de esta roca, y flanqueado por otras dos piedras de menor tamaño, se apreciaban los restos de un pequeño hogar. Nuestra sorpresa fue mayúscula al comprobar que, mezclados con los restos de las antiguas brasas, había un buen número de huesos humanos, sobre todo de manos y pies. Muy cerca de la "mesa" de piedra, directamente sobre el suelo y junto a la pared de la cueva, podía verse una agrupación de huesos dispuestos de tal modo que semejaban la representación esquemática de una mano apuntando hacia el hogar. Finalmente, varias grietas de la pared próxima albergaban acumulaciones intencionales de huesos humanos. De nuevo, casi todos correspondían a manos y pies.

Además, entre ellos se mezclaban fragmentos de estalactitas de apariencia muy similar.

Las primeras gentes que frecuentaron la cueva de Es Càrritx llegaron más allá de la Sala 6. Para conseguirlo, avanzaron fracturando una cortina natural de estalactitas que cerraba originalmente el paso y depositaron parte de sus fragmentos en un lugar resguardado de las inmediaciones. La Sala 7 se inicia precisamente a partir de dicha cortina. El trazado y el firme son ahora más irregulares que en los espacios anteriores. En su punto más extremo, a 170 m ya de la entrada y sobre una repisa rocosa natural, fue depositada una vasija cerámica adornada con dos apliques redondeados que quedan a la vista de quien alcanza este punto de la cueva. Este objeto marcaba el final del trayecto para las gentes prehistóricas.

La cueva de Es Mussol: localización y características

La cueva de Es Mussol está situada en el tramo inferior de un acantilado que cae a pico unos 40 m sobre el mar, en el paraje de Cala Be, a unos 4 km al noroeste del casco urbano de Ciutadella (Figs. 1 y 4). Tiene unos 200 m de recorrido y se puede acceder a ella mediante dos aberturas orientadas al sudoeste (Fig. 5). La entrada principal se encuentra a unos 8 m del nivel del mar. Llegar hasta ella desde el agua resulta dificultoso al principio, pero se suaviza más arriba gracias a un escalonamiento natural de la roca que conduce a un amplio rellano. En el fondo de esta plataforma se abre la entrada propiamente dicha, que forma un hueco rectangular parecido a una ventana. Por encima de este acceso y aproximadamente a la mitad de la pared del acantilado, se abre el segundo acceso. En este caso, se trata de un orificio triangular muy angosto. Precisamente aquí habitaba el mochuelo (*mussol* en catalán) que saludó la llegada de Pedro Arnau una tarde a inicios del verano de 1997, y que dio nombre a la cueva.

La formación de la cueva de Es Mussol se debió a la acción de procesos de disolución cársticos que siguieron diversas fracturas de la roca calcárea miocénica y que todavía son muy activos en la



Figura 4. Localización de la cueva de Es Mussol.

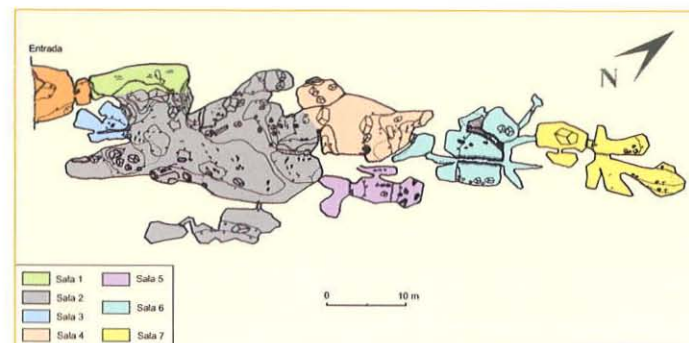


Figura 5. Planta de la cueva de Es Mussol (planimetría de Pedro Arnau y Josep Lluís Florit).

actualidad. El interior de la cueva ha registrado importantes alteraciones en el pasado, derivadas fundamentalmente de la caída de grandes bloques procedentes del antiguo techo. Dichos desprendimientos son los responsables de la irregularidad de la superficie transitable a pie, así como de la formación de pequeñas oquedades a cotas bajas.

Tras su descubrimiento, nuestro equipo de la Universidad Autónoma de Barcelona se hizo cargo de la investigación. Las características arqueológicas de la cueva de Es Mussol guardan muchos paralelismos con las de la cueva de Es Càrritx. Un rápido recorrido por su interior bastará para que nos percatemos de ello. Una vez franqueado el hueco de la entrada principal, se accede a un espacio alargado de unos 12 m de longitud que denominamos Sala 1. El suelo presentaba una superficie llana y horizontal lo que, unido a un techo bastante alto y a la tenue luz exterior, permitía caminar sin demasiados problemas. Sobre el suelo no se observaban restos arqueológicos, sino tan sólo algunas plumas y huesos dispersos de aves marinas. La Sala 1 fue la única que poseía una acumulación sedimentaria estratificada. Al fondo, un giro brusco hacia la derecha daba acceso a la Sala 2. Aquí, el silencio y, sobre todo, la oscuridad, eran ya totales.

La Sala 2 es la más amplia de la cueva. Su superficie es muy irregular debido a la caída caótica de grandes bloques desprendidos del techo. Además, la elevada humedad y la actividad cárstica hacen muy resbaladizo el suelo. Aquí se veían los primeros objetos arqueológicos, concretamente fragmentos aislados de cerámica prehistórica y varios recipientes completos. Los bloques caídos que conformaban el suelo de la Sala 2 dejaban con frecuencia oquedades de profundidad variable. Uno de estos huecos, sin embargo, resultó ser la entrada a un pasillo en pendiente, muy angosto e inclinado. Reptando a través de este pasadizo se llega a un complejo formado por tres cámaras intercomunicadas de pequeñas dimensiones, que designamos en conjunto como Sala 3. Para acceder a la más profunda (Sala 3c) había que pasar por un estrecho agujero que se encontró cerrado

artificialmente por medio de una losa. Tras retirarla y entrar, pudo comprobarse que la sala contenía unos hallazgos verdaderamente extraordinarios. En este recóndito lugar, y diseminados por toda su irregular superficie, había varios objetos de madera, un material que sólo en condiciones ambientales excepcionales resiste el paso del tiempo. Dos piezas en particular destacaban sobre las demás. Se trataba de las primeras tallas con rasgos humanos documentadas en la arqueología balear. La primera yacía de perfil al pie de un resalte de la roca. A cierta distancia de ésta y en un lugar preeminente, se hallaba la segunda. Sorprendentemente, ésta era la representación de una cabeza humana coronada por dos apéndices a modo de cuernos. En el espacio entre ambas, había también tres vasos de cerámica que posiblemente fueron utilizados como candiles para iluminar la estancia.

En la cueva de Es Mussol aguardaban más sorpresas. Desde la Sala 2 también podía accederse a la Sala 4, un recinto subdividido en dos sectores. El primero (Sala 4a) era un espacio alargado y de piso muy irregular, al igual que ocurría en la Sala 2. En una repisa natural de la pared oriental, a más de dos metros de altura, se depositaron en época prehistórica varios objetos de bronce, aunque las piezas más llamativas, un “espejo” de bronce y al menos dos placas desmenuzadas de marfil de elefante, descansaban directamente sobre el suelo. El sector 4b se localiza a un nivel inferior y en uno de sus puntos más profundos se detectaron otros materiales de bronce.

La Sala 5 deparó la última sorpresa. Nadie podía imaginar que quienes frecuentaron la cueva hubieran aprovechado un lugar como éste para dejar algunos objetos, ya que para acceder a esta sala hay que atravesar una pequeña abertura en la pared y salvar seguidamente un desnivel de varios metros antes de alcanzar el suelo. La Sala 5 es un amplio espacio alargado e irregular, donde los únicos restos arqueológicos recuperados, también de bronce, habían sido depositados en lugares recónditos.

La cueva de Es Mussol posee otras dos salas más profundas, aunque en ellas no se han hallado restos arqueológicos.

La dimensión temporal de las ocupaciones humanas en Es Càrritx y Es Mussol

Una de las primeras tareas que debe afrontar cualquier investigación arqueológica es determinar cuándo fueron utilizados y depositados los objetos que nos proponemos analizar. Cuando los hallazgos proceden de estratos diferentes dispuestos en orden secuencial, puede saberse qué cosas se dejaron allí antes, después o al mismo tiempo que otras. En este caso, los restos pueden ordenarse según un esquema de *cronología relativa*. Dado que en Es Càrritx y Es Mussol gran parte de los objetos yacían dispersos sin conexión estratigráfica, casi nunca fue posible aplicar este procedimiento de datación.

Ahora bien, las cronologías relativas no bastan para saber cuánto tiempo hace que tales o cuáles objetos fueron utilizados y, por último, desechados y depositados; es decir, son insuficientes para averiguar la *cronología absoluta* de los hallazgos. Sin ella, la arqueología no podría cumplir su objetivo de conocer el funcionamiento de las sociedades del pasado, ya que ignoraría qué conjuntos de objetos fueron usados contemporáneamente por cada una de dichas sociedades. Existen diversos métodos para establecer cronologías absolutas. Sin embargo, el más adecuado para las etapas finales de la prehistoria europea es el célebre Carbono 14. En nuestras investigaciones sobre Es Càrritx y Es Mussol realizamos en total 34 dataciones de Carbono 14, lo que supone una cifra inusualmente alta en el panorama de la arqueología menorquina. Combinando estas dataciones con otros tipos de indicadores cronológicos, conseguimos ordenar en el tiempo los descubrimientos y agruparlos en etapas o fases que expresan el carácter de las ocupaciones prehistóricas acaecidas en las dos cuevas (Fig. 6). Dichas etapas marcarán el recorrido de la historia que relataremos en los capítulos restantes.

La mayor intensidad en el uso social de las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol se registró en el intervalo comprendido entre ca. 1600 y 800 antes de nuestra era. Este segmento temporal coincide con



Figura 6. Cronología de los usos sociales en las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol.

Período	Duración (a.n.e.)
Campaniforme (Mallorca)	aprox. 2500/2300 a 2000
(¿Poblamiento de Menorca?)	¿aprox. 2300 a 2000?
Epicampaniforme/dolménico	aprox. 2000 a 1600
Naviforme	aprox. 1600 a 1100
Prototalayótico	aprox. 1100 a 850
Talayótico	aprox. 850 a 550/500
Postalayótico	aprox. 550/500 a 123

Figura 7. Cronología de la prehistoria de Menorca y Mallorca.

los periodos denominados Naviforme y Prototalayótico de la secuencia prehistórica de las islas Baleares (Fig. 7). Sin embargo, las comunidades humanas habían comenzado a habitar Menorca y Mallorca varios siglos antes de que los primeros seres humanos dirigieran sus pasos hacia las profundidades de la tierra. Detengámonos brevemente en estos precedentes.

El poblamiento del archipiélago se inició durante la segunda mitad del III milenio antes de nuestra era (a.n.e.). Los primeros testimonios fiables de dicha presencia corresponden a Mallorca y se datan aproximadamente entre 2500 y 2300 a.n.e. En lo que respecta a Menorca, su ocupación no debió demorarse demasiado, con lo que la colonización estable de las islas, hasta donde podemos asegurar actualmente, se remonta a poco más de 4.000 años. Esto implica que el poblamiento balear se produjo varios milenios más tarde que el de otras islas mediterráneas como Cerdeña, Córcega, Malta, Creta o Chipre. Las razones para explicar este retraso relativo todavía no están claras. Entre éstas figuran la relativa lejanía de Mallorca y Menorca respecto al continente y su marginalidad respecto a las rutas de intercambio mantenidas por las sociedades neolíticas del Mediterráneo occidental. Por otro lado, tampoco sabemos a ciencia cierta qué motivos pudieron haber impulsado a ciertas comunidades del III milenio a embarcarse en busca de un nuevo hogar. Uno de los motivos para emigrar pudo ser el aumento de los conflictos en el seno de los grupos sociales del continente y también entre los mismos a escala regional. Ya fuera a causa de tensiones derivadas por el exceso de población o bien por el desarrollo de relaciones económicas de explotación y sumisión, a finales del III milenio a.n.e. determinados grupos del nordeste de la península Ibérica y de las riberas del golfo de León zarparon hacia unas tierras hasta entonces quizás sólo avistadas o visitadas esporádicamente.

Las primeras comunidades que se asentaron en Mallorca vivían en pequeños poblados formados por cabañas poco consistentes, como los documentados en Son Ferrandell-Oleza (Valldemossa) y Ca Na Cotxera (Muro). El carácter semisedentario de su estilo de

vida se refleja en que también frecuentaban cavidades rocosas de las montañas, como sucedió en Son Matge (Valldemossa) y Coval Simó (Escorca). Precisamente en este tipo de emplazamientos se localizan las escasas tumbas conocidas (abrigo de Son Gallard, en Deià, y cueva de Moleta, en Sòller). Las primeras comunidades mallorquinas practicaron la metalurgia del cobre. Entre los objetos más característicos figura la cerámica decorada de tradición campaniforme y diversos útiles fabricados en sílex, como cuchillos y hoces.

En torno a la transición entre el III y el II milenios a.n.e. las comunidades insulares entraron en un nuevo periodo, que conocemos como "epicampaniforme/dolménico". Los asentamientos mantuvieron las características anteriores, pero con la diferencia que ahora tenemos la certeza de que su expansión geográfica cubrió todo el archipiélago. No obstante, las novedades más importantes atañen a las prácticas funerarias, donde llama la atención la diversidad de los tipos de recintos utilizados para tal fin: sepulcros dolménicos (Son Bauló de Dalt, en Santa Margalida; S'Aigua Dolça, en la Colònia de Sant Pere; Montplé, en Maó), hipogeos sencillos con fachada y entrada megalíticas (Biniai Nou 1 y 2, en Maó; Cala Morell 11 y 12, en Ciutadella) o desprovistos de ellas (Ca Na Vidriera 4, en Palma), y también cuevas naturales (Son Marroig, en Deià; Can Martorellet, en Pollença). Pese a esta variedad, hubo coincidencia en practicar rituales colectivos de inhumación. En virtud de dichos rituales, las sepulturas acogían los cadáveres de una comunidad local generación tras generación por espacio de varios siglos. Las visitas periódicas con motivo de sucesivos sepelios solían llevar consigo la desarticulación de los esqueletos presentes con anterioridad y la dispersión y rotura de los restos humanos, así como de las modestas ofrendas (vasos cerámicos, punzones y cuchillos de cobre o bronce, adornos de hueso y concha) que de vez en cuando acompañaban a los cadáveres. La subsistencia de estas comunidades estaría basada en una dieta mixta, agrícola y ganadera, con una escasa o nula contribución de alimentos de origen marino. Fabricaban cerámica para almacenar, cocinar y servir la comida, una parte de la cual

presenta motivos decorativos por lo general más toscos que los de filiación campaniforme. Disponían además de utensilios sencillos de metal, piedra y hueso. Conocemos poco su organización social, pero no hay indicios de relaciones de explotación económica ni de jerarquías políticas estables.

Hacia 1600 a.n.e. se produjo una ruptura muy marcada en el desarrollo de la vida social en Mallorca y Menorca, que coincidió con lo que cabría calificar de crisis generalizada en el entorno europeo y mediterráneo. Sociedades que hasta entonces habían mostrado grandes desigualdades económicas en su seno, como el Grupo Argárico en el sudeste de la península Ibérica, Wessex en el sur de Inglaterra o Unetice en Europa central, sufrieron una alteración radical y rápida en su organización interna que condujo a su desaparición. Esta crisis trajo consigo reacomodos económicos y políticos, y provocó amplios movimientos migratorios.

En este contexto, arribaron a las Baleares contingentes poblacionales que fueron los responsables de destacadas transformaciones en todos los ámbitos. Destaca la implantación de un nuevo tipo de poblados formados por grandes viviendas alargadas construidas a base de grandes bloques de piedra. La morfología de estos recintos es absidal y recuerda la de un barco en posición invertida, por lo que se les conoce como edificios naviformes (*navetes d'habitació* en la terminología local) (Alemany, en Calvià; Closos de Can Gaià, en Felanitx; Cala Blanca, en Ciutadella). La entrada se efectuaba por la "popa" y su interior constaba de un único espacio que solía disponer de los utensilios suficientes para llevar a cabo una amplia gama de actividades: un hogar para cocinar, cocer la cerámica o incluso para fundir bronce; banquetas o plataformas para descansar, trabajar o depositar utensilios; recipientes cerámicos para almacenar, preparar y consumir alimentos y bebidas, e instrumentos como cuchillos de metal, machacadores de piedra o punzones de hueso, que serían empleados para tareas tan variadas como trocear porciones de carne, procesar materias vegetales o confeccionar prendas de vestir.

Son precisamente los edificios naviformes los que dan nombre a la época en cuyos inicios se registraron las primeras visitas a las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol. A partir de ahora, proseguiremos esta historia de la mano de los hallazgos realizados en ambas.

La tierra como mundo vivido y pensado: las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol entre 1600 y 1450 a.n.e.

Hace poco más de 3.500 años, grupos reducidos de personas hicieron de las profundidades de la tierra el escenario de ceremonias hasta entonces inéditas en las Baleares. Los restos que dejaron tras de sí en las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol permiten reconstruir cómo se desarrollaron estas prácticas y sugerir cuál fue su significado.

Fuego y ofrendas en Es Càrritx y Es Mussol

La Sala 3 de Es Càrritx ha proporcionado numerosos materiales arqueológicos correspondientes a las primeras visitas que recibió la cueva. La mayoría son fragmentos de cerámica pertenecientes a vasijas de almacenamiento de buena calidad, aunque no faltan los recipientes de menor capacidad, más adecuados para el procesado o el servicio. A pocos metros de las vasijas, una concentración de fragmentos de carbón vegetal delataba la presencia original de una hoguera de aproximadamente medio metro cuadrado de superficie. Sin embargo, no parece que estuviese destinada a la preparación de comida. Es cierto que no lejos de ella se recuperaron algunos huesos de animales domésticos, pero el análisis realizado por Mabel Montero (Universidad Autònoma de Barcelona) permite descartar que se tratase de restos de comida, ya que en ellos no se aprecian signos de asado, hervido y, ni siquiera, las marcas que suele dejar el consumo. Por otro lado, entre los huesos de fauna se recuperaron fragmentos de estalactitas que debieron ser traídas desde otros puntos de la cueva.

El cuadro que emerge de todo ello no es el propio de una actividad típica de carácter doméstico. Más bien, la Sala 3 parece haber sido el escenario de una serie de estancias de corta duración, durante las cuales, y a la luz de una hoguera, se realizaban ofrendas en forma de porciones de animales y, probablemente, también de las sustancias contenidas en los recipientes cerámicos. Además, se manipularon y depositaron fragmentos de estalactitas.

Resulta sorprendente el parecido entre el conjunto de objetos hallado en la Sala 3 de Es Càrritx y los recogidos en la cueva de Es Mussol. Aquí, una vez culminada una arriesgada travesía por mar o bien un no menos peligroso descenso por tierra, las primeras gentes que visitaron la cueva dejaron rastro de su presencia en la Sala 1 y, en menor medida, en la Sala 2. Aproximadamente en el centro de la Sala 1 habilitaron una pequeña hoguera, cuya solera estaba formada por fragmentos cerámicos que, además de mantener eficientemente el calor, garantizaron una correcta combustión de la madera, al aislar el combustible del suelo húmedo y arenoso. Raquel Piqué, de la Universidad Autónoma de Barcelona, ha analizado los restos de madera carbonizada hallados sobre dicha hoguera. Los resultados indican que la leña correspondía a cinco especies diferentes: acebuche u olivo (*Olea europaea*), la más abundante con cerca del 90% de los fragmentos estudiados, pino carrasco (*Pinus halepensis*), lentisco (*Pistacia lentiscus*), higuera (*Ficus carica*) y jaras (*Cistus* sp).

El testimonio de las actividades realizadas en la cueva de Es Mussol nos ha llegado en forma de recipientes de barro, herramientas de piedra y hueso, restos óseos de animales domésticos y abundantes fragmentos de estalactitas y estalagmitas. La mayoría de las vasijas, fragmentadas e incompletas, corresponden a recipientes de almacenamiento. Algunas de ellas se hallaron en áreas de la Sala 2 sujetas a intensos procesos de formación estalagmítica, por lo que probablemente tenían la función de almacenar el agua que todavía se sigue filtrando en esas zonas. Otros recipientes de mediano tamaño, como cuencos y ollas, permiten entrever otras actividades

relacionadas con el almacenamiento y/o manipulación de otro tipo de materiales. Sin embargo, llama la atención la ausencia de pequeños vasos utilizados para el consumo individual, como cuencos y escudillas.

Además de los fragmentos de cerámica, los únicos útiles documentados fueron un punzón fabricado a partir de un hueso de bóvido joven, y un percutor de piedra utilizado para golpear materiales muy duros. Otra pieza interesante hallada en la Sala 1 fue un botón prismático de marfil de elefante. El marfil es un material poco frecuente en el registro arqueológico de las sociedades prehistóricas europeas. Su presencia aumenta a finales de la Edad del Cobre y en la primera etapa de la Edad del Bronce, en el marco de una ampliación e intensificación de los intercambios a larga distancia. Es muy probable que el marfil procediera del norte de África, dado que en esta zona habitó hasta época romana un elefante de pequeñas dimensiones (*Loxodonta africana cyclotis*). En tal caso, la materia prima o los productos ya elaborados arribaron a Menorca quizás por intermedio de las comunidades del sudeste de la península Ibérica, que en aquellos momentos estaban experimentando profundos cambios.

Para averiguar qué actividades se llevaron a cabo en un lugar de tan difícil acceso como la cueva de Es Mussol, debemos atender al tipo de objetos representados y a los resultados de los análisis científicos realizados sobre distintos tipos de muestras.

El análisis microscópico de una sección del suelo de la Sala 1 efectuado por Charly French, de la Universidad de Cambridge, ha revelado que el lugar fue visitado en tres ocasiones. De entrada, ello permite descartar que la presencia de los utensilios de hueso, piedra, cerámica y los restos de animales respondiera a un evento fortuito. Tomando en conjunto todos estos materiales, a nadie se le escapa la dificultad que debió entrañar su transporte hasta la cueva, especialmente en el caso de las grandes vasijas y del combustible para la hoguera. En un primer momento, pensamos que estos vestigios correspondían a una especie de campamento, donde un reducido grupo de personas habría preparado su comida

al fuego y se habrían alimentado en torno a la hoguera. No obstante, al igual que sucedió en el Sala 3 de la cueva de Es Càrritx, el estudio de los restos de animales mostró que las porciones de carne no fueron cocinadas ni consumidas.

Como tampoco hallamos otro tipo de alimentos, ni tampoco pequeños cuencos o escudillas para su distribución, la función del hogar se habría limitado a ser fuente de luz y calor. Sin embargo, aunque la madera de *Olea* se presta muy bien a esta utilidad, no dejaba de sorprendernos que se usaran también otras especies vegetales menos apropiadas para tal fin, como las jaras y, sobre todo, la higuera, que quema mal y produce un humo nada saludable. Con todo, no pensamos en que estas especies fueran arrojadas al fuego para otros fines hasta que Tony Stevenson, de la Universidad de Newcastle, anunció los resultados del análisis de los granos de polen hallados en las inmediaciones de la hoguera. En ellos destacaba la presencia de restos de gramíneas, crucíferas, quenodios y manzanillas en cantidades apreciables. Así pues, quedaba claro que se arrojaron al fuego otras plantas más por sus propiedades aromáticas que caloríficas.

La presencia de una notable cantidad de estalactitas partidas alrededor del hogar, así como la del percutor utilizado para romperlas, planteaba nuevos interrogantes. Sabíamos que la hoguera no había servido para cocinar y que las porciones de animales no habían sido consumidas. Tampoco era verosímil atribuir una determinación estrictamente económica a las visitas, ante la desproporción entre el coste y los riesgos que entrañaba realizarlas con relación al supuesto producto obtenido. Por tanto, nos atrevimos a suponer que las visitas tuvieron por objetivo la deposición de distintos materiales en forma de ofrendas, tal vez a alguna entidad ideológica relacionada con el mundo subterráneo.

Magia en Es Càrritx

Prosigamos nuestro recorrido por la cueva de Es Càrritx. Una vez abandonada la Sala 3, avanzamos sin dificultad a través del

espacio alargado que conforma la Sala 4. A su final, advertimos un curioso elemento. En una de las coladas de arcilla que surgen de la pared rocosa, se observan unos extraños surcos entrecruzados y en ocasiones superpuestos, producidos por el deslizamiento vertical de varios dedos humanos. La ubicación de las marcas en un lugar muy visible, justo en la entrada de la Sala 6, anticipa en cierta manera lo que encontraremos un poco más adelante.

El elemento focal de la Sala 6 era una hoguera dispuesta al lado de una roca plana parcialmente cubierta de cenizas (Fig. 8). También aquí encontramos huesos asociados al fuego, pero, a diferencia de lo sucedido en la Sala 3, esta vez no eran de animales, sino de seres humanos, y se hallaban mezclados con los fragmentos de madera carbonizada que delataban la antigua hoguera. No había duda de que, contemporáneamente a la ocupación de la Sala 3, uno o varios individuos se adentraron todavía más en la cueva de Es Càrritx para realizar una actividad secreta. ¿En qué consistía ésta? Aunque es difícil dar una respuesta, el análisis de los materiales ha proporcionado algunas claves para su comprensión. En primer lugar, llama la atención que los restos humanos de la Sala 6 respondan a cierto tipo de selección intencionada, ya que no conforman esqueletos siquiera parcialmente completos sino que, en su conjunto, predominan los huesos de manos y pies, sobre todo de los dedos. Además, los que estaban en contacto con los fragmentos de carbón vegetal no muestran señales de combustión, por lo que no parece que hubiera una intención de incinerar partes mutiladas de seres humanos ni tampoco huesos secos. Sin embargo, aquel fuego no era en absoluto irrelevante para lo que allí se hacía. Raquel Piqué ha identificado el tipo de leña utilizado y ha llegado a la conclusión de que casi todo lo que ardió era madera de brezo. También en este aspecto era notoria la práctica de una selección consciente.

El segundo foco de interés relacionado con este enigmático conjunto se localiza unos metros al norte de la hoguera. Aquí, directamente sobre el suelo, eran visibles varios huesos colocados como si de una mano esquemática se tratara, que señalaba en

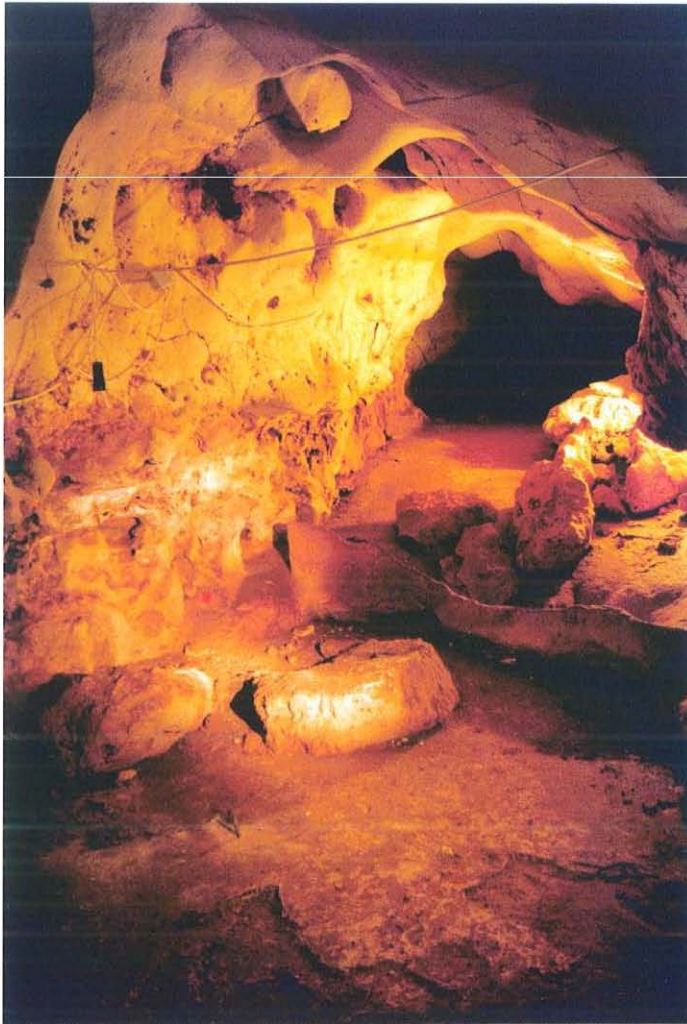


Figura 8. Vista de la Sala 6 de la cueva de Es Càrritx.

dirección a la citada hoguera. Sin embargo, para nuestra sorpresa la identificación osteológica reveló que los tres primeros huesos eran metatarsianos que formaban parte de un mismo pie. No sólo encajaban entre sí a la perfección, sino que además estaban colocados en posición anatómica. Por si fuera poco, la identificación del cuarto fue más desconcertante, pues se trataba ¡del hueso de la palma de una mano! Es evidente que alguien colocó este último hueso, un metacarpiano, quizás con la intención de componer la figura de una mano apuntando al hogar. Además, comprobamos que el hueso “intrusivo” era el único de todo el conjunto que mostraba señales de combustión, concretamente en uno de sus extremos. Por tanto, tal vez se trataba del único afectado por el fuego mientras ardía el hogar ritual.

El último punto de interés detectado en la Sala 6 reside en unas concentraciones de huesos humanos ubicadas en dos pequeñas grietas de la cercana pared rocosa. De nuevo, predominan los huesos de manos y pies. Si la interpretación que hemos planteado hasta el momento es correcta, tales concentraciones podrían explicarse bien como ofrendas, o bien como “reservas” de material de cara a futuras ceremonias que, finalmente, no llegaron a realizarse. Dentro de las grietas, los únicos materiales que había asociados a los restos humanos eran pequeños fragmentos de estalactitas de aspecto similar a los huesos, cuya ubicación en estos lugares resulta totalmente intencionada.

En síntesis, los datos disponibles sobre las prácticas realizadas en la Sala 6 refuerzan la hipótesis de que en la época que estamos considerando la cueva de Es Càrritx fue escenario de actividades puntuales que cabría relacionar con el ámbito de la ideología y de los rituales mágicos. La propia elección del lugar, muy al interior de la cueva, dice mucho en favor de esta propuesta, ya que la Sala 6 no reúne las condiciones de habitabilidad necesarias para estancias prolongadas. Al contrario, podríamos decir sin mucho temor a equivocarnos que la o las personas que utilizaron la Sala 6 buscaron conscientemente el secretismo que proporcionaba este recóndito lugar, muy alejado de la entrada y donde reinaba la

oscuridad más absoluta. El conjunto de restos arqueológicos conservados no hace sino incidir en la excepcionalidad de este contexto: restos humanos en un área que no es de sepultura, asociados a una hoguera que no fue utilizada para incinerarlos pero que ardía con un propósito previo determinado.

En las ceremonias celebradas en la Sala 6 se distinguen varios episodios sucesivos: uno durante el tiempo en que se quemó brezo en el hogar, y otro cuando se arrojaron los restos humanos sobre las brasas apagadas, según indica la ausencia de combustión entre los huesos mezclados con los fragmentos de carbón vegetal. Tal vez, simultáneamente a uno de estos momentos, se manipularon los restos del pie próximo al hogar para que tuvieran el aspecto de una mano que lo señalaba, y se depositaron en el interior de las grietas de la pared rocosa otros huesos humanos, así como estalactitas rotas que emulaban su forma.

Tomados en conjunto, los restos evocan prácticas que hoy en día podríamos situar en el, por definición, misterioso ámbito de la "magia". Ante todo, el escenario escogido buscó el secretismo y la ocultación, y lo acaecido allí fue protagonizado por un individuo o, a lo sumo, por un grupo muy reducido. En el plano ideológico, los referentes simbólicos involucrados conjugan como mínimo dos principios. El primero es el mundo subterráneo, testimoniado por la propia ubicación de la sala en las profundidades de la tierra y por la manipulación de estalactitas como parte de ella misma. El segundo incluye los elementos que constituyen la mejor metonimia de lo humano y que, con seguridad, perduran tras la muerte de las personas recordando lo que fue un día la vida social: los propios huesos. Tal vez de esta forma se pretendía lograr una simbiosis entre un componente humano, anónimo si atendemos al carácter desarticulado del conjunto de restos óseos, y otro de orden natural y subterráneo, las estalactitas. El escenario de la simbiosis fueron las entrañas de la tierra, el lugar anónimo por excelencia.

¿Es posible averiguar más sobre el significado de los rituales mágicos efectuados en la Sala 6? Ir más allá de lo ya sugerido

puede resultar demasiado aventurado. Sin embargo, y aunque resulte paradójico, la oscuridad de otros espacios de la cueva puede iluminar nuestra comprensión.

Los testimonios de las prácticas rituales de mediados del II milenio no habían concluido con los hallazgos de la Sala 6. Las primeras gentes que frecuentaron la cueva de Es Càrritx llegaron más allá. Para ello tuvieron que horadar una cortina de estalactitas que cerraba el paso hacia la Sala 7. Una vez rotas, amontonaron cuidadosamente gran parte de los fragmentos en un lugar resguardado muy cerca de allí. De nuevo aparece la cuestión de la manipulación de estalactitas, anteriormente documentada en las Salas 3 y 6.

Una vez superada esta barrera, el trayecto ritual culminaba en las entrañas de la tierra, ya en el fondo de la Sala 7, con la visión de una pequeña vasija cerámica decorada hacia la parte media de su cuerpo con dos llamativos "tetones" que recuerdan pechos. En un punto donde ya no era posible seguir adelante, a 170 m de la entrada y sobre una repisa de roca natural que domina la estancia, aquellas gentes colocaron este curioso recipiente que marcaba el fin del trayecto. En nuestra opinión, los dos pronunciados mamelones de cerámica, encarados precisamente hacia quien se internaba en aquel lejano lugar, simbolizan el referente ideológico básico de aquella sociedad, la fertilidad, materializado en los atributos sexuales femeninos que alimentan la vida desde su inicio.

A la búsqueda de significados

Sabemos que en muchas mitologías antiguas la tierra suscitó desde tiempos remotos la intuición primordial de que era el fundamento de todas las manifestaciones vivas. Algunas sociedades han llegado a situar el origen de los niños y niñas en grutas, grietas y fuentes. Según otras creencias, los hijos e hijas pertenecen ante todo al lugar que los vio nacer y crecer. En síntesis, se cree que la tierra es fértil y que engendra formas vivas

a partir de sí misma. Desde esta perspectiva, vivir no sería más que separarse de las entrañas de la tierra madre, mientras que la muerte consistiría en un "regreso a casa".

No es extraño que esta idea de fertilidad y de vida haya sido asociada muy explícitamente con el sexo femenino. Si buscamos los precedentes más antiguos podemos remontarnos a las célebres "Venus" del Paleolítico Superior, aunque es sobre todo a partir del Neolítico cuando se documentan con mayor frecuencia representaciones figuradas con atributos femeninos.

¿En qué medida se ajustan las manifestaciones arqueológicas menorquinas que estamos estudiando a este esquema global? Por un lado, no hay duda de que el simbolismo relacionado con el mundo subterráneo jugaba un importante papel dentro de los sistemas ideológicos de la sociedad de inicios de la época Naviforme. Grupos seguramente reducidos de personas visitaban periódicamente ciertas cuevas de notable profundidad con el objetivo de realizar diversos tipos de ceremonias. En su transcurso, se manipulaban elementos del mundo subterráneo y se llevaban a cabo acciones con la intención, tal vez, de influir en las condiciones de la vida que se desarrollaba en el exterior.

Obviamente, descubrir el universo simbólico al que se referían estas ceremonias es una tarea complicada y sujeta a diferentes lecturas. A nuestro juicio, sin embargo, uno de los hallazgos proporciona la clave más sugerente para abordar la cuestión. En un punto significativo del recorrido por las tinieblas, concretamente en el fondo de la cueva de Es Càrritx, se colocó una vasija con dos mamelones que desempeñó el papel de símbolo evocador de lo femenino. Si otorgamos relevancia interpretativa a estos dos componentes, veneración del mundo subterráneo y simbolismo femenino, cabe pensar que la sociedad menorquina de mediados del II milenio mantuvo unas creencias que consideraban las entrañas de la tierra como el lugar anónimo que sustenta la vida. De ahí que nada fuera más propio para marcar la presencia humana en la tierra-vida que presidirlo con el símbolo del sexo que genera toda vida humana.

Peinando la muerte: las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol entre 1450 y 800 a.n.e.

Hacia 1450 a.n.e. se registraron cambios muy importantes en el uso social de las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol. En ésta última cesaron las visitas por espacio de varios siglos, hasta que a finales del II milenio a.n.e. fue escenario de singulares prácticas de carácter ideológico y político que tendremos ocasión de comentar. Por el contrario, Es Càrritx continuó siendo frecuentada, aunque ahora para desempeñar una función exclusivamente funeraria. La abundancia y la variedad de los hallazgos relacionados con este tipo de prácticas en las Salas 1 y 5 son ciertamente impresionantes. Podemos avanzar al respecto que su análisis nos ha permitido acceder no sólo al conocimiento de las prácticas mortuorias, sino también a interesantes aspectos relacionados con el entorno natural, las condiciones de vida, el desarrollo tecnológico y los contactos entre Menorca y diferentes regiones europeas.

La relevancia de los materiales procedentes de las salas 1 y 5 aconseja presentarlos por separado, aunque conviene advertir desde un inicio sobre su profunda interrelación. A esta exposición dedicaremos las páginas siguientes.

El recinto funerario de la Sala 1 de la cueva de Es Càrritx

En el momento de su descubrimiento, la Sala 1 parecía un verdadero mar de restos humanos desarticulados (Fig. 9), salpicado aquí y allá por objetos de ofrenda. Por aquel entonces ignorábamos que nos esperaba un arduo trabajo y nada menos que unos treinta y cinco mil huesos y dientes, completos o fragmentados, además de varios centenares de artefactos de metal, piedra, hueso, fayenza y madera.

La excavación y sus problemas

¿Cómo abordar la excavación y registro de semejante *maremágnum*? Éramos conscientes de que era necesario recuperar

hasta el más mínimo vestigio arqueológico, y también que sólo con una documentación muy detallada podríamos tratar de descubrir algún orden más allá del aparente caos al que nos enfrentábamos. Estas necesidades exigieron soluciones metodológicas y técnicas que todavía hoy siguen siendo novedosas pese a la década transcurrida desde entonces.

El meollo del problema consistía en diseñar un sistema rápido de registro que almacenase y reprodujese fielmente la ubicación precisa de cada hallazgo. Por regla general, la arqueología se ayuda de la topografía, el dibujo técnico y la fotografía para resolver estas cuestiones. La Sala 1 de Es Càrritx, sin embargo, planteaba un reto adicional. Precisábamos de algo diferente no sólo por la ingente cantidad de materiales, sino también porque casi todo el espacio hábil se hallaba tapizado de restos arqueológicos que apenas dejaban lugar para que trabajasen a la vez unas pocas personas.

La solución vino del campo más aparentemente alejado de nuestras preocupaciones: la astronomía. José Antonio Soldevilla ("Peluso") nos habló de un tipo de cámara digital que, conectada a un telescopio, constituía a mediados de la década de los noventa un recurso cada vez más utilizado para obtener imágenes nocturnas de los cuerpos celestes. Él propuso que se utilizase en Es Càrritx, solo que cambiando la orientación de su objetivo: de las estrellas, a las arcillas del suelo de la cueva. Con la ayuda de este aparato, captábamos imágenes digitales individuales de cada uno de los cuadros de 50 cm de lado en que habíamos dividido el área de excavación. Las imágenes eran almacenadas en un ordenador portátil y luego, ya en el laboratorio, eran tratadas mediante programas informáticos para corregir errores de distorsión. Así, conseguíamos una visión realista y fiel en dos dimensiones que, una vez impresa como ficha, nos servía de guía para el levantamiento y catalogación preliminar de los restos arqueológicos. A cada pieza visible en la ficha se le asignaba un número de inventario, se anotaba su cota o profundidad respecto a un punto cero, se etiquetaba y, finalmente, se envolvía por separado para su traslado al laboratorio, en el Museo Municipal de

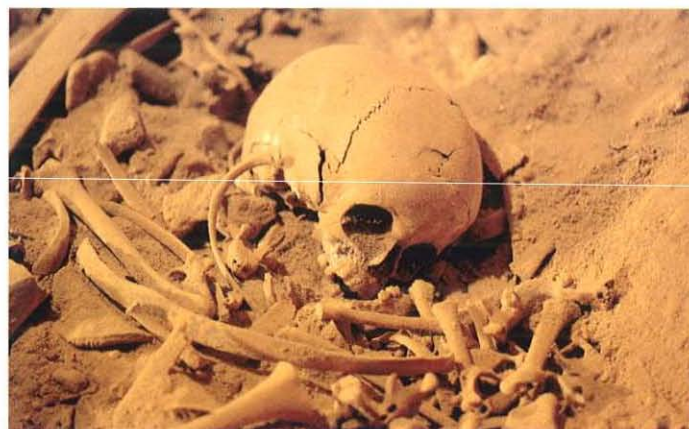


Figura 9. Detalle de un conjunto de restos humanos dentro del osario de la Sala 1 de la cueva de Es Càrritx.



Figura 10. Sala 1 de la cueva de Es Càrritx. Imagen digital del pavimento de piedras pequeñas y losas sobre el que se depositaron los cadáveres (realización de Sylvia Gili i Surinach).

Ciutadella. El ensamblaje de las imágenes individuales, como si de un enorme puzzle se tratara, sirvió para obtener una planta fotográfica de la Sala 1 (Fig. 10).

En la mayor parte de la sala, los restos arqueológicos aparecían cubiertos total o parcialmente por un polvo rojizo, de forma que nos olvidamos de las habituales piquetas y paletas de otras excavaciones. Si para poner a punto el sistema de registro recurrimos a tecnologías avanzadas, para la recogida de los sedimentos y de los pequeños objetos que difícilmente se detectan a simple vista acudimos a la tecnología doméstica. De un día para otro, aconsejados por Montserrat Menasanch, instalamos varios aspiradores que facilitaron enormemente nuestra labor, ya que permitían despejar con rapidez los cuadros tras la extracción de los restos visibles y, así, dejaban la cuadrícula lista para ser fotografiada de nuevo. Una vez se llenaba la bolsa de cada aspirador, ésta se extraía, precintaba y era transportada hasta el laboratorio. El contenido de todas estas bolsas fue procesado posteriormente con ayuda de una máquina que “lavaba” las partículas mediante un circuito cerrado de agua. Los restos arqueológicos pasaban por tres cubetas y quedaban atrapados, según su tamaño, en una u otra de las cribas o tamices colocados al efecto. Este procedimiento permite recuperar materiales muy pequeños, como por ejemplo semillas, huesos de roedores, botoncillos de hueso o diminutas cuentas de collar que, de otro modo, pasarían desapercibidos.

El sistema de excavación y registro que acabamos de describir fue aplicado a la mayor parte de la Sala 1. Sin embargo, los derrubios que taponaban la entrada de la cueva y los sedimentos arcillosos que colmataban un sector del recinto tuvieron que ser extraídos de forma convencional. En este caso, la labor de excavación se realizó con la ayuda de varitas de bambú, pinceles e instrumentos odontológicos, aptos para la exhumación de materiales delicados. Por otro lado, los trabajos necesarios para despejar la entrada exigieron ampliar la zona de excavación al exterior de la cueva, justo por donde discurría el sendero que tanta gente había utilizado

sin saber que caminaba a pocos metros de la cueva de Es Càrritx. Los datos estratigráficos obtenidos permitieron reconstruir el proceso de acondicionamiento de la entrada a la Sala 1, y también la forma en que se taponó el acceso a la cavidad poco tiempo después del 800 a.n.e. Este último episodio se debió al desprendimiento de un enorme bloque de piedra desde el escarpe superior del barranco. La gran roca quedó hincada delante de la entrada, y la masa de piedras, tierra y ramas que acompañó al derrumbe comenzó a rellenar el escaso espacio que había quedado entre la boca de la cueva y el bloque caído.

Por suerte para los primitivos habitantes de Menorca, este colapso natural acaeció algún tiempo después de que la cueva de Es Càrritx dejase de ser frecuentada con cierta asiduidad. A partir de ahora, centraremos nuestra atención en el estudio de los restos arqueológicos vinculados con las prácticas funerarias.

La muerte ilumina la vida

Antes de que la Sala 1 acogiera a los primeros cadáveres, el espacio fue acondicionado mediante la construcción de diversas estructuras en piedra. La entrada de la cueva de Es Càrritx está delimitada por un arco excavado por el agua hace milenios en la pared del barranco. Esta entrada natural fue tapiada por un muro de grandes piedras, levantado en dos etapas sucesivas sin la ayuda de ningún tipo de mortero o argamasa. Hoy en día, los restos de su zócalo presentan dos tramos separados por un vano o puerta, en cuya base se asentó un umbral de losas calcáreas planas. Ya en el interior, las arcillas naturales del suelo fueron cubiertas por un empedrado de pequeñas piedras blancas dispuestas cuidadosamente. Este pavimento se extendía por la zona anexa a la entrada y se disponía a modo de pasillo hasta cerca del fondo de la Sala 1. Finalizaba adosándose a un verdadero enlosado que, construido con piedras más grandes y planas, cubría el resto de la superficie del recinto.

En el interior de la Sala 1 no se realizó ninguna otra modificación estructural del espacio, ya que tanto paredes como techo

conservaban la morfología natural. Sólo cabe citar la preparación de un pequeño hogar delimitado por un anillo de pequeñas piedras blancas, situado al pie de la pared rocosa oriental y a escasos metros de la entrada. Lo reducido de su tamaño, la ubicación próxima a la entrada, las cenizas que lo colmataban y la asociación con un curioso conjunto de objetos de cerámica, metal y hueso, autorizan a pensar que la función básica de este hogar era proporcionar luz y llamas para encender antorchas y lámparas, así como para quemar sustancias vegetales con el fin de obtener determinadas atmósferas propicias para las ceremonias fúnebres. Esta hipótesis, por arriesgada que parezca, encuentra apoyo en el estudio de Hans-Peter Stika (Universidad de Stuttgart) sobre los restos vegetales de la Sala 1. En concreto, la identificación de un buen número de semillas, restos de hojas y ramitas de algunas plantas, como por ejemplo el romero, indica la quema de ciertas especies vegetales aromáticas. De otras, en cambio, pudieron obtenerse resinas o aceites usados en el tratamiento de los cadáveres.

Como apuntamos anteriormente, la excavación de la Sala 1 deparó el hallazgo de unos 35.000 restos humanos, enteros o fracturados, que limpiamos e inventariamos en detalle antes de proceder a su estudio. Tras cuatro años de trabajo, Cristina Rihuete pudo reconstruir aspectos insospechados de la vida de las comunidades menorquinas de los periodos Naviforme y Prototalayótico mediante la aplicación de métodos y técnicas del análisis osteológico. Merece la pena dedicar unas páginas a esta apasionante cuestión. La arqueología no puede entrevistar a la gente del pasado para saber cómo era su vida, que comía, qué enfermedades amenazaban su salud o en qué trabajaba, pero sí puede utilizar sus restos óseos para obtener muchas respuestas. Los huesos y los dientes constituyen testimonios materiales de la vida de las personas, años, siglos e incluso milenios después de su muerte. No todos los episodios vitales dejan una huella en el esqueleto, pero muchos sí lo hacen. La anatomía, la antropología física, la antropología forense y la paleopatología son las disciplinas científicas que nos permiten averiguar cuestiones tan diversas como qué edad tenía un individuo

en el momento de su muerte, a qué sexo pertenecía, si padeció infecciones o problemas nutricionales o si sobrevivió a una lesión traumática. Abordaremos en primer lugar cuestiones relacionadas con el ritual funerario y, posteriormente, pasaremos revista a aspectos relacionados con la composición demográfica de la población enterrada, su biología y su estado de salud.

- Aspectos del ritual funerario

En Es Càrritx, al igual que en tantas otras cuevas prehistóricas, los cadáveres compartían un mismo espacio. El aspecto que presentaba la Sala 1 antes de la excavación era el de un nicho o cripta común, en el que sólo se recuperaron tres esqueletos parcialmente articulados. El resto aparecía totalmente removido, sin orden aparente, con huesos dispuestos en todos los ángulos y direcciones, muchos de ellos fracturados, y multitud de dientes desencajados y dispersos por doquier. Además, en el sector de la Sala 1 conocido como "fosa", hallamos una cincuentena de cráneos colocados intencionalmente junto a la pared de la cueva, a veces en hileras de hasta cuatro cráneos superpuestos. Ninguno presentaba signos de decapitación, lo que permite suponer que la manipulación se llevó a cabo cuando los cadáveres se encontraban ya reducidos al esqueleto.

El estado de desarticulación y desorden tan general no se debió a que Es Càrritx acogiera huesos sueltos correspondientes a cuerpos descompuestos en otro u otros lugares. El hallazgo de algunos cadáveres en conexión anatómica y la recuperación de abundantes huesos de manos y de pies, que suelen escapar al traslado íntegro de los restos de un cadáver, llevan a pensar que la Sala 1 era un lugar de inhumación primaria; es decir, que los cuerpos fueron depositados enteros y allí quedaron hasta nuestra intervención arqueológica. Sin embargo, ¿cómo explicar el citado desorden?

La respuesta reside en el desarrollo del propio ritual funerario. Los cadáveres eran depositados directamente sobre el suelo, sin cubrirlos con tierra ni tampoco con cal, como llegó a suceder en épocas posteriores en Menorca y Mallorca. La exposición facilitaba

la descomposición. En este proceso, la piel, el pelo, las uñas, los músculos y los órganos internos eran los primeros en desaparecer; seguidamente, se producía la desintegración de ligamentos y tendones y, por último, la desmembración del esqueleto. El estudio de la distribución espacial de algunos de los huesos que se desprenden en primer lugar del cuerpo (el hioides, la mandíbula y la primera vértebra cervical) nos ha permitido averiguar que sobre la zona donde el enlosado presenta un mejor acabado se depositó el mayor número de personas fallecidas.

Con motivo de un posterior sepelio, los huesos del cadáver anterior se apartaban para dejar sitio. Otros resultaban quebrados al caminar sobre ellos. Otros más resultaban parcialmente quemados al quedar en contacto con las llamas de las teas, lámparas o antorchas distribuidas para alumbrar el espacio o bien abandonadas al finalizar el acto. Seis siglos de funerales explican el porqué del aspecto caótico final. Además, hubo otros factores responsables de esta desorganización. Es interesante señalar que encontramos miles y miles de huesecillos de pequeños animales, la mayoría ratones de campo, lirones caretos y ratones caseros, amén de algunos restos de murciélago y de pequeños reptiles y aves, según las identificaciones realizadas por Gabriel Alcalde, de la Universidad de Girona. Ahora bien, no todos estos animales habitaron en la Sala 1, sino que la inmensa mayoría fueron a parar allí en forma de desecho alimentario de ciertas rapaces nocturnas. Estas aves tragan íntegramente a sus presas y, posteriormente, regurgitan las partes indigeribles, como los huesos o el pelo. Lo más probable es que algunas de estas aves nocturnas habitaran temporalmente en el interior de la Sala 1 buscando la oscuridad y tranquilidad que sin duda reinarían entre cada funeral. Por tanto, habría que atribuir a las aves, más que a los roedores, cierto papel en la mezcla y desorden de los restos arqueológicos. Aun así, un cierto número de huesos humanos presenta marcas de incisivos de roedores o de colmillos de pequeños carnívoros, lo cual indica que estos animales royeron y mordisquearon parte de los restos humanos, contribuyendo también a la dispersión de los mismos.

- Parámetros demográficos

El primer paso en esta dirección consiste en estimar el número mínimo de personas inhumadas. El procedimiento más indicado en un contexto tan desarticulado es averiguar cuál es el hueso o diente más abundante, teniendo en cuenta que cada unidad debe corresponder a un único ser humano (por tanto, no pueden sumarse huesos derechos con izquierdos ni incluir aquéllos cuya lateralidad no pueda determinarse por estar incompletos). La aplicación de este procedimiento cifra en 210 el número mínimo de personas que recibieron sepultura en Es Càrritx.

En este grupo ligeramente superior a los dos centenares de personas se hallan representadas casi todas las categorías de edad: infantiles, juveniles, adultas y ancianas. Sin embargo, no hemos encontrado una sola evidencia de fetos ni tampoco de criaturas fallecidas durante el parto o antes de haber cumplido los tres meses. En consecuencia, tanto los nonatos como los recién nacidos carecían del derecho a recibir sepultura en la tumba del grupo social al que correspondían. Pese a esta falta de restos, sabemos que la mortalidad infantil era muy elevada, pues el cálculo promedio sitúa en algo más del 30% el número de personas que murieron antes de cumplir los trece años. Este panorama pone de relieve que la infancia era un periodo muy delicado, superado por sólo dos de cada tres individuos. Destaca, además, que la época de mayor crisis comenzaba a partir de los dos o tres años, edad que suele coincidir en muchas sociedades con el destete. En esta fase del crecimiento, la combinación entre una dieta insuficiente o poco equilibrada y la pérdida de los beneficios inmunológicos que aporta la leche materna puede tener consecuencias fatales para la criatura, al aumentar exponencialmente el riesgo de contraer enfermedades infecciosas.

En síntesis, el perfil demográfico esbozado presenta una elevada tasa de mortalidad infantil, tal vez vinculada a una situación de carestía alimentaria combinada con episodios infecciosos (diarreicos, respiratorios o de otros tipos comunes) y/o epidémicos, especialmente virulentos en niños y niñas posiblemente en fase de

destete. No obstante, una vez superadas las crisis de la infancia, la probabilidad de supervivencia durante la etapa adolescente se tornaba muy alta. Pocas chicas y chicos fallecían entre los 13 y los 20 años y la gran mayoría tenía muchas posibilidades de alcanzar la madurez. La esperanza de vida de la mayoría no pasaba de los 40-45 años, aunque algunas personas superaron incluso los 50 años.

El análisis no revela diferencias importantes en cuanto a tasas de mortalidad y esperanza de vida por razón de sexo al llegar a la edad adulta. Así, aunque existen indicios de una mayor morbilidad en el grupo femenino, especialmente durante la edad fértil, las mujeres en conjunto conseguían superar los problemas acarreados por la función reproductora.

Una vez estimados los parámetros demográficos básicos, nos hallamos en condiciones de sugerir cuál fue el tamaño del grupo cuyos miembros fueron enterrados en la Sala 1. Hay varias fórmulas para calcularlo aunque, en necrópolis de uso tan prolongado, los resultados siempre deben considerarse aproximativos. Según el procedimiento más empleado, que toma en consideración el número total de enterramientos, la esperanza de vida media al nacer y el periodo de uso del cementerio, el grupo humano que “produjo” los cadáveres contabilizados en Es Càrritx sería de unas trece personas.

- Estatura y dimorfismo sexual

El cálculo de la estatura es uno de los recursos habitualmente empleados para valorar la configuración biológica de las poblaciones pasadas. Pese a que se reconoce que la talla de hombres y mujeres está en cierta medida condicionada por la herencia, no es menos cierto que factores como la nutrición o el medio ambiente pueden alterar los condicionantes genéticos.

Existen varios métodos para calcular la estatura de una persona a partir de las dimensiones de los huesos de los brazos y las piernas. En Es Càrritx, el empleo de las ecuaciones de Pearson ha permitido calcular que la estatura media de las mujeres adultas era

en torno a 1,50 m, mientras que los hombres alcanzaban una talla promedio de 1,64 m. Estas cifras hablan en favor de una población con estaturas entre medianas y bajas. Sin embargo, lo más interesante es la marcada diferencia de constitución por razón de sexo, es decir, lo que se denomina dimorfismo sexual. Así, ninguna mujer superó el límite de 1,55 m, mientras que sí hubo alguna extraordinariamente bajita. Por el contrario, ningún hombre midió menos de 1,57 m y alguno rebasó con creces la estatura promedio y alcanzó 1,70 m. Salta a la vista que el grado de dimorfismo sexual de la población en conjunto era muy acusado: la mujer más alta ni siquiera igualaba la talla del hombre más bajo.

Las causas de un dimorfismo sexual tan marcado en el seno de ciertas poblaciones humanas distan todavía de estar claras. Una posibilidad es que la alimentación durante la infancia fuese de peor calidad para las niñas. Las diferencias en la talla se mantendrían una vez alcanzada la madurez y no se corregirían aun cuando la dieta fuese ahora la misma para mujeres y hombres. Otros datos en apariencia inconexos vienen en ayuda de esta posibilidad. El primero es que las diferencias entre los huesos de hombres y mujeres no se observan a la hora de comparar los cráneos de unos y de otras, similares en cuanto a tamaño y robustez, sino al comparar las medidas de los huesos que componen el resto del esqueleto. Este contraste resulta muy interesante, dado que la configuración de la bóveda craneana está más dictada por la herencia, mientras que la del tronco y extremidades es más sensible a las presiones ambientales que acontecen a lo largo de la vida de un individuo. La segunda observación interesante es que el número de mujeres en la Sala 1 es sensiblemente inferior al de los hombres, en una proporción de 1 a 1,4; o sea, que si esta proporción refleja la realidad de una población viva, habría más hombres que mujeres. El tercer elemento es que la tasa de defunciones se mantuvo estable y uniforme a lo largo de los seis siglos de uso funerario de Es Càrritx, lo que indica que el tamaño del grupo también se mantuvo estable; es decir, que las tasas de crecimiento demográfico debieron ser bajas.

Una hipótesis, aunque arriesgada, da cuenta de todos estos hechos: las comunidades menorquinas practicaron alguna forma de infanticidio femenino como mecanismo de control de la reproducción. La especie humana puede practicarlo no exclusivamente bajo la forma del sacrificio directo, sino como resultado de una discriminación en atenciones, cuidados y alimentación. Es posible que en la comunidad viva que utilizó el cementerio de Es Càrritx existiera un mecanismo de regulación demográfica que mantuviera el número de mujeres por debajo del de los hombres y que adoptara la forma de un menor cuidado y/o alimentación peor hacia las niñas. Una parte de ellas no debió superar la infancia y de ahí el menor número de mujeres respecto al de hombres. Las que llegaron a adultas, es decir, a la plenitud productiva y reproductiva, mejoraron sus condiciones de vida, como veremos en el próximo apartado. Aun así, las secuelas del trato que recibieron en la niñez quedaron grabadas para siempre en su estatura.

- Enfermedades, nutrición y estilo de vida

En el conjunto de la población que recibió sepultura en Es Càrritx se han detectado abundantes anomalías patológicas, entre las que destacan las relacionadas con la salud dental, el trabajo y la vida cotidiana, los procesos infecciosos y las trepanaciones.

En lo que atañe a la salud dental, el panorama aparece dominado por una baja o moderada frecuencia de caries, muy alejada de las cifras registradas en sociedades occidentales contemporáneas, donde el consumo de hidratos de carbono y azúcares simples es muy elevado. Sin embargo, pese a la baja incidencia de caries, la proliferación de depósitos de sarro incluso en piezas de leche indica una pobre higiene dental que favorecía la acumulación de placa bacteriana, y generaba problemas que propiciaban la caída de los dientes. Efectivamente, bastantes hombres y mujeres maduras y ancianos estaban desdentados. Por lo general, la pérdida de muelas desplazaba la presión de la masticación hacia otras piezas, de forma que en ellas se incrementaba el desgaste.

Las coronas de estos dientes, arrasadas hasta la cavidad pulpar, así como los graves trastornos en forma de abscesos manifestados por algunos individuos, debían provocar un terrible dolor a quienes los padecían.

La escasa incidencia de caries que hemos señalado hace pensar en una dieta basada en alimentos de origen animal y una escasa importancia del consumo de cereales. Esta posibilidad fue corroborada por los análisis químicos sobre huesos humanos realizados por Alejandro Pérez-Pérez, Eva Fernández y Daniel Turbón, de la Universidad de Barcelona. Además, se ha comprobado que, pese a vivir en una isla, la explotación de recursos marinos fue muy escasa o incluso nula.

Por otro lado, es interesante señalar que no se han detectado diferencias en la composición de la dieta entre hombres y mujeres. Este dato habla a favor de la ausencia de discriminaciones por razón de sexo entre la población adulta.

En cuanto a las lesiones ocasionadas por las actividades de la vida cotidiana, cabe señalar que son relativamente abundantes los traumas por fractura o contusión completamente cicatrizados y, por tanto, ajenos a las causas de la defunción. Apenas se han registrado ejemplos que puedan interpretarse como cortes originados por un objeto afilado y, en estos pocos casos, el tipo de hueso y la región afectada sugieren una explicación en clave de accidentes más que como producto de agresiones o violencia física entre personas. Por otra parte, la excelente soldadura de algunas lesiones indica conocimientos precisos sobre la reducción de las fracturas y su posterior sanado.

Los traumas y las deformaciones en manos y pies son muy habituales, especialmente en los dedos. La combinación de las patologías registradas sugiere, en primer lugar, que al menos una parte importante de la población adulta transitaba de forma cotidiana por terrenos accidentados donde los tropiezos, saltos y caídas eran muy frecuentes. Largas caminatas por lugares de topografía agreste y manipulación de grandes pesos con riesgo de aplastamiento y contusiones podrían ser los principales factores a

la hora de reconstruir las posibles causas de los abundantes traumas y deformaciones en los pies.

Entre las lesiones artrósicas, destacan los procesos degenerativos de la columna vertebral. Hay testimonios de hernias discales, fracturas de vértebras por compresión que delatan un esfuerzo mayor del habitual y desgastes provocados por la realización continua de actividades con un gran estrés físico que abarcan también la región de la clavícula y los hombros. En síntesis, pies, cuello, espalda y hombros son las regiones anatómicas más desgastadas, deformadas o fracturadas y, por tanto, las más empleadas, aunque sólo fuera por grupos concretos de individuos, en actividades cotidianas que requerían considerable esfuerzo.

Por lo general, las patologías de carácter infeccioso no pueden ser diagnosticadas con exactitud a partir de los restos óseos. Sin embargo, cuando la implicación de la enfermedad supera los estadios leves suele dejar una marca en el hueso en forma de porosidad o inflamación (*periostitis* y *osteomielitis*). En Es Càrritx, la actividad de procesos infecciosos está indirectamente atestiguada por diversos indicadores. Más específico parece ser un grupo de lesiones en la cara interna de la pared craneana de algunos individuos infantiles, debidas a procesos de carácter hemorrágico o inflamatorio de las meninges. Aunque hoy por hoy no podamos asegurarlo, es muy posible que este tipo de lesión inflamatoria sea un indicador de meningitis tuberculosa que desencadenara un proceso epidémico estrechamente relacionado con la muerte de todos los individuos analizados.

Por último, trataremos el tema de las trepanaciones, que no son otra cosa que perforaciones intencionadas en la bóveda craneana, es decir, verdaderas intervenciones quirúrgicas independientemente de si su fin era curativo o no. En Es Càrritx tenemos tres cráneos trepanados, todos ellos de varones (uno joven y dos adultos), mediante las técnicas de abrasión o legrado (posiblemente con un útil de piedra) y barrenado (mediante un trépano de dimensiones variables). El éxito de la operación se ha verificado en los tres casos, aunque la

supervivencia varió entre unas pocas semanas en uno de los casos y más de un año en otro. Dado que ninguno de ellos mostraba lesiones patológicas que hicieran necesaria una intervención de estas características, es muy posible que el motivo de la operación fuera de orden ritual o mágico, como han propuesto algunos investigadores. Desde esta perspectiva, las trepanaciones podrían estar encaminadas a propiciar las capacidades adivinatorias o místicas de individuos a quienes se atribuían poderes sobrenaturales, o incluso para someter a prueba a ciertas personas que correspondían a un cierto perfil: varones con, tal vez, autoridad o cierto rol singular en el seno de la comunidad. Sea como fuere, dichas personas no recibieron un tratamiento funerario diferente al de sus congéneres, sino que sus cadáveres fueron a parar al mismo espacio y sus cráneos se mezclaron con los del resto cuando se recolocaron junto a las paredes de la cueva.

Ofrendas y objetos al servicio de las ceremonias fúnebres

Revueltos entre los restos humanos hallamos un amplio abanico de artefactos fabricados con diferentes materias primas. Algunos fueron empleados en el desarrollo de los ritos fúnebres, mientras que otros fueron depositados en calidad de ofrendas. Veamos cuáles son y cómo podemos interpretarlos.

- Los recipientes cerámicos

Al igual que sucedía con los esqueletos humanos, llama la atención el grado de fragmentación de los recipientes cerámicos. De hecho, tan sólo encontramos tres vasos parcialmente completos, mientras que el número de fragmentos superaba los cinco mil. Tras un largo y concienzudo trabajo de remontaje y restauración coordinado por Noël Siver, hoy en día disponemos de una cincuentena de vasijas razonablemente completas, así como de datos fiables acerca de en qué puntos de la Sala 1 fueron usadas y abandonadas.

La mayoría de las piezas corresponde a vasos, cuencos y ollitas, todas de pequeño tamaño. También hay cazuelas y ollas medianas, y orzas de gran tamaño, pero siempre en cantidades muy inferiores. Los recipientes cerámicos pudieron asumir diferentes cometidos. Una parte de los de pequeñas dimensiones contuvieron elementos empleados en los ritos fúnebres, como aceites, tintes, sustancias aromáticas o agua, a tenor de ciertos tipos de plantas identificados por Hans-Peter Stika. Entre otras operaciones, estos ritos incluían la manipulación del cabello de algunos difuntos y difuntas, tal y como tendremos ocasión de comentar en mayor profundidad cuando expongamos los hallazgos efectuados en la Sala 5. Otros recipientes, especialmente ollitas y vasitos de paredes rectas, fueron usados como candiles. Finalmente, otros más, entre los que figurarían preferentemente los de mayor tamaño, servirían para contener bebidas y alimentos destinados al consumo del cortejo fúnebre o bien como ofrenda. Disponemos de otros datos que pueden relacionarse con posibles ofrendas alimentarias. En primer lugar, los huesos de fauna recuperados indican que en la Sala 1 se depositaron porciones de carne, generalmente de cabrito, pero también, aunque en menor cantidad, de oveja, vaca y cerdo. La escasez de marcas que indiquen consumo alimentario permite suponer que la mayoría de los restos faunísticos responden a ofrendas. En segundo lugar, el análisis de los restos botánicos carbonizados ha revelado un amplio espectro de especies cultivadas y silvestres. Entre las comestibles se han documentado frutos y semillas de higuera, vid, cebada, escanda o trigo almidonero y olivo. En suma, podemos afirmar que buena parte de los alimentos de origen animal y vegetal depositados en la Sala 1 no constituían los desechos de banquetes en honor a las personas fallecidas, sino ofrendas realizadas posiblemente bajo la creencia de que el individuo enterrado los necesitaría en su nueva condición. Acabamos de exponer algunas características de la dimensión funcional y ritual de la vajilla cerámica. Ahora bien, ¿qué podemos decir acerca de su producción? Gracias a los análisis sobre las

materias primas realizados por David Gómez-Gras y Roberto Risch, empezamos a conocer la tecnología alfarera de la época. En primer lugar, conviene señalar que todos los recipientes cerámicos fueron realizados sin la ayuda del torno, que era desconocido para las sociedades baleáricas de la época. El proceso de producción comenzaba mezclando arcilla y un material de naturaleza potencialmente diversa denominado desgrasante, que reduce la plasticidad de la pasta y confiere resistencia al producto acabado. Las arcillas procedían de coladas depositadas en cavidades cársticas, muy similares a las que hoy en día se hallan en la propia cueva de Es Càrritx. Por su parte, el desgrasante de casi todas las piezas consistía en calcita machacada. La combinación de arcillas de cueva y calcita era utilizada desde el 1600 a.n.e., aunque el desgrasante más habitual en aquel entonces consistía en trocitos de cerámica obtenida al triturar fragmentos de vasijas. No obstante, a partir de 1400 a.n.e. la pasta cerámica llegaba con frecuencia a contener alrededor de un 30-40% de calcita y su cocción se efectuaba en hornos abiertos que no solían alcanzar temperaturas superiores a los 650-700 °C. Precisamente, una de las ventajas de usar calcita como desgrasante era que permitía fabricar vasijas a bajas temperaturas, con el consiguiente ahorro de combustible. Ello pudo constituir un factor económico muy a tener en cuenta a la hora de entender la expansión de esta tecnología alfarera.

- Los ajuares metálicos

Bronce (aleación de cobre y estaño), y en menor medida hierro y plomo, fueron los materiales empleados para fabricar los objetos metálicos hallados en la Sala 1. El número de piezas contabilizadas ronda las doscientas, entre objetos completos y fragmentos que sólo en algunos casos ha sido posible remontar. La comparación de los artefactos constatados en la Sala 1 con piezas del mismo tipo halladas en otros yacimientos indica con claridad que la mayoría de los objetos metálicos de Es Càrritx datan del último tramo de utilización del espacio funerario, concretamente entre los años 1000 y 800 a.n.e.

Entre los artefactos de bronce vinculados con el adorno personal, figuran piezas de tipo “prendedor”, ajustadas a la ropa, al pelo o a un tocado, y adornos colocados en el cuello, los brazos y los tobillos. Dentro del primer grupo incluimos una aguja de bronce con una curiosa cabeza que recuerda la empuñadura de ciertas espadas de la época, y dos piezas conocidas como “pecterales” pero que, en al menos uno de los casos, funcionaban como una especie de pasador que sujetaba o adornaba el peinado. Dentro del segundo grupo, el que comprende adornos colocados directamente en el cuerpo, destacan dos torques. Se trata de collares simples, de tipo gargantilla, elaborados con una barra de bronce abierta en sus extremos lo suficientemente flexible como para ser ajustada en torno al cuello. Otra pieza que podría servir como adorno prendido del cuello es un pequeño colgante en forma de copa. Sin embargo, los elementos que con más claridad suelen vincularse a los collares son las cuentas cilíndricas. En Es Càrritx se han recuperado cuarenta y seis cuentas de bronce de aspecto achatado (o “toneliforme”) que fueron fundidas de una sola pieza. Estas cuentas se asocian espacialmente con una decena de pequeñas piezas espiraliformes, formadas por la torsión de un hilo de bronce, ya que también aparecieron concentradas mayoritariamente en la fosa. Dado que este sector se caracteriza por una elevada concentración de cráneos recolocados, sugerimos que todas ellas formaron parte de un tocado o de una redecilla para cubrir la cabeza.

Los adornos por excelencia de las extremidades son los brazaletes. Disponemos de cuatro ejemplares abiertos, elaborados mediante la torsión de un hilo o cinta de bronce, y diez cerrados, fabricados tal cual de una pieza. De bronce son también tres cuentas de factura tosca y perfil bicónico. Este tipo de piezas son exclusivas de Menorca e ignoramos si la calificación de “cuentas” se ajusta a su función original, pese a que presentan una perforación longitudinal en todo su recorrido. Igual de incierta es la función de un pequeño disco de bronce parcialmente completo, en cuyo anverso destacan tres círculos concéntricos y un punto

central en relieve, mientras que el reverso presenta dos anillas perforadas que debieron servir para fijar la pieza.

Los únicos objetos de bronce de la Sala 1 que podemos clasificar como armas son dos fragmentos de puntas de lanza de empuñadura tubular. En lo que respecta a las herramientas, contamos con dos cuchillas mal conservadas. La primera de ellas, fabricada a partir de una lámina o chapa plana, tiene la punta redondeada y un largo pedúnculo para el empuñadura. La segunda, en cambio, fue manufacturada en un molde bivalvo y presenta un filo curvo y una nervadura central. La función de las cuchillas suele asimilarse con la realización de diversas actividades tales como desollar, afeitar o trabajar la piel. En cambio, la perforación y posiblemente también el grabado serían algunos de los usos básicos de los doce punzones recuperados en la Sala 1. También hay en la colección de útiles de bronce dos piezas cuyas características están a caballo entre los punzones y las espátulas, ya que uno de los extremos está ensanchado y acaba en un borde romo. Finalmente, cabe citar un cincel cuyo extremo biselado y aguzado estuvo en relación con tareas de talla de gran precisión.

A esta amplia y diversa gama de objetos de bronce, hay que añadir un restringido grupo de fragmentos bastante corroídos de hierro y plomo. Tradicionalmente, se ha considerado que la introducción de este tipo de metales no se produjo hasta época reciente, pero este panorama se ha visto modificado sustancialmente. En el caso del hierro, y aunque todavía estamos lejos de conocer las características y ritmos de su adopción por parte de las sociedades de Europa occidental, parece claro un uso limitado de objetos simples producidos y/o intercambiados en el contexto de las redes de contacto del llamado Bronce Final Atlántico desde finales del II milenio a.n.e. Sin embargo, es innegable que a partir del siglo IX a.n.e. el uso del hierro conoció un progresivo auge y que probablemente el comercio fenicio desempeñó un papel relevante en esta potenciación. En Es Càrritx se han conservado segmentos curvos de un mínimo de siete aros, así como dos curiosas “grapas”. En lo que respecta al plomo, hemos recuperado doce pequeñas cuentas que podrían corresponder a un collar.

Una vez enumerados, es el momento de profundizar en los aspectos tecnológicos y sociales asociados a los artefactos metálicos. En primer lugar, hay que recordar que muy pocas piezas de la Sala 1 pueden ser datadas antes del año 1000 a.n.e., concretamente algunos brazaletes y punzones. Ello supone que durante los cuatro primeros siglos de uso del recinto funerario la deposición de objetos metálicos fue muy escasa y se limitó a piezas de factura sencilla. En consecuencia, el grueso de la producción metalúrgica en aquellos tiempos no se desvió del circuito productivo. Así, cuando un objeto de bronce se rompía o desgastaba, se guardaba como chatarra que luego era refundida para fabricar nuevos artefactos. En estas circunstancias, muy pocos acababan siendo depositados en las sepulturas.

Esta situación experimentó un cambio sustancial a inicios del I milenio a.n.e., cuando se constata un notable incremento en la cantidad y calidad de los objetos metálicos dejados como ofrendas funerarias. Cabe suponer que los circuitos de intercambio a través de los cuales fluían materias primas u objetos acabados se hallaban lo suficientemente desarrollados y estabilizados como para permitir tal "derroche" en términos económicos actuales.

La impresión de solidez en la estructura productiva y de intercambios también queda de manifiesto a partir del elevado contenido medio en estaño de los bronce, según los análisis de composición metálica realizados por Sophie Stos-Gale, de la Universidad de Oxford. A este respecto, conviene recordar que en Menorca no hay mineralizaciones de estaño y que en Europa este recurso está muy localizado. También llama la atención que el contenido de estaño entre distintas piezas sea bastante variable, incluso entre objetos del mismo tipo, como los brazaletes. Resulta asimismo sorprendente que piezas meramente ornamentales cuya función no requiere una especial dureza presenten una concentración de estaño equiparable a la de herramientas destinadas a ejercer fuertes presiones. Por tanto, hay que concluir que en esta época no existía una relación demasiado estrecha entre funcionalidad y composición de la aleación.

Otra cuestión tecnológica que merece la pena comentar es la presencia de porcentajes apreciables de plomo, entre 1 y 4%, en la cuarta parte de las piezas analizadas. Según Stos-Gale, esta situación debía ser resultado de la utilización de cobre procedente de menas polimetálicas que incluían plomo como impureza. Por consiguiente, no podríamos hablar con propiedad de aleaciones ternarias intencionales (las compuestas por cobre, estaño y plomo). La única manera fiable de esclarecer si la inclusión de plomo en los bronce era intencional o casual pasa por determinar las fuentes de extracción de los minerales empleados en las aleaciones. A este respecto, los análisis de isótopos de plomo realizados por Stos-Gale sobre una muestra de artefactos de las cuevas de Es Càrritx, Es Mussol y Es Forat de Ses Aritges apuntan como probable origen el Sudoeste de la península Ibérica. No obstante, aún restan por analizar muestras de minerales baleáricos que permitan descartar con seguridad la posibilidad de un aprovisionamiento local.

Como último apunte en el capítulo tecnológico, es necesario comentar cuál habría sido el tipo de infraestructuras empleadas en la fundición de los minerales metálicos. Para abordar este tema resulta extremadamente útil conocer el contenido en hierro de las aleaciones, ya que cuando la fundición del bronce se produce a una temperatura elevada, el hierro que contienen los minerales en forma de impurezas puede incorporarse a la colada resultante en cantidades apreciables. Los porcentajes de hierro de los artefactos de bronce de Es Càrritx son por lo general muy bajos, lo que indicaría que los hornos empleados debían ser abiertos y que no alcanzaban fácilmente temperaturas superiores a los 1200°C. Esta conclusión se ajusta a los resultados obtenidos por diversos investigadores al analizar la metalurgia de finales del II y principios del I milenio a.n.e., diferente de la de épocas posteriores que sí fundía el bronce a elevadas temperaturas.

Esto en cuanto a economía y tecnología, pero ¿qué podemos concluir acerca del significado ritual y social de los objetos metálicos? Según la distribución espacial observada en Es Càrritx, es posible distinguir entre objetos que ocupaban puntos periféricos y podían

tener el carácter de ofrendas colectivas, y los que constituían adornos de uso personal. Hemos indicado que la cantidad de estos últimos se incrementó notablemente entre 1000 y 800 a.n.e. Aun así, el número de objetos resulta inferior al de los individuos previsiblemente inhumados en esos dos siglos. Esta circunstancia plantea la posibilidad de que algunas personas gozaran de una condición social diferenciada, ya que los artefactos metálicos eran sin duda los objetos más valiosos en términos económicos.

En general, podemos decir que tanto la alfarería como la metalurgia eran actividades con un bajo nivel de sofisticación técnica y que, probablemente, corrían a cargo de algunos miembros en el seno de las comunidades.

- Los objetos fabricados con huesos de animales y piedra

Comencemos por un nutrido grupo formado por ciento ochenta y dos objetos vinculados con la vestimenta: los botones. Se trata de pequeños artefactos de forma piramidal o prismática que presentan una perforación interna en forma de "v", a través de la cual se insertaba el hilo que lo fijaba a una prenda. Los botones con perforación en "v" comenzaron a generalizarse en Europa occidental a finales del III milenio a.n.e., pero en pocos lugares perduraron tanto tiempo como en Menorca. En su fabricación se emplearon principalmente colmillos de cerdo o bien segmentos de huesos largos.

Para producir estos objetos era imprescindible disponer de medios que permitieran cortar con precisión el hueso o colmillo seleccionado. También era necesario un taladro muy preciso para ejecutar perforaciones de apenas 3-4 mm sin romper la pieza. Una vez tallado el botón, se procedía al pulido final de las caras para eliminar rugosidades o desperfectos.

Los botones se asociaban a alguna prenda que cubría total o parcialmente el cadáver. La proximidad entre el número de botones recuperados, ciento ochenta y dos, y el número mínimo de individuos inhumados, en torno a doscientos diez, invita a proponer una correspondencia de botón por cuerpo inhumado. De estar en

lo cierto, el botón, y tal vez la prenda que acompañaba, constituiría un objeto de uso muy generalizado, independientemente del sexo o la edad que tuviera cada persona. Por otra parte, la constatación de huellas de desgaste en muchos botones indica que eran objetos de uso cotidiano reaprovechados en los funerales; es decir, habían sido usados antes de vestir al cadáver y, en consecuencia, no constituían un producto con fines exclusivamente funerarios.

Al contrario que los botones, los restantes objetos de hueso son escasos y presentan un deficiente estado de conservación. Destacan tres discos circulares con perforaciones laterales. Gracias a la magnífica conservación del depósito de la Sala 5, donde apareció un ejemplar idéntico y otros análogos fabricados en madera, hoy sabemos que la interpretación de estas piezas como colgantes no es cierta. Se trata de tapaderas de receptáculos hechos con madera o cuerno. El resalte inferior permitía encajarlas de forma casi hermética y las perforaciones laterales ajustaban el cierre mediante dos cordones que también atravesaban las paredes de los tubos. Otra tapadera de similares características, aunque de cerámica, procede de una grieta en la pared próxima al hogar de la Sala 1.

¿Qué se guardaba en estos envases? Los testimonios del depósito son unánimes en señalar que el contenido siempre era cabello: mechones cortados a algunas personas sepultadas en la Sala 1 poco tiempo después de morir. Posteriormente tendremos oportunidad de volver sobre este tema al presentar los hallazgos del depósito. De momento, este dato es uno de los más interesantes para comprender que el escondite de la Sala 5 contenía objetos que previamente habían estado en el osario de la Sala 1.

En la misma grieta donde apareció la citada tapadera de cerámica recuperamos un colmillo de verraco joven. Las ofrendas funerarias de dientes de animales parecen haber sido una práctica habitual desde tiempos remotos en las islas Baleares. En muchos casos, presentan una perforación en un extremo, circunstancia que permite interpretar estos dientes como colgantes o como complementos de adorno cosidos a la vestimenta. Junto al colmillo, hallamos también un punzón de hueso en cuya superficie

todavía se observa una serie de ranuras transversales que dan fe del proceso de elaboración de esta herramienta. Hacia la punta, estas huellas tienden a desaparecer y la superficie aparece más pulida como consecuencia del empleo del instrumento en labores de perforación. Estas mismas huellas de uso vuelven a constatare en el fragmento de la punta de otro punzón, recuperado esta vez en la parte opuesta de la Sala 1. Constituyen una prueba más de que los objetos que encontramos no se fabricaron con una finalidad estrictamente funeraria, sino que se trataba de objetos de uso cotidiano eventualmente destinados a ofrendas o como complemento en el transcurso de las ceremonias fúnebres.

En lo que respecta a los artefactos de piedra, hay que mencionar varios fragmentos cortos y gruesos de estalactitas que fueron arrancadas y transportadas desde el interior de la cueva. Uno de estos trozos fue transformado con la intención de fabricar un objeto. Se trata de una cuenta de collar anular elaborada por abrasión a partir de un trozo de estalactita. No sólo es el único ejemplar de estas características recuperado en Es Càrritx, sino que también es la primera vez que se ha documentado en las Baleares el trabajo de esta materia prima para la producción de cuentas.

- Las cuentas de fayenza

Con estos objetos concluimos el repaso por el elenco de artefactos hallados en la Sala 1. Se trata de unas cuentas diminutas, muy homogéneas y sencillas, a veces blanquecinas pero generalmente de un llamativo azul turquesa de diferente intensidad. La diferencia entre la fayenza y la pasta vítrea o el propio vidrio reside principalmente en la temperatura de cocción del compuesto silíceo común a estos tres tipos de materiales. En el caso de la fayenza, la temperatura es menor que en los restantes y no supera los 870°C. El resultado es una vitrificación parcial que sólo afecta a la superficie del objeto y que le confiere un aspecto ligeramente brillante con algunas irregularidades de textura. El color externo depende de otros materiales añadidos artificialmente al sílice, pero el núcleo no vitrificado es blanco.

Julian Henderson, de la Universidad de Nottingham, ha constatado que las cuentas halladas en la Sala 1 son de fayenza. El análisis de su ubicación espacial proporciona la pista acerca de su uso y posición originales. Más de la mitad aparecieron concentradas en apenas un metro cuadrado, mientras que el resto se encontraba disperso en dirección norte mostrando el sentido de la desarticulación de un collar. Engarzadas todas juntas alcanzan una longitud de apenas 40 cm, medida que se ajusta a la de un collar de una sola vuelta.

En las Baleares, la constatación de pequeños adornos de vidrio o pasta vítrea se ha asociado con el comercio púnico-ebusitano de la segunda mitad del I milenio a.n.e. No hay duda de que ello fue así en lo que atañe a los vistosos collares tan bien documentados en contextos funerarios postalayóticos. Sin embargo, el tipo de cuenta plana, pequeña y sin decoración documentado en Es Càrritx y en otros sepulcros parcialmente contemporáneos, debe vincularse con unas redes de producción e intercambio más antiguas enraizadas en la Europa ribereña del Mediterráneo centro-occidental, unas redes de las que formaban parte las comunidades baleáricas a principios del I milenio a.n.e.

Efectivamente, los análisis químicos realizados sobre varias cuentas de fayenza de la cueva de Es Càrritx indican que su composición es prácticamente la misma que la de otras del mismo tipo encontradas en cuevas funerarias de Mallorca como Sa Cometa des Morts I (Escorca) y Son Maimó (Petra) y ... ¡que las procedentes del cementerio de Este, cerca de Venecia! También se conocen cuentas del mismo color y forma en Cerdeña, Sicilia y, posiblemente, el sur de Francia, lo cual nos da una idea sobre la extensión de las redes de intercambio, así como sobre las rutas de navegación a finales del II y principios del I milenio a.n.e.

En este contexto de intensos contactos entre regiones distantes, también hay que entender la proliferación de ofrendas metálicas mencionada para los últimos siglos del uso sepulcral de la cueva de Es Càrritx. Sólo si estaba garantizado un abastecimiento regular de cobre, quizás desde el sur de la península Ibérica, y de estaño, quizás desde Centroeuropa o determinados puntos de la fachada

atlántica, estas comunidades podían permitirse el “lujo” de deshacerse de tantos objetos de bronce. Seguramente se intercambiaban muchos otros productos, como el marfil de elefante procedente del norte de África, pero la inmensa mayoría no se conservan en el registro arqueológico. De lo que sí tenemos algunos indicios es de los medios de navegación utilizados en las travesías. Los barcos en miniatura fundidos en bronce procedentes de Cerdeña (*navicelle*) (Fig. 11) y los restos de cascos encontrados en diferentes puntos de la costa de Inglaterra y Gales confirman que las sociedades de la Edad del Bronce de Europa occidental habían sustituido ya las piraguas monóxilas por barcos de entre 8 y 15 m de eslora fabricados con tablas cosidas con cuerdas y perfectamente calafateadas. Estas embarcaciones, propulsadas a vela y por remos, permitían el transporte por mar de una carga de varias toneladas. Aunque no hay evidencia de que fuesen las comunidades baleáricas las encargadas de realizar estos viajes, los materiales alóctonos encontrados en las cuevas de Es Càrritx y, como veremos, también de Es Mussol, muestran que antes de la llegada de los fenicios funcionaba un sistema de intercambios fiable y eficaz que cubría el Mediterráneo occidental y la costa atlántica. Más que introducir la navegación en estas regiones, los fenicios parecen haber aprovechado esta red de contactos marítimos en beneficio de sus intereses comerciales.

El depósito de la Sala 5

Los hallazgos efectuados en la Sala 1 informan sobre muchos aspectos rituales y sociales que rodearon las prácticas funerarias entre los años 1450 y 800 a.n.e. Sin embargo, el insólito descubrimiento del depósito de la Sala 5 ha permitido incrementar todavía más el conocimiento sobre las formas de vida y la dimensión simbólica de las comunidades prehistóricas menorquinas. Como mostraremos en las páginas siguientes, las manifestaciones materiales de las salas 1 y 5 estuvieron íntimamente conectadas pese a la distancia que separaba ambos contextos.



Figura 11. Modelo en bronce de una embarcación de época nurágica (Orroli, Pipizu, Cerdeña). Museo de Cagliari.



Figura 12. Vista del contenido del depósito de la Sala 5 de la cueva de Es Càrritx en el momento de su descubrimiento (foto Consell Insular de Menorca).

Situado a unos 80 m de la entrada de la cueva, tras adentrarse por un tortuoso corredor que conduce al reducido espacio de la Sala 5, el “depósito” ha proporcionado uno de los hallazgos más importantes en el panorama de la prehistoria europea de los últimos años. En una oquedad excavada en una colada arcillosa de no más de 60 cm de longitud máxima y tapada por una losa, se distinguieron a simple vista vasos, espátulas y un peine, todo ello de madera, dos ollitas de cerámica, varios artefactos de hueso y de bronce y, lo más sorprendente, abundantes restos de lo que parecían ser cabellos, introducidos en el interior de pequeños envases cilíndricos de madera y cuerno de bóvido o bien desparramados por sus alrededores (Fig. 12). De forma casi milagrosa, un singular conjunto de materiales orgánicos había permanecido prácticamente incólume a lo largo de unos tres mil años y ahora invitaba a conocer aspectos inéditos de la vida social que una vez le infundiera sentido.

En el momento de su descubrimiento, muchos objetos se encontraban todavía en el lugar donde fueron colocados originalmente, mientras que otros se habían degradado, fracturado o ladeado con el paso del tiempo. Sin embargo, la disposición de las piezas y su escasa desarticulación indican que el conjunto fue depositado simultáneamente. Los tubos de madera y de cuerno rellenos de cabellos se ubicaban en el centro del receptáculo, mientras que los restantes artefactos ocupaban posiciones periféricas.

Los contenedores tubulares y el simbolismo funerario del cabello

Los objetos más abundantes en el depósito son los artefactos compuestos por tubos de madera o cuerno de bóvido, de perfil ligeramente troncocónico, que contenían cabellos. Se trata de artefactos de pequeño tamaño, que no alcanzan los 10 cm de longitud. Los tapones, en ocasiones decorados con círculos concéntricos incisos, y las bases que los cerraban son los elementos mejor conservados, mientras que los tubos, especialmente los de madera, sólo se han preservado fragmentariamente. Si tomamos como referente los tapones, por

ser éste el elemento más representado, el número total de contenedores en el depósito fue de diez. Uno de ellos constaba de tres cilindros unidos y decorados como algunos tapones, mientras que otro poseía dos, por lo que el total de receptáculos disponibles habría sido de trece. Todos los tapones poseen un resalte que permitía su encaje en el tubo (Fig. 13). La sujeción definitiva se lograba con la ayuda de cordeles que pasaban a través de las perforaciones situadas en los tapones y en la parte superior de los cilindros. Por su parte, las bases se fijaron mediante un número variable de remaches de diferente grosor fabricados con palitos de madera.

La madera fue el material utilizado para la fabricación de la mayoría de los tubos y tapones, y para todas las bases. Los estudios de identificación realizados por Raquel Piqué permiten conocer cuáles fueron las especies seleccionadas. Los elementos de cierre, tapones y bases suelen ser de madera de boj o de brezo, aunque también se utilizó la de acebuche y lentisco. En el caso de los tubos, se empleó el boj y, en una ocasión, el acebuche. Además, hay que tener en cuenta que al menos en cuatro casos el material escogido para la fabricación de tubos fue el cuerno de bóvido, mientras que el hueso sólo fue escogido en una ocasión como materia prima para la fabricación de un tapón.

El examen de las huellas de fabricación en la superficie de las piezas de madera indica el uso de cuchillas metálicas muy afiladas, así como algún sistema de lijado o pulido para eliminar las imperfecciones. Las perforaciones realizadas para fijar las bases y los tapones al tubo fueron realizadas con brocas de entre 2 y 4,5 mm de diámetro. Por su parte, los motivos circulares de menos de 1 cm de diámetro que decoran algunos tapones y tubos fueron trazados con la ayuda de un compás de dimensiones muy reducidas y, a la vez, muy resistente y preciso. En suma, nos hallamos ante objetos resultado de un proceso de fabricación técnicamente complejo y laborioso, tanto por la dureza de los materiales, como por el reducido tamaño de los componentes y el perfecto ajuste entre todos ellos.

No puede hablarse de una norma estricta para la selección de los tipos de madera, ni a la hora de combinar componentes de diferente naturaleza para formar los contenedores, ni tampoco siquiera en cuanto al tamaño de los objetos. Sin embargo, la constatación de dos técnicas diferentes para acoplar las bases a los tubos (una mediante resaltes y unos pocos remaches gruesos, y otra mediante un número mayor de remaches finos), sugiere la existencia de sendos talleres o tradiciones productivas. Además, ambos sistemas de acoplamiento con resaltes y remaches constituyen soluciones técnicas realmente avanzadas para la época. Estos sofisticados artefactos aparecieron por primera vez en la primera mitad del II milenio a.n.e. en la zona carpática y, posteriormente, se extendieron a las regiones circumalpinas cercanas a la ribera septentrional del Mediterráneo central (Suiza, norte de Italia). La existencia del mismo tipo de objetos de madera y de técnicas de trabajo en Menorca y en Centroeuropa entre 1100 y 800 a.n.e. muestra que las comunidades baleáricas estuvieron “al día” en cuanto a los avances tecnológicos realizados en los territorios continentales, en parte gracias a la buena comunicación por mar existente en aquella época, tal y como expusimos anteriormente.

Hasta aquí nos hemos ocupado de aspectos formales y técnicos pero, ¿qué decir acerca de la función de estos pequeños objetos? Hemos señalado en repetidas ocasiones que los tubos contenían cabellos. No obstante, hay indicios para pensar que estos objetos desempeñaron antes otro cometido. En primer lugar, hemos apreciado huellas de desgaste en una de las orejetas de cada tapón, lo que quiere decir que los recipientes se abrieron y cerraron en repetidas ocasiones. El hecho de que en algunos poblados baleáricos, como Trepucó (Maó) y Ses Païsses (Artà), se hayan encontrado restos de tapones de hueso, precisamente los componentes más resistentes de estos contenedores, lleva a pensar que eran objetos de uso cotidiano destinados a guardar objetos o sustancias con un valor o utilidad especial.

Ahora bien, tras un periodo de utilización más o menos prolongado, la mayoría de los contenedores fueron destinados a una finalidad

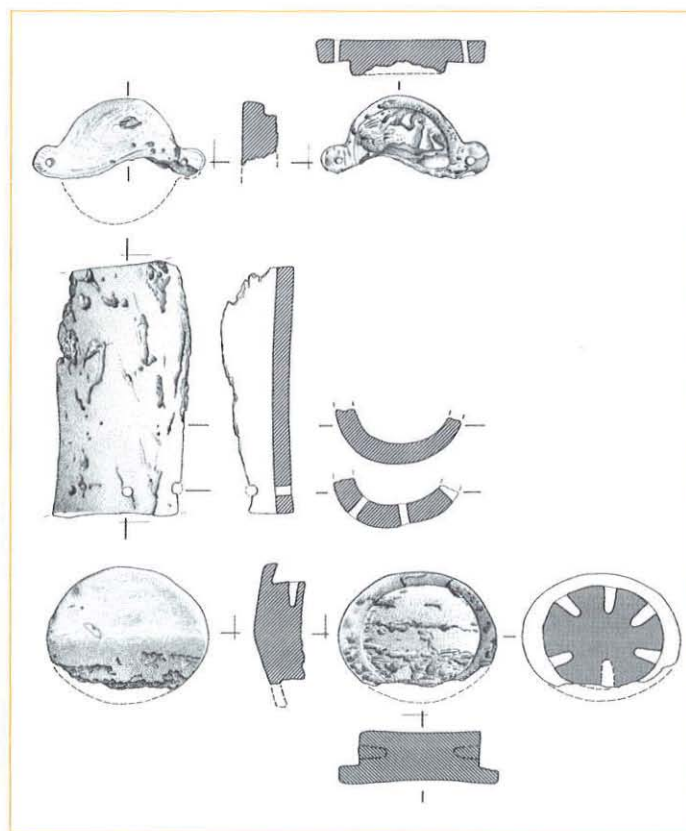


Figura 13. Sistema de encaje de un contenedor cilíndrico de madera con la tapa y la base. Cueva de Es Càritx, Sala 5 (dibujo de R. Álvarez Arza).

funeraria. Además de los hallazgos de la Cueva de Es Càrritx, otros cementerios prehistóricos menorquines, como la célebre naveta de Es Tudons (Ciutadella) o ciertos sepulcros de Cales Coves (Alaior), han proporcionado tapones de hueso parecidos, de nuevo seguramente los únicos componentes conservados de los contenedores originales. En la actualidad, gracias a las extraordinarias condiciones de conservación del depósito de la cueva de Es Càrritx, sabemos que este tipo de contenedores tuvo una función en el conjunto de ceremonias celebradas con ocasión del funeral de determinados individuos. Sabemos también que tales ceremonias tenían lugar en los propios cementerios y que sólo un acontecimiento inesperado hizo que los instrumentos involucrados en las mismas fuesen a parar al depósito de la Sala 5. ¿En qué consistían estas ceremonias? ¿Cómo hemos llegado a saber todas estas cosas? El examen minucioso de los restos arqueológicos nos brinda las pistas clave. Hemos señalado que los tubos contenían básicamente cabellos. Éstos estaban cortados en mechones de hasta 13 cm de longitud y rellenaban por completo el interior de los envases. Los análisis forenses realizados por Stephanie Smith, del Laboratorio de Investigación Criminal del Instituto de Ciencias Forenses de Dallas (EE.UU.), han revelado que los cabellos contenidos en cada uno de los tubos podrían corresponder a una sola persona y que estaban teñidos en un tono rojizo. Posiblemente, esta coloración fue obtenida a partir de algunas de las sustancias vegetales identificadas por Hans-Peter Stika en la Sala 1 como, por ejemplo, almez, centinodia, retama, hierba mora y, sobre todo, rubia brava, una de las plantas más indicadas para la obtención de colorantes rojos, utilizada todavía hoy en las tintorerías de lana tradicionales del Magreb.

Otro dato interesante proporcionado por el análisis forense es que los cabellos habían sido cortados muy poco tiempo después de morir. Esta circunstancia, unida al hecho de que, enredados en los mechones, encontramos una falange humana y huesecillos de roedores que tanto abundaban en el piso de la Sala 1, lleva a concluir que el teñido o unción, el corte de cabellos y la subsiguiente introducción de los mechones en los envases, fueron

operaciones realizadas en la propia Sala 1 con el cadáver extendido sobre el suelo del osario. Sólo así se entiende que estos restos fuesen a parar accidentalmente a los tubos.

Podemos citar varios ejemplos ilustrativos de rituales similares practicados en diversas sociedades estudiadas por la etnografía. Así, en las comunidades africanas Dogón se afeita la cabeza al individuo fallecido y los cabellos se colocan en una calabaza que acompaña al cadáver en la tumba. Entre los grupos Ojibwa de Norteamérica, el pariente más cercano de la persona fallecida lleva consigo durante un tiempo cabellos de ésta; después, los coloca en un hatillo que deposita en un árbol del bosque. Finalmente, entre las comunidades cimarronas de la Guayana francesa se acostumbra a hacer un pequeño fardo con el pelo de la mujer difunta, que se guarda de cara a posteriores ceremonias. En otras ocasiones, componen un hatillo con cabellos y uñas de los dedos de las manos y lo cuelgan dentro de un cobertizo mortuario llamado "la casa de las lágrimas".

En el caso de la Menorca prehistórica, los tubos repletos con cabellos de algunas personas fallecidas se dejaban cerca de los cadáveres. Con el paso del tiempo, en muchos yacimientos sólo se han conservado algunas tapaderas realizadas en hueso, ya que la mayoría, realizadas en madera, acabaron desintegrándose. Sin embargo, pese a que el número de contenedores fue en el pasado mayor que el que hoy constatamos arqueológicamente, hay razones para pensar que no todas las personas fallecidas recibían este tratamiento ritual. Según estimaciones realizadas en Es Càrritx, el número de cadáveres inhumados entre 1100 y 800 a.n.e., el intervalo de vigencia de esta práctica ritual, fue mayor que el de tubos. Este hecho sugiere que las ceremonias capilares quedaban restringidas a un sector de la comunidad que gozaba de una consideración especial.

Sin lugar a dudas, los contenedores de cabellos humanos constituyen los objetos más reveladores del depósito de la Sala 5. Sin embargo, este lugar deparó otros hallazgos extremadamente interesantes que contribuyen a completar el sentido de las ceremonias funerarias. A ellos dedicaremos las próximas líneas.

Los accesorios empleados en la ceremonia de los cabellos

El depósito de la Sala 5 contenía además dos pequeñas ollitas y tres tazas de madera de boj. Éstas se fabricaron vaciando un tronco con la ayuda de un instrumento muy afilado y puliendo después las superficies de forma casi perfecta. La dificultad en la elaboración de estos recipientes es remarcable, pues el hecho de que la médula del árbol atravesase sus paredes implica muchos problemas a la hora de tallar y secar la pieza. Todo ello da idea de la pericia de los artesanos y artesanas de Menorca en el trabajo de maderas duras. Seguramente, su habilidad fue superior a lo común en otras regiones europeas contemporáneas, donde lo usual era aprovechar como materia prima las protuberancias naturales de los árboles, o bien efectuar la talla evitando la delicada zona del eje central del tronco.

Al igual que sucedía con los contenedores cilíndricos, los vasos presentan huellas de desgaste más o menos intensas, como pequeñas muescas y zonas especialmente pulidas y brillantes en bordes y asas como consecuencia de una manipulación continuada. Pudieron contener algún líquido o pasta, como se desprende de su asociación con hasta cuatro espátulas de madera de brezo, sólo una de las cuales se conserva entera. Ello plantea la posibilidad de que estos instrumentos participasen en la preparación de las sustancias destinadas a teñir o ungir los cabellos.

La vinculación de los objetos del depósito con el cabello no acaba aquí. Uno de los objetos más emblemáticos del depósito es un peine de madera de boj, cuyo diseño evoca un murciélago con las alas desplegadas. Esta peculiar morfología lo convierte en un objeto único. Mide algo menos de 8 cm y fue fabricado con la ayuda de cuchillas y lijas. No obstante, para diferenciar las púas pudo utilizarse la capacidad abrasiva de un cordel húmedo cubierto de arena que, mediante hábiles y continuados movimientos de fricción, iría definiéndolas. Al parecer, los peines sirvieron, junto a las espátulas y los recipientes de madera, para manipular y componer el pelo en el marco de las ceremonias funerarias.

Los peines de madera, hueso o marfil constituyen un tipo de instrumentos ampliamente documentado desde tiempos neolíticos. En las islas Baleares se conocen ejemplares más antiguos que el de Es Càrritx, como la pieza de marfil hallada en el abrigo de Son Matge (Valldemossa) o el lote de peines procedente de la cueva natural de enterramiento de Can Martorellet (Pollença). Con posterioridad a Es Càrritx, los peines siguieron siendo utilizados en época postalayótica, como indican los hallazgos realizados en Son Maimó (Petra), Cova Murada (Ciutadella) o en algunas cuevas de Cales Coves (Alaior). Aun así, la morfología del peine de Es Càrritx resulta única. En el plano simbólico, la figura del murciélago evoca además un universo subterráneo inundado por la oscuridad, que coincide exactamente con el imperante en el lugar de utilización de este objeto.

La lista de artefactos de madera finaliza con una serie de bastoncillos de acebuche u olivo. Se trata de piezas alargadas, de entre 6 y 12 cm de longitud, en las cuales se aprecian marcas de fabricación y también señales de desgaste por el uso. La mayoría fueron utilizados en la preparación de las sustancias destinadas al tratamiento capilar, y quizás también en el prensado de los cabellos cuando eran introducidos en el interior de los contenedores.

Por último, el depósito contenía tres objetos de bronce. Uno es una plaquita decorada de cuya base pendían tres varillas decoradas con incisiones. Su asociación a varios mechones de pelo y, además, el hecho de que otro fragmento de varilla semejante a las anteriores fuese hallado en el interior de uno de los tubos, permite interpretar este artefacto como un pasador o colgante para ser lucido en la cabeza. El último artefacto de metal es un objeto afilado acabado en punta, que pudo ser utilizado para cortar los mechones de pelo.

La interpretación ritual y social del depósito de la Sala 5

Los hallazgos que acabamos de describir informan de unas complejas ceremonias que giraban en torno al tratamiento de los cabellos de ciertas personas fallecidas. Una vez el cadáver yacía



Figura 14. Manipulación ritual de los cabellos en la Sala 1 de la cueva de Es Càrritx (dibujo de Oriol García i Quera).

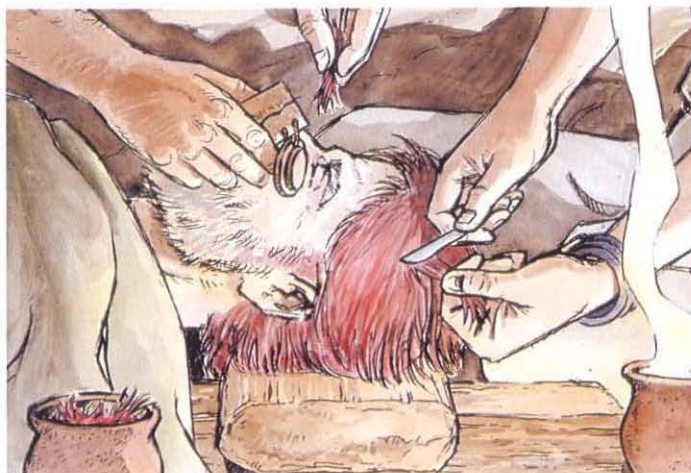


Figura 15. Sala 1 de la cueva de Es Càrritx. Introducción de mechones de cabello en el interior de los envases (dibujo de Oriol García i Quera).

sobre el enlosado de la Sala 1, se procedía a peinar, teñir o ungir sus cabellos (Fig. 14). Para ello se preparaban sustancias vegetales en el interior de recipientes de cerámica y madera con la ayuda de bastoncillos y espátulas. Estas sustancias se aplicaban a los cabellos y, a continuación, se cortaban los mechones que eran introducidos en los contenedores tubulares (Fig. 15). Tras finalizar la operación, estos envases se dejaban en la Sala 1, cerca de los restos de la persona homenajeada.

Ahora bien, queda por explicar qué motivó la reunión y ocultación del conjunto de objetos y materiales implicados. Hemos dejado este aspecto para el último momento porque, en realidad, constituye el final de la etapa en que las comunidades prehistóricas menorquinas enterraban a sus miembros en osarios colectivos y realizaban complejas liturgias funerarias. Recordemos que la disposición y el estado de conservación de los hallazgos del depósito indicaban que todos ellos habían sido colocados a la vez. Descubrimos también que antes de ese momento su lugar había sido la Sala 1. ¿Cuál pudo ser la razón para que acabaran en un lugar recóndito de la propia cueva de Es Càrritx?

Según la información proporcionada por las fechas de C14, la ocultación del depósito respondió a una decisión tomada hacia el final del uso funerario de la Sala 1, en torno al 800 a.n.e. En aquellos momentos, las comunidades baleáricas experimentaban importantes cambios sociales, que se tradujeron en la formación de unidades políticas organizadas en torno a los talayots, edificios monumentales de planta circular o cuadrada levantados a base de grandes bloques de piedra. Ello produjo un desplazamiento de las prácticas ideológicas desde los espacios funerarios tradicionales gestionados por pequeños grupos de parentesco a ámbitos públicos de mayor envergadura que tuvieron en los monumentos talayóticos su expresión más emblemática.

En esta situación de crisis y cambios, una parte o la totalidad del grupo ancestralmente vinculado a Es Càrritx decidió asegurar el recuerdo de su pasado trasladando los objetos rituales más significativos hacia un lugar muy apartado, en las entrañas de la

tierra. Los materiales elegidos fueron los cabellos de los antepasados y todo el utillaje relacionado con su manipulación ritual. En consecuencia, las razones que condujeron a la ocultación tuvieron un móvil fundamentalmente ideológico. Tal vez, la recogida de los instrumentos rituales se realizó con la esperanza de restablecer algún día el orden social anterior y reanudar los rituales practicados durante siglos por estas comunidades. Sin embargo, el desarrollo de la sociedad talayótica excluyó esta posibilidad.

El simbolismo connotado en los cabellos tuvo posiblemente que ver con una nueva ideología que otorgaba protagonismo a la cabeza. En este mismo sentido apunta el ritual consistente en la separación de cráneos y en su posterior red deposición en uno de los márgenes de la fosa de la propia Sala 1. No sería extraño que esta nueva liturgia estuviese relacionada con unas creencias que asociaban la cabeza con lo sagrado, ya sea como morada de una entidad sobrenatural ("alma" o "espíritu") o bien como el lugar del cuerpo más emblemático de la persona. En cualquier caso, el énfasis ritual centrado en la cabeza sugiere un mayor peso de la figura del individuo en la representación de la vida social. Todos estos principios ideológicos resultan marcadamente distintos a los expresados por las comunidades que frecuentaron la cueva de Es Càrritx por vez primera, ya que éstas profesaban unas creencias de contenido más anónimo y mucho más ligadas a la tierra.

Semejante mutación ideológica se manifestó en otras situaciones de la vida social. Gracias a otro afortunado y excepcional descubrimiento, hoy somos testigos privilegiados de unas prácticas que ayudan a comprender el significado de los nuevos símbolos y la organización social en que hallaron sentido. Es el momento de dirigir de nuevo nuestros pasos hacia la cueva de Es Mussol.

Viejas cuevas, nuevos dioses

Tras la primera fase de ocupación de la cueva de Es Mussol, se abrió un hiato de varios siglos hasta que el lugar fue frecuentado de nuevo a finales del II milenio a.n.e., aproximadamente en la misma

época en que se estaban produciendo los cambios rituales que acabamos de relatar en Es Càrritx. Varias pequeñas vasijas utilizadas como candil indican cuál fue el camino que siguieron las personas que se internaron por la amplia y resbaladiza Sala 2. Sin embargo, ésta no era su meta. Exploraron las oquedades abiertas en el suelo y dieron con una que, a través de un angosto corredor, conducía finalmente al conjunto de espacios de la Sala 3. En la cámara más interna, que denominamos Sala 3c, dejaron testimonio de actividades cuyo fascinante significado trataremos de descifrar.

La Sala 3c es una cámara natural de tendencia rectangular, de casi 5 m de longitud y unos 2 m de anchura. Su suelo es muy irregular. En la parte más próxima a la entrada es más o menos llano y la altura respecto al techo permite estar de pie. En cambio, conforme avanzamos hacia el lado opuesto una serie de bloques caídos reduce progresivamente la altura de la cámara, al tiempo que configuran una superficie muy desigual. En el sector más extremo, donde la roca conforma una especie de repisa, apenas medio metro separa el suelo del techo.

Distribuidos en diversos puntos de la Sala 3c se hallaron tres vasos-candil y hasta diecisiete piezas de madera que hacen referencia a objetos enteros o fragmentados. Sin ningún género de dudas, dos de ellos figuran entre los más singulares de la prehistoria del Mediterráneo. El primero es una talla antropomorfa del tamaño de un puño, que yacía en el sector occidental de la cámara, muy cerca de la entrada (Fig. 16). Fue realizada en madera de olivo y representa la cabeza y el cuello de un individuo probablemente de sexo masculino, si nos atenemos al aspecto general de robustez de los rasgos faciales y craneales. Tecnológicamente, la pieza muestra un acabado muy cuidadoso, pues la calidad del pulido final eliminó casi por completo las huellas de talla. Lo primero que llama la atención es el realismo que expresa. En las vistas de perfil puede apreciarse la fidelidad conseguida en la representación de la cuidada inflexión que diferencia la nuca o la prominente nariz aguilena (Fig. 17). La



Figura 16. Talla antropomorfa hallada en la Sala 3c de la cueva de Es Mussol, en el momento de su descubrimiento (foto Consell Insular de Menorca).



Figura 17. Vistas frontal, posterior y laterales de la talla antropomorfa de la cueva de Es Mussol (fotos P. Witte).

consecución de este tipo de formas curvilíneas requirió una combinación de trabajos de talla y pulido muy precisos, habida cuenta de las reducidas dimensiones de la pieza. El cuello, algo más largo de lo normal, pudo ser la zona que facilitaba la prensión del objeto o su inserción en algún tipo de soporte. La expresión facial y el ángulo del cráneo respecto al cuello parecen indicar que la mirada se dirige hacia un punto situado en una posición elevada. La apertura de la boca proporciona la sensación de que el individuo esté emitiendo sonidos o expresando su asombro. En conjunto, los rasgos anatómicos testimonian un gran realismo, hasta el punto de que no sería de extrañar que se hubiese pretendido evocar a un individuo concreto con la fidelidad de un retrato.

Una segunda talla de madera de olivo fue colocada en el extremo opuesto, en la parte más elevada de la sala (Fig. 18). Representa una cabeza que combina rasgos humanos y animales (Fig. 19). La cara posee un contorno antropomorfo en el que se distinguen con claridad la frente, unos ojos fuertemente rasgados y una nariz alargada y chata. La boca, marcada por una acanaladura horizontal relativamente amplia, da la sensación de estar entreabierta, mientras que un mentón fuerte de notables dimensiones insinúa tal vez una barba. Carecía de orejas. La cabeza está coronada por dos apéndices a modo de cuernos, cuyas bases parten de una superficie excesivamente plana como para corresponder a un cráneo humano. Los cuernos presentan una peculiar morfología, ya que en el apéndice mejor conservado se observa una base ancha que se estrecha bruscamente hasta finalizar en un extremo puntiagudo. Si asumimos que la representación de estos cuernos no es esquemática sino realista, la cornamenta podría corresponder a la de un cérvido joven. La cabeza está unida a un cuello estilizado relativamente largo, que seguramente servía para coger el objeto o para ser encajado en algún tipo de soporte. En conjunto, la figura ofrece una expresión solemne, en la que las agudas facciones oculares y la boca recta y horizontal configuran un semblante serio y, en cierto modo, amenazador.

A diferencia de la primera, resulta claro que con esta talla no se pretendió representar a una persona real, sino a un ser de naturaleza especial. Ningún humano posee cornamenta, ni ningún animal exhibe una cara humana. Tampoco los seres humanos y los otros animales tienen una bóveda craneal perfilada por planos tan rectos. Así pues, resulta claro que quien la fabricó no lo hizo a imagen y semejanza de un modelo real, sino de un modelo imaginado. Las características estructurales de dicho modelo permiten clasificarlo entre los "seres híbridos", el mismo conjunto que incluye composiciones tan célebres como la Esfinge, el Minotauro y el Centauro. Estos seres simbólicos desempeñaban su papel en las narraciones mitológicas de la Antigüedad, unos relatos muy abstractos y elaborados a través de los cuales una comunidad expresaba sus creencias filosóficas y religiosas.

Curiosamente, uno de ellos comparte con la talla zooantropomorfa la combinación de rasgos humanos y cornamenta de cérvido. Se trata del dios conocido como *Cernunnos*, "El que porta cuernos", que formó parte del panteón celta de finales del I milenio a.n.e. y del que se conservan numerosas representaciones en piedra o metal desde Dinamarca hasta los Alpes. En algunas de ellas, *Cernunnos* aparece acompañado de un torques, una serpiente y una bolsa o cuerno de los que manan monedas, todos ellos símbolos connotadores de las ideas de fertilidad, provisión y abundancia. En este sentido, resulta especialmente sugerente que algunos de tales símbolos, sobre todo la serpiente, siguieran siendo vinculados incluso en época romana con el mundo subterráneo, entendido como fuente de renovación y de vida.

Sería aventurado afirmar que el personaje astado de la cueva de Es Mussol representó al *Cernunnos* que conocemos principalmente a partir de la iconografía celta y galorromana, mil años posterior a aquél. Sin embargo, plantea la posibilidad de que nos hallemos ante un precedente de finales de la Edad del Bronce, cuando menos a nivel formal. Sea como fuere, la constatación de una iconografía análoga a la estudiada en regiones relativamente próximas a Menorca y con unas connotaciones religiosas claras,



Figura 18. Talla zooantropomorfa hallada en la Sala 3c de la cueva de Es Mussol, en el momento de su descubrimiento (foto Consell Insular de Menorca).

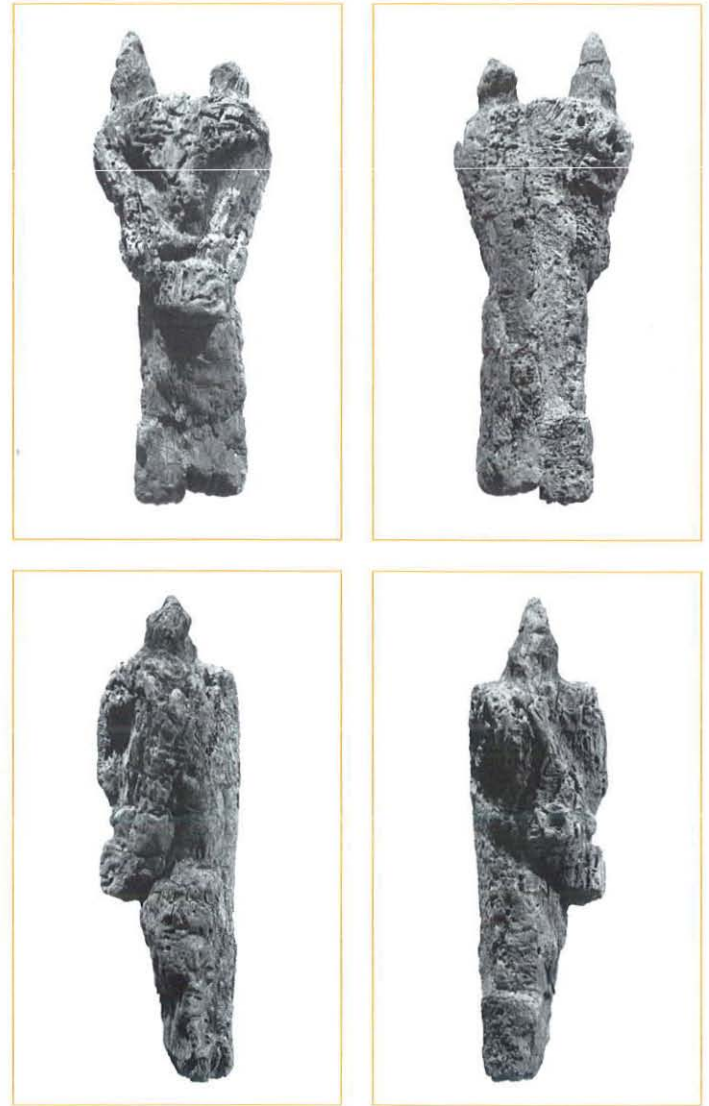


Figura 19. Vistas frontal, posterior y laterales de la talla zooantropomorfa de la cueva de Es Mussol (fotos P. Witte).

contribuye cuando menos a reforzar la hipótesis de que nuestra talla adquiriera sentido en el marco de un discurso metafísico complejo con tintes mitológicos o incluso teológicos.

El corte ritual de cabellos y la recolocación de cráneos en la Sala 1 de la cueva de Es Càrritx sugerían que la cabeza había cobrado una relevancia ideológica desconocida hasta entonces. Las tallas de Es Mussol subrayan esta posibilidad. La importancia ritual concedida a la cabeza responde probablemente a un cambio de énfasis en la ideología social hacia principios más individualistas. A mediados del II milenio, las prácticas ideológicas desarrolladas en las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol enfatizaban la idea de una potencia subterránea generadora de vida. En cambio, a finales del milenio, a este mismo simbolismo que tiene como escenario el mundo subterráneo se añade un nuevo componente conceptual asociado al personalismo de la figura humana. A las nuevas necesidades de transmisión ideológica no le bastan los referentes naturales próximos a la experiencia cotidiana, y los nuevos códigos requieren una producción de imágenes específica. Una de ellas expresa con claridad un sincretismo abstracto, en virtud del cual ciertos seres sobrenaturales de apariencia mitad humana mitad animal convirtieron en su morada el espacio subterráneo, hasta entonces anónimo aunque connotado en femenino.

Las investigaciones dedicadas a profundizar en la caracterización y evolución de esta nueva ideología en el ámbito europeo suelen coincidir en que a lo largo de la Edad del Bronce el hasta entonces predominio ideológico femenino fue desplazado por una simbología masculina, la cual se conecta con la instauración de sociedades de corte patriarcal. Con frecuencia, esta suplantación simbólica ha sido representada mitológicamente en forma de matrimonio (*hierofanía*) entre la Tierra y el Cielo. Frente a un principio ancestral anónimo, se implantaron divinidades personalistas organizadas en panteones jerárquicos dominados por la figura del padre o del héroe. Frente a fuerzas vitales y regeneradoras relacionadas con la tierra y el mundo subterráneo, los nuevos principios ideológicos ensalzan el combate y la

violencia, y reclaman un origen celeste o solar. Tal vez la distancia que media entre la Tierra y el Olimpo, entre Gea y Zeus en la mitología griega, sea la misma que separa la vasija femenina de la Sala 7 de Es Càrritx respecto a la figura híbrida de Es Mussol.

Una experiencia iniciática

Las tallas de madera nos informan de muchas cosas, pero, por sí solas, no bastan para entender qué papel desempeñaron en la sociedad de finales del periodo Naviforme. Si queremos profundizar en esta cuestión, debemos fijarnos en el contexto material donde fueron utilizadas.

Comencemos por la Sala 3c. Hemos señalado que esta cámara subterránea ha proporcionado un conjunto revelador de hallazgos, aunque poco numeroso. La ausencia de restos alimentarios y de infraestructuras domésticas permanentes, unido a las difíciles condiciones de habitabilidad, permiten afirmar que esta sala fue el escenario de una o, a lo sumo, de unas pocas estancias breves. Por otro lado, el escaso espacio disponible lleva a pensar que dichas estancias fueron protagonizadas por muy pocas personas, quizás un máximo de tres, como indica el número de lámparas.

¿Qué carácter pudieron tener esa o esas visitas? Los artefactos que hallamos en su interior corresponden básicamente a dos tipos: imágenes simbólicas y vasitos-candil. Tomados en conjunto, sólo testimonian una actividad segura: la *contemplación*, es decir, una forma de comunicación que, en este caso, vehiculaba mensajes de signo ideológico. De hecho, la propia disposición de las dos tallas de madera refleja o simula esta actividad. La cabeza realista, el símbolo de un visitante concreto, se encontraba cerca de la entrada en una zona donde uno puede permanecer de pie o sentado. Dirigía su mirada hacia un punto elevado, precisamente una posición donde se situaba la figura híbrida. El primero llegaba, el segundo moraba allí. La talla zooantropomorfa expresa la acción de emitir sonidos, pero no oye, carece de orejas para escuchar; emite, pero no tiene necesidad de recibir. Frente a él el visitante, atento (Fig. 20).

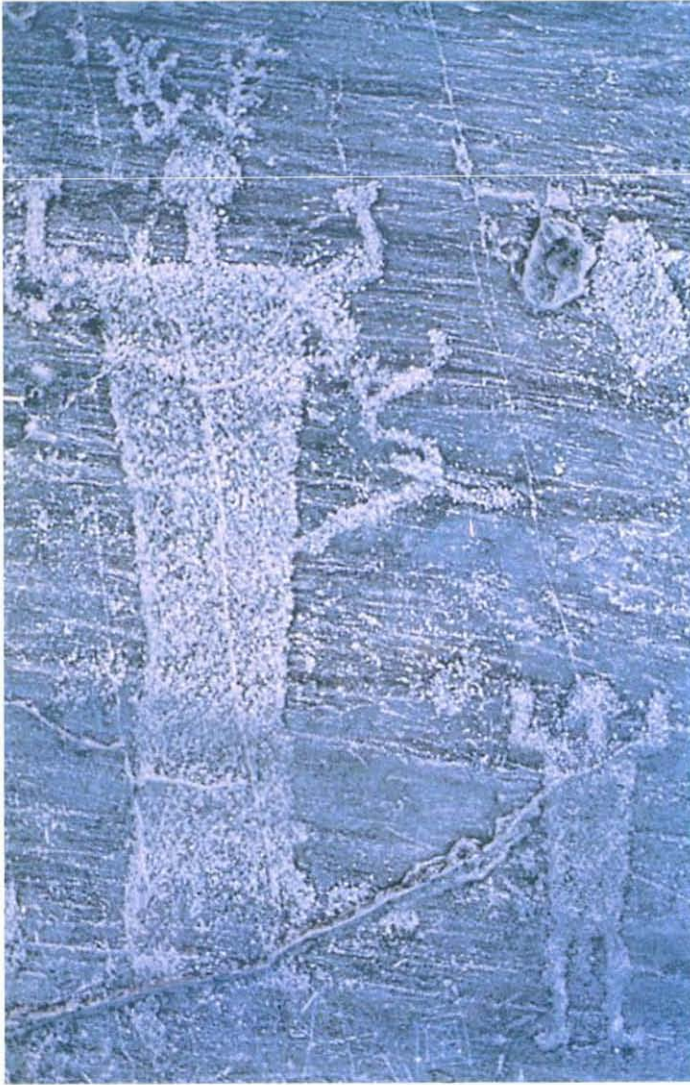


Figura 20. Escena grabada en la roca, que representa al dios *Cernunnos* frente a un personaje humano que parece rendirle culto (Val Camonica, Italia) (©1999 by WARA, Centro Camuno di Studi Preistorici, 25044 Capo di Ponte, Italia).

Si desplazamos nuestro campo de visión hasta situar la Sala 3c y la propia cueva de Es Mussol en un contexto más amplio, encontraremos nuevos elementos con los que encauzar la comprensión de lo que allí sucedió. Como veremos, dichos elementos nos hablan de que las prácticas sociales realizadas en este lugar de Menorca supusieron una experiencia extraordinaria para las gentes que participaron en ellas. Tanto, que cabría calificarlas como “experiencias límite” por varias razones.

1. La cueva de Es Mussol se localiza en la pared de un acantilado alto y abrupto, en el *límite* entre la tierra y el mar. Sabemos que sólo unos pocos asentamientos del periodo Naviforme se ubicaban junto a la línea de costa, y que la dieta de estas comunidades apenas incluía el consumo de recursos marinos. Pese a que mantenían contactos con grupos extrainsulares, para las gentes de Menorca el mar era más el límite de su vida cotidiana que un espacio familiar de tránsito.
2. El acceso a la cueva de Es Mussol entraña un gran riesgo, ya sea si se arriba por mar y se trepa hasta la entrada, o bien si uno se descuelga desde lo alto del acantilado. Así pues, llegar a la cueva exigió realizar un trayecto que bordeó el *límite* entre la vida y la muerte.
3. La actividad desarrollada en la oscuridad y el secreto de la Sala 3c tuvo un carácter inusual si la comparamos con el abanico de actividades llevadas a cabo en cualquiera de los poblados de la época. Las excavaciones arqueológicas nos informan de la realización de diversas prácticas económicas, fundamentalmente de aquéllas relacionadas con el almacenaje, preparación y consumo de alimentos, así como de la producción de artefactos a partir de diferentes materias primas. Ahora bien, no tenemos noticias de espacios destinados específicamente a reuniones de carácter político o ideológico-ceremonial. En lo que respecta al ámbito funerario, las comunidades menorquinas de esta época realizaban inhumaciones en abrigos y cuevas como la de Es Càrritx y en grandes edificios de piedra llamados *navetes*. En ningún caso, sin embargo, optaron por depositar a las personas fallecidas en

lugares muy alejados de la superficie. En suma, cualquiera que alcanzase la Sala 3c de Es Mussol acababa de traspasar el *límite* de los contextos y de las actividades que le serían familiares, para entrar en un mundo secreto y alejado de la mirada pública que quizás hasta entonces sólo podía ser imaginado.

Así pues, los hallazgos arqueológicos efectuados en la Sala 3c nos muestran cómo unas pocas personas se sometieron a experiencias fuera de lo común: un paraje impresionante y un acceso lleno de peligros, el tránsito por la oscuridad y sobre un firme inseguro a la luz de pequeños candiles, el hallazgo de la abertura que comunica con los espacios de la Sala 3, el penoso avance por una angosta y húmeda rampa y, finalmente, tras apartar la losa que cerraba el acceso a la Sala 3c, el encuentro con un ser mitológico. Estas experiencias dan testimonio de uno de los estadios, tal vez el decisivo, en la capacitación de ciertos individuos que, si lograban volver a "casa", se hallarían en condiciones de asumir funciones sociales diferenciadas. Esta sociedad estableció las condiciones materiales y los requisitos para producir esta diferenciación: se instituyó un viaje auténtico y arriesgado hacia un mundo imaginario pero también real. Un viaje que cobró sentido en el marco de los códigos de un dios astado, códigos tan complejos que requirieron de símbolos materiales como la talla híbrida para fijar sus contenidos. Desde esta perspectiva, la Sala 3c constituyó un hito en el marco de un rito de iniciación por el que pasó un grupo restringido de individuos.

Los rituales iniciáticos constituyen un tipo de prácticas sociales conocido en un gran número de comunidades humanas, por lo que se ha llegado a plantear su universalidad. En general, se trata de ceremonias en virtud de las cuales un individuo o grupo de individuos adquieren una consideración social diferente a la que poseían hasta ese momento. Los más extendidos y mejor conocidos están asociados a determinados momentos relevantes en el desarrollo vital de los hombres y las mujeres, como por ejemplo al entrar en la pubertad, al contraer matrimonio o incluso al fallecer.

La forma y contenido de estos rituales pueden variar enormemente en una misma sociedad en función del sexo y la posición económica de quienes participan y, por supuesto, también entre diferentes sociedades y épocas. Ahora bien, dentro de la categoría general de los rituales iniciáticos se incluyen modalidades en las que han de cumplirse una serie de requisitos que limitan bastante el número de candidatos o candidatas. La graduación universitaria o la ordenación sacerdotal constituyen ejemplos relativamente comunes en la sociedad occidental. Por su parte, las investigaciones etnográficas han proporcionado abundantes ejemplos de este tipo de ceremonias a propósito de la introducción en sociedades secretas y de iniciaciones militares o chamánicas. En estos casos particulares, se relatan prácticas y experiencias que implican transformaciones profundas en las personas, a menudo metaforizadas en términos de un viaje, y que en ocasiones comportan un serio peligro de muerte.

Las experiencias vividas en la cueva de Es Mussol permitieron a ciertas personas asumir una nueva condición social, pero ¿cuáles pudieron ser sus atribuciones? Para responder a ello debemos considerar las características de la sociedad balear contemporánea. A finales del II milenio a.n.e., la sociedad menorquina era igualitaria y solidaria en muchos aspectos. Sin embargo, esta situación no excluye necesariamente las tensiones y, por aquel entonces, las había. Las formas de vida que se habían instaurado en Mallorca y Menorca hacia el 1600 a.n.e. se hallaban en un proceso de cambio que iba a desembocar en la formación de las unidades políticas talayóticas a principios del I milenio a.n.e. En este contexto, las comunidades potenciaron la figura del "mediador". Con esta palabra nos referimos a personas que podían cumplir funciones diversas, como por ejemplo la resolución de conflictos, la representación política de la comunidad, la curación de ciertas enfermedades o la interlocución entre el grupo y sus mundos imaginarios. En cierta medida, una figura con bastantes puntos en común con lo que desde la antropología se designa con el término *chamán*.

Y poco después, los ecos de antiguas liturgias

La vida social no se olvidó de la cueva de Es Mussol una vez hubieron cesado las ceremonias iniciáticas. Poco tiempo después, en torno al 1000 a.n.e., la Sala 1 volvió a ser ocupada tras un largo paréntesis de casi cinco siglos, esta vez con fines funerarios. Tras purificar el recinto con fuego, el lugar acogió un mínimo de seis inhumaciones, correspondientes a mujeres y hombres adultos y a una criatura de corta edad. A excepción de una de las mujeres, el estado de sus restos era muy fragmentario. Pese a ello, sabemos algo de las patologías que les afectaron. Por un lado, se han detectado enfermedades o lesiones, algunas derivadas de procesos de trabajo, como artritis en cadera y hombro, hernia discal y deformaciones en los pies producidas por sobrecargas y caídas. Por otro lado, algunos individuos se vieron afectados por procesos infecciosos en algún momento de su vida. En el caso de la mujer adulta con el esqueleto mejor preservado, la causa probable de su muerte tuvo que ver con los efectos de una grave infección centrada en la parte inferior de la cara, cuello y mitad izquierda del tórax.

En recovecos y oquedades de las paredes aparecieron algunos objetos de bronce, entre los que destacan una pieza que se asemeja a una punta de flecha con pedúnculo y aletas, un cincel, un pequeño punzón de sección circular y un pasador o cuenta bicónica. Se trata de útiles muy comunes en otras necrópolis de la época.

Sin embargo, pese a que la interpretación más probable sea que los citados objetos formasen parte de las ofrendas funerarias, tampoco hay que descartar la posibilidad de que tuviesen que ver con otro tipo de prácticas votivas documentadas en las salas 2, 4a y 5 de la misma cueva. Éstas consistieron en la deposición de diversos objetos en lugares muy profundos de la cueva, algunos de difícil acceso. La mayoría corresponden a piezas de bronce, nueve en total. Sin duda, la pieza más destacada es un espejo de bronce encontrado en el sector central de la Sala 4a. Consta de un disco

plano casi circular provisto de un vástago alargado y plano rematado en forma de "T" ligeramente asimétrica y curvada hacia el exterior. Tras proceder a la eliminación de las adherencias de óxido que cubrían toda la pieza, pudo observarse en el anverso una delicada decoración a base de un motivo en espiga continua, que recorre en cenefa todo el contorno del objeto y que, además, traza una cruz en todo el plano anverso. La cara reversa, en cambio, tiene una factura mucho menos cuidada y conserva tres apliques perforados, que seguramente sirvieron para sujetar la pieza metálica a un soporte. Por tal motivo, proponemos que el "espejo" constituía un complemento ornamental sujeto a algún tipo de vestimenta o tocado.

Entre los restantes objetos de bronce cabe mencionar también una punta triangular utilizada como cuchillo, un pequeño cincel, la cabeza de una aguja o alfiler y la punta aserrada de una lanza tubular con nervadura central, similar a otra depositada en la Sala 4 de Es Càrritx por la misma época y con la misma función. La lista de ofrendas finaliza con dos discos de marfil de elefante, que se hallaron en un estado extremadamente fragmentado. La paciencia de Noël Siver permitió reconstruir uno de ellos. Esta pieza presenta unas perforaciones muy regulares y dos escotaduras que quizás sirvieron para acoplarlo a otro objeto. Entre los candidatos figura el "espejo", debido a que yacía muy cerca de allí y al parecido en forma y tamaño entre los discos respectivos.

La deposición de artefactos valiosos en la cueva de Es Mussol indica que ésta conservaba una connotación simbólica especial para las poblaciones prehistóricas de Menorca a inicios del I milenio a.n.e. La mayoría de los objetos fueron depositados en lugares poco accesibles y ocultos por la oscuridad más absoluta. Tales condiciones autorizan a considerarlos como ofrendas colocadas en puntos donde resultaba difícil volver a recuperarlos. Ello abre la discusión sobre si las sociedades prehistóricas menorquinas compartieron una práctica bastante frecuente en sociedades de finales de la Edad del Bronce de Europa central y occidental, consistente en efectuar deposiciones de objetos en

lugares considerados sagrados, como ríos, fuentes, simas o bien en el subsuelo. La consecuencia inmediata de ello era la eliminación de una parte de los costosos objetos de bronce (armas, herramientas y adornos) cuando todavía podrían haber sido utilizados, así como de otros bienes de alto valor social, como los discos de marfil.

Las razones que condujeron a este tipo de prácticas votivas pueden haber sido diversas. Sea como fuere, parece lógico pensar que el gasto que supuso el abandono de piezas costosas deja entrever una estructura productiva y de intercambios lo suficientemente bien asentada como para permitirse. Los posibles motivos se nos escapan. No obstante, si las comunidades menorquinas seguían pensando que de las entrañas de la tierra brotaba toda vida y que a la tierra se debía la provisión y la abundancia, la ofrenda de objetos valiosos en las profundidades podría haber sido la manera en que los seres humanos invocasen esa potencia o bien agradeciesen sus dones.

Conclusiones: ritual funerario, ideología y sociedad en Menorca entre ca. 1450/1400 y 800 a.n.e.

Las formas de organización social iniciadas hacia el 1600 en las Baleares alcanzaron una consolidación plena y duradera a partir de ca. 1450/1400. En estos momentos, una unidad social formada por unas trece personas de ambos sexos y diferentes edades, y posiblemente unida por lazos de parentesco, escogió la cueva de Es Càrritx como cementerio. Se inauguraba así una tradición que continuó por espacio de unos seiscientos años y que iba a legarnos un conjunto privilegiado de testimonios para conocer la vida de aquellas gentes.

El estudio de los hallazgos arqueológicos efectuados en la Sala 1 nos ha mostrado una sociedad en la que no se fomentaba el atesoramiento de bienes ni la explotación económica para conseguirlo. La mayoría de los objetos depositados como ofrenda podían ser fabricados mediante un grado de especialización

artesanal limitado, lo cual no impidió un gran dominio de las técnicas de trabajo más avanzadas en el continente. En aquella época, las comunidades habitaban en poblados formados por un número variable de viviendas de piedra de planta naviforme. Es muy probable que cada una de estas unidades residenciales poseyese un alto grado de autosuficiencia en el plano productivo y que protagonizase buena parte de las actividades de distribución, almacenamiento y, finalmente, del consumo de materias primas y alimentos.

Ahora bien, autosuficiencia no equivale necesariamente a autarquía. La similitud en muchas de las prácticas domésticas y funerarias en Menorca y Mallorca sugiere también un alto grado de comunicación social. Si a ello añadimos la inexistencia de estructuras políticas centralizadoras, el cuadro resultante es el de una sociedad que no había desarrollado centros de poder supracomunales ni formas de exclusión económica. Las unidades sociales básicas mantuvieron una organización acéfala con la suficiente capacidad para acometer actividades que necesariamente afectaban a la comunidad, como la gestión de los intercambios de productos (algunos de ellos de procedencia extrainsular, como el estaño) o la distribución de cónyuges entre las unidades de parentesco.

Dado este panorama social, el ritual de inhumación colectiva reflejaría a nivel simbólico la cohesión grupal existente en otros ámbitos de la vida. Las prácticas funerarias realizadas en la Sala 1 han mostrado un tipo de ritual en el que el gasto social en ofrendas era muy bajo y en el que sólo a finales del II milenio se atisban algunos comportamientos individualizadores. Aun así, tales diferencias resultan insuficientes para hablar de disimetrías. El estudio bioantropológico de los restos óseos de la Sala 1 ha indicado algunas dimensiones generales de este panorama colectivizante, como la inexistencia de diferencias en la dieta entre hombres y mujeres adultos y la inexistencia de lesiones traumáticas debidas a la violencia organizada, lo que ha permitido profundizar más en este tipo de cuestiones.

En el plano ideológico, la elección de cuevas como centros de cohesión supuso priorizar un lugar natural que había sido ya el escenario de prácticas rituales en la etapa anterior. Si durante la primera fase de ocupación de las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol los seres humanos habían frecuentado un mundo subterráneo connotado en femenino, a partir de 1450 sólo algunas cavidades fueron escenario de prácticas funerarias en los espacios más cercanos al exterior. Así, las salas interiores de la cueva de Es Càrritx fueron consideradas tabú a partir de entonces. Sólo varios siglos después dicha prohibición fue transgredida, por fortuna para la arqueología, porque en una situación de crisis ideológico-política uno o varios individuos decidieron ocultar en las profundidades de la cueva un conjunto excepcional de reliquias rituales.

Las cosas estaban cambiando durante los últimos años del II milenio a.n.e. La sociedad menorquina estaba involucrada en una serie de transformaciones económicas, políticas e ideológicas. Gracias al depósito de la Sala 5, conocemos unas elaboradas prácticas rituales que giraban en torno al cabello de ciertas personas inhumadas en la Sala 1. Ello nos sirve para caracterizar la segunda fase en la utilización del osario y, por ende, para atisbar otros aspectos de la economía y de la organización social de la época.

En primer lugar, los análisis sobre la tecnología de manufactura han puesto de manifiesto que la menorquina era una sociedad avanzada en este campo, y que en ella se aplicaban las últimas innovaciones técnicas alcanzadas en la Europa continental. Esta conclusión invalida cualquier tesis de localismo o marginalidad en la caracterización de la sociedad menorquina. El análisis comparativo entre diversos tipos de artefactos permite constatar cada vez mejor que las gentes de Menorca entablaron relaciones con otros grupos del cuadrante noroccidental del Mediterráneo, desde el nordeste de la península Ibérica hasta Cerdeña, siendo especialmente estrechas con las comunidades del área circumalpina y del valle del Po.

En lo que respecta a la organización social, el análisis del depósito sugiere que no todas las personas accedían al elaborado ritual

focalizado en el simbolismo de los cabellos. Las contadas trepanaciones apuntan a que algunos hombres podían gozar de una consideración especial, al menos en el terreno ideológico. Las prácticas iniciáticas documentadas a partir de las tallas de la cueva de Es Mussol podrían encaminarse también en esa dirección. Todas estas distinciones hacen hincapié en el tratamiento simbólico de la cabeza, también de manifiesto en la separación ritual de los cráneos y su recolocación en lugares específicos al pie de las paredes de la Sala 1 de la cueva de Es Càrritx.

Todos estos elementos pueden ser interpretados en clave de un mayor reconocimiento de la figura del individuo por encima del anonimato colectivizante anterior y, por tanto, como expresión de una cierta fractura del cuerpo social. La asignación a ciertos individuos de algunos objetos metálicos de mayor valor social podría ir en ese mismo sentido. Sin embargo, pese a la constancia de una cierta desigualdad material, no creemos que los datos disponibles autoricen a calificar como clasista a la sociedad menorquina de inicios del I milenio a.n.e.

La solidaridad y la participación colectiva en el trabajo y sus frutos continuó siendo la tónica imperante en las sociedades talayóticas baleáricas de después del 800 a.n.e., cuando las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol comenzaron a caer en el olvido. Con posterioridad a esta fecha, los testimonios de la presencia humana se volvieron escasos y esporádicos. En Es Càrritx, el derrumbe de la pared superior del barranco de Algendar dejó la entrada prácticamente oculta (Fig. 21). Sobre las ruinas aún visibles del antiguo muro que un día tapió el recinto funerario de la Sala 1, se realizaron ya en el siglo V a.n.e. prácticas funerarias aisladas. Algunos de los materiales empleados en ellas, concretamente parihuelas o camillas con travesaños de madera acabaron finalmente sobre los restos de las inhumaciones antiguas, ya en el interior de la Sala 1. Con posterioridad a estos eventos, sólo algunos animalillos accedieron a ella. Todo quedó en reposo hasta que Pedro Arnau y Josep Márquez salieron de excursión una mañana de 1995.

Después de haber sido utilizada como cementerio y como lugar de prácticas votivas a inicios del I milenio a.n.e., la cueva de Es Mussol sólo volvió a ser frecuentada mucho tiempo después, hacia los siglos III o II a.n.e. Por aquel entonces, alguien alcanzó la Sala 2 tal vez con la intención de proveerse de agua. En su visita dejó algunas vasijas y una fíbula de hierro o imperdible utilizado para sujetar la vestimenta. Veintidós siglos después, la cueva de Es Mussol inició una nueva vida social y nos trajo el recuerdo de otra, ya remota, vivida tan intensamente.

Epílogo

La arqueología es una ciencia que se propone conocer las sociedades humanas a partir del estudio de todas las manifestaciones materiales que las constituyen como tales. Sin embargo, la arqueología no proporciona la oportunidad de viajar al pasado simplemente para satisfacer una mera curiosidad. En el fondo, el estudio de los restos materiales que dejaron tras de sí otras sociedades es un camino o, si se prefiere, una excusa, para llegar a explicar cómo y por qué funcionan todas las sociedades humanas, entre ellas la nuestra. Quienes hemos coordinado la investigación que aquí se presenta, creemos que este conocimiento es enriquecedor y necesario, porque conocer la vida social pasada y presente de la cual somos producto es una de las condiciones necesarias para hacerla más plena y más justa.

La arqueología, como la propia vida, depende de los objetos materiales. Sin ellos, no hay conocimiento posible. Sin embargo, recopilar objetos arqueológicos no siempre garantiza la adquisición de un saber. A este respecto, ninguna ocasión es mala para repetir que los objetos arqueológicos en sí mismos, fuera de su contexto, pierden gran parte de su potencial informativo. Quienes los consideran como trofeos o fetiches, perjudican a una sociedad que espera conocer algo de esta parte de la herencia pública colectiva, porque con sus actuaciones eliminan la posibilidad de obtener una



Figura 21. Entrada de la cueva de Es Càrritx. Justo delante se observa el gran bloque de piedra que obstruyó la entrada en tiempos prehistóricos, circunstancia que favoreció la conservación de los restos arqueológicos.

documentación completa de las circunstancias que rodearon los hallazgos. La herencia pública de Menorca no se merece el maltrato, muchas veces inconsciente, a que ha sido sometida. Las personas que trabajamos en arqueología tenemos la responsabilidad de trabajar para cambiar este estado de cosas. Nuestra obligación es investigar, sistemática y rigurosamente, la pequeña porción de herencia pública que hemos asumido como objeto de trabajo. Además, debemos hacer lo posible para legar los restos recuperados a las futuras generaciones y, desde luego, debemos difundir los resultados de nuestro trabajo de forma accesible.

Hemos tratado de aplicar estos presupuestos a lo largo de la investigación desarrollada en las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol. Quien haya tenido la paciencia de leer este resumen de nuestra investigación, habrá advertido la complejidad del estudio realizado y, tal vez, se habrá sorprendido al comprobar cuántos esfuerzos han tenido que ser coordinados para que todo saliese adelante. Las preguntas que hemos formulado a los espectaculares hallazgos de estas dos cuevas han requerido el concurso de muchas ramas del saber. A través de ellas, hemos obtenido y articulado una gran cantidad de información sobre aspectos económicos, tecnológicos, medioambientales, demográficos e ideológicos de las sociedades que poblaron Menorca durante buena parte de su prehistoria.

La investigación de las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol nos ha permitido tomar contacto con la expresión material de un rico universo ideológico. Por separado, los objetos que participaron en éste nos han descubierto muchas de las dimensiones tecnológicas, funcionales y sociales que rodearon su producción y uso. Considerados en su contexto, nos han abierto la vía para conocer las prácticas sociales en que todos ellos cobraban significado. En este apartado conclusivo, nos limitaremos a sintetizar los puntos más relevantes de un largo y apasionante camino.

Nuestra andadura se inicia en Menorca en torno al 1600 a.n.e., cuando las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol fueron frecuentadas

por primera vez. Todavía sabemos poco de cómo era la sociedad a la que pertenecían las personas que las visitaron. Sin embargo, los vestigios que dejaron en las profundidades indican que estas gentes rendían culto al mundo subterráneo y, a tenor del simbolismo expresado en la vasija colocada en el fondo de la cueva de Es Càrritx, lo nombraban en femenino. Probablemente, se guiaban por una intuición que consideraba la tierra como el principio anónimo generador de vida. Desde esta perspectiva, ciertas cuevas naturales profundas ofrecieron la oportunidad de acceder a un mundo oculto radicalmente distinto al de la superficie, pero respecto al cual éste tanto debía.

Con el paso de los años, la vida se abrió camino y el poblamiento humano de Menorca y Mallorca se expandió y consolidó. A partir de en torno a 1450 a.n.e., la sociedad se vertebró en múltiples unidades básicas compuestas por algo más de una docena de personas. Sus miembros estaban vinculados por relaciones de parentesco y producían casi todo lo necesario para subsistir. Además del alimento, cada unidad contaba con los medios para producir algunos de los utensilios más cotidianos y, por consiguiente, más importantes para la subsistencia. Sin embargo, estas unidades sociales no vivían ni mucho menos aisladas, ya que mantenían frecuentes contactos con las restantes comunidades insulares. Por medio de estas relaciones, cada una de ellas se abastecía de los productos de que carecía, y a buen seguro circulaban cónyuges que aseguraban la reproducción de los grupos de parentesco. Como indica la ausencia de armas y de fortificaciones, todo apunta a que las relaciones eran pacíficas. Existía libertad de movimientos y ni la riqueza ni el saber tecnológico se hallaban atesorados en manos de grupos privilegiados.

El elevado nivel de interrelación entre las comunidades posibilitó también un consenso generalizado a la hora de establecer las costumbres funerarias. A partir de entonces, la mayoría de las inhumaciones pasaron a realizarse en cuevas o abrigos, cuya entrada se cerraba con un muro de piedra. En el interior de los espacios así delimitados se depositaban los cadáveres de todos

los miembros de la comunidad, a excepción de los recién nacidos, cuyo destino nos es desconocido. Con el tiempo y la sucesión de enterramientos, los esqueletos se iban desarticulando, rompiendo y dispersando, circunstancia que puede ser interpretada en clave simbólica como indicio de que el anonimato colectivo primaba sobre consideraciones individualistas. Por norma general, los cuerpos eran inhumados tan sólo con una humilde pieza de ropa, lo que da idea del reducido dispendio social en este tipo de ceremonias y, a la vez, del grado de igualdad social. Queda en el aire la probable práctica del infanticidio femenino, una hipótesis propuesta a partir del estudio osteológico de los restos humanos de la Sala 1, que parecería desentonar en este panorama. De confirmarse, habría que concluir que el coste de la igualdad recayó sobre las mujeres, quizás la primera forma de desigualdad, aunque no por ello ni universal ni consustancial a las sociedades humanas. La cueva de Es Càrritx nos ha enseñado que la actividad humana se concentró en la Sala 1, la más próxima al exterior. Éste es el lugar que se destinaba a las personas fallecidas y que marcaba el límite con el mundo de las vivas. Poca gente se aventuraba ya a través de las salas interiores, que parece que se convirtieron en tabú. Ahora bien, el interior de la tierra nunca dejó de constituir un espacio cargado de significación para las comunidades menorquinas. Algunas de las cavidades no utilizadas como cementerio fueron el escenario de rituales insospechados, que sólo los asombrosos descubrimientos de la Sala 3c de la cueva de Es Mussol han permitido conocer.

A finales del II milenio a.n.e., algunos individuos se trasladaron hasta las entrañas de la tierra como parte de un ritual iniciático. Cualquiera que se acerque hoy en día al paraje de Cala Be, donde se enclava Es Mussol, quedará impresionado por la dureza de los acantilados y la fuerza del mar. Allí, con unos medios técnicos que distaban mucho de nuestras modernas embarcaciones e instrumentos de escalada, culminaba el viaje de una persona o personas, cuya vida probablemente quedó marcada por esta experiencia. Una vez en el interior de la cueva, quedaba todavía un

trazo por recorrer hasta acceder a un lugar recóndito donde era revelado un mensaje cuyo contenido estaba totalmente alejado de la vida cotidiana.

Frente a un ser sobrenatural representado en una talla de madera, mitad humano mitad animal, tenía lugar una actividad destinada a completar una formación que conferiría una condición social especial a ciertos individuos. El ídolo ocupaba una posición preeminente en el pequeño espacio. Estar allí contemplándolo a la luz trémula de una pequeña llama no se hallaba al alcance de cualquiera. Se había puesto en juego la propia vida a lo largo del viaje iniciático hasta llegar a un lugar subterráneo excepcional y secreto, ajeno a cualquier condición de cotidianidad. Una vez allí, se había entablado contacto con una serie de objetos igualmente excepcionales que, a modo de símbolos, ocuparon su lugar en el orden de una narración de contenido sobrenatural. Viaje arriesgado, secretismo e instrucción han sido conceptos que hemos tenido particularmente en cuenta a la hora de definir lo acaecido en la cueva de Es Mussol como parte de un ritual de iniciación.

Todavía no sabemos si la figura del “mediador” o chamán resultaba inédita en el seno de las comunidades prehistóricas de etapas precedentes. Muchísimas sociedades cuentan con este tipo de personajes, parcialmente especializados en cometidos que van desde el culto a la curación de enfermedades. Sin embargo, los objetos asociados al rito de iniciación dejan entrever una serie de connotaciones ideológicas novedosas. El énfasis en la consideración ritual de la cabeza reflejado en las tallas de Es Mussol es una de estas innovaciones. El análisis iconográfico de estos singulares objetos de madera ha permitido inferir dos aspectos muy significativos. En primer lugar, el busto antropomorfo revela en sus detalles una clara intención realista que, pese a los desperfectos ocasionados por el paso del tiempo, cabría interpretar como un retrato masculino. Este tipo de representación, centrada en los rasgos más identificables de una persona, remite al reconocimiento conceptual de la figura del individuo.

En segundo lugar, la talla zooantropomorfa constituye un referente simbólico alejado de la experiencia cotidiana, lo cual sugiere que el discurso en el cual tenía sentido pertenecía al terreno de la metafísica y, dentro de ella, tal vez a una dimensión mitológica con tintes teológicos. Si hemos acertado en la identificación de los cuernos tallados como propios de cérvidos jóvenes, podemos entonces invocar una rica tradición ideológica europea que desde épocas remotas asociaba estos animales a los conceptos de fertilidad y regeneración de la vida. Resultaría entonces extremadamente sugerente el hecho de encontrar la manifestación de estos principios en el lugar donde tiempo atrás fueron igualmente celebrados. No obstante, si en un primer momento tales ideas eran consustanciales a una fuerza anónima subterránea, quizás nombrada en femenino, ahora aparecen vinculados a una entidad con rasgos claramente individualizados. Así pues, habría razones para sugerir la instauración de un nuevo orden simbólico que reconocía manifiestamente la figura del individuo masculino y su capacidad de interlocución con una entidad sobrenatural. Este orden desplazó el protagonismo de la ideología articulada en torno al anonimato de la tierra, ocupando la que hasta entonces había sido su morada.

Estos cambios ideológicos suscitan nuevos interrogantes: ¿Fueron un producto de la evolución de las comunidades menorquinas o fruto de contactos con el exterior? ¿Afectaron los cambios únicamente a la esfera ideológica? Las respuestas que podemos ofrecer en estos momentos distan mucho de ser definitivas. Aun así, convendría tener en cuenta que el horizonte cronológico de las tallas de la cueva de Es Mussol corresponde a una época de crisis generalizada en el ámbito mediterráneo. La historiografía tradicional ha situado aquí los movimientos de gentes designadas como “Pueblos del Mar”, en alusión a masas poblacionales en movimiento que, procedentes del Mediterráneo central y del Egeo, provocaron o aceleraron la caída de algunos de los grandes imperios y civilizaciones de Asia Menor, Anatolia y el Egeo. Ignoramos la escala en que esta crisis global afectó a las sociedades baleáricas, pero no

hay que olvidar que las islas no vivían ajenas a lo que acontecía en los territorios continentales cercanos. Desde tiempo atrás se utilizaban materias primas de procedencia alóctona, como el marfil y el estaño, lo cual indica la existencia de redes de intercambio. No obstante, es precisamente a finales del II milenio a.n.e. cuando se constatan algunas de las evidencias más firmes de relaciones exteriores. El detallado análisis de los objetos incluidos en el depósito de la Sala 5 de la cueva de Es Càrritx permite afirmar que Menorca compartía algunas de las innovaciones tecnológicas practicadas por las sociedades que habitaban la zona circumalpina y el norte de Italia. Las relaciones se mantuvieron en la transición al I milenio a.n.e. y en los primeros siglos de éste, y no se redujeron al intercambio de materias primas o productos, sino que implicaron la difusión de conocimientos técnicos y concepciones religiosas e ideológicas. No en vano, del entorno geográfico mencionado proceden abundantes testimonios, bien que posteriores, concernientes a la veneración a un ser sobrenatural mitad humano, mitad ciervo. En suma, no descartamos que algunos grupos arribasen a las costas de las Baleares, en un contexto de migraciones e inestabilidad generalizadas.

Desde la perspectiva que ofrece un estudio diacrónico como el abordado en estas líneas, podríamos considerar el protagonismo simbólico de la cabeza humana manifestado en Es Mussol como el preludio de novedades en el ceremonial funerario. Hacia el 1100 a.n.e., el grupo que inhumaba en la cueva de Es Càrritx inició una nueva forma de ritual que tenía como protagonista el cabello de algunas de las personas fallecidas. A la exposición del cadáver en un lugar específico de la Sala 1, seguía el tratamiento peculiar y el corte de los cabellos antes de que éstos fueran introducidos en unos contenedores de madera o de cuerno de bóvido cerrados con tapaderas de madera o de hueso. Estos envases eran de hecho objetos de uso cotidiano que acompañaron tal vez a quienes los habían utilizado, tras su defunción.

El tratamiento dispensado a los cabellos nos remite a la importancia simbólica de la cabeza. Este énfasis se expresó de

manera más patente mediante la separación ritual del cráneo una vez el cadáver se hallaba reducido al esqueleto. Tras dicha separación, los cráneos eran colocados en algunas zonas periféricas de la Sala 1 de la cueva de Es Càrritx, en especial en el interior de la fosa situada a un nivel inferior. Ello da idea de la complejidad de los ritos mortuorios practicados a partir del cambio de milenio, ya que la segregación de los cráneos requería una segunda ceremonia, semanas o meses después de la primera, quizás cuando se producía un nuevo fallecimiento.

Todas estas novedades afectaron diferencialmente a los individuos inhumados. La gran cantidad de cráneos recolocados parece indicar que la separación craneal era una práctica generalizada, aunque no a todos los cadáveres les fue aplicado el corte de cabellos, ni tampoco todos fueron enterrados junto a algún objeto metálico como ofrenda. Estas restricciones, a las que podríamos añadir la práctica de trepanaciones rituales a ciertos hombres, indican diferencias ceremoniales, aunque difícilmente reflejan una sociedad dividida en clases. Aun así, las novedades registradas en la esfera ritual pudieron estar en consonancia con un proceso de paulatina descomposición de la organización social tradicional, en favor de la instauración de unidades políticas de base territorial. En los primeros años del I milenio a.n.e., dicho proceso comenzó a manifestarse a través de la agregación de la población en núcleos habitacionales cada vez más densamente ocupados. Poco tiempo después, estos centros serán el escenario de la construcción de grandes obras públicas colectivas, los célebres talayots, en torno a las cuales girarán las nuevas prácticas de cohesión social.

Los últimos rituales celebrados en las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol deben ser entendidos en este contexto general. Hacia el año 800 a.n.e. cesaron las inhumaciones en la Sala 1 de Es Càrritx. El espacio funerario había constituido hasta entonces el punto focal de cohesión de las unidades sociales organizadas conforme a relaciones de parentesco que habitaron Menorca desde mediados del II milenio a.n.e. Sin embargo, la nueva situación política desvió el esfuerzo social y la ideología cohesionadora hacia los poblados

y los talayots. La atracción fue tan grande que las prácticas funerarias tradicionales cayeron en desuso o desaparecieron por completo en Mallorca y Menorca.

En este momento en que las costumbres ancestrales estaban llegando a su fin, uno o varios individuos ocultaron en el interior de la cueva de Es Càrritx los objetos más significativos de una tradición moribunda: los cabellos de los antepasados y los objetos implicados en su manipulación (peine, espátulas, bastoncillos, vasos, cuchilla). También por aquel entonces o poco antes tuvieron lugar las prácticas consistentes en la ofrenda de valiosos objetos metálicos y de marfil, documentadas en las salas interiores de Es Mussol y de Es Càrritx.

Cuando las prácticas funerarias en recintos sólidos volvieron a reemprenderse con fuerza en las comunidades baleáricas, ya en el siglo V a.n.e., la naturaleza había hecho que la cueva de Es Càrritx fuese un lugar casi oculto y de difícil acceso, mientras que el significado mítico de la cueva de Es Mussol ya había caído en el olvido.

Composición del equipo y agradecimientos

Cualquier proyecto arqueológico supone un esfuerzo colectivo. Durante los cuatro intensos años (1995 – 1999) en que se desarrolló la investigación, una larga lista de personas contribuyó a que nuestra labor llegara a buen puerto. En primer lugar, queremos expresar nuestro profundo agradecimiento a Pedro Arnau, estrecho colaborador en ciertas parcelas de la investigación. Sin su pasión por la espeleología y su enorme respeto por la herencia pública de Menorca, hoy no sabríamos que las cuevas de Es Càrritx y de Es Mussol existen. También estamos en deuda con Manolo Rojo, por aquel entonces concejal de Educación del Ayuntamiento de Ciutadella, y con Simó Gornés, que desempeñaba la máxima responsabilidad en la *Conselleria d'Educació, Cultura i Esports del Consell Insular de Menorca*, por el apoyo institucional y la confianza que nos brindaron en todo

momento. El personal de dicha *Conselleria*, en especial Joana Maria Gual, Toni Seguí y Josep Lluís Florit, ofrecieron siempre una valiosa ayuda. Nuestro agradecimiento también al personal del Museu Municipal de Ciutadella "Es Bastió de Sa Font", Toni Camps, Joana Fernández, Elena Sintes y de nuevo Pedro Arnau, quienes desde el verano de 1995 hasta la fecha han cuidado de la conservación de los hallazgos y facilitado los trabajos de laboratorio. Dylan Cox dedicó pacientemente largas horas a la catalogación y preservación de los hallazgos en el citado museo. Noël Siver fue la principal responsable de la restauración y conservación de los materiales arqueológicos. Sin su categoría profesional y denodado esfuerzo, poco de lo descubierto podría ser contemplado en la actualidad. Gonzalo Moll ("Salo") y Ester Mascaró, del canal autonómico balear de TVE, siguieron puntual y fielmente junto con Laura Banyon el desarrollo de las investigaciones desde las páginas de Sa Revista-Cap de Ponent. Numerosos análisis especializados y labores de registro gráfico e ilustración exigieron la participación de un gran número de personas. Todas ellas hicieron gala de una extraordinaria dedicación y profesionalidad, y a su esfuerzo se debe mucho de lo que hoy podemos explicar.

- Geología y geomorfología: David Gómez-Gras (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Morfología y litogenia espeleológica: Pedro Arnau (Museu Municipal de Ciutadella y Unió Excursionista Menorquina).
- Micromorfología de suelos arqueológicos: Charles A. I. French (University of Cambridge).
- Dataciones radiocarbónicas: Murry A. Tamers y Darden G. Hood (Beta Analytic Inc., Miami); R. E. M. Hedges, R. Housley, P. B. Pettitt, C. Bronk Ramsey y G. J. van Klinken (Oxford Radiocarbon Accelerator Unit - Research Laboratory for Archaeology and the History of Art, Oxford University); Mark Van Strydonck (Koninklijk Instituut voor het Kunstpatrimonium, Bruselas); B. Kromer (Institut für Umweltphysik, Universität Heidelberg).
- Antracología: Raquel Piqué (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Carpología: Hans-Peter Stika (Universität Hohenheim, Stuttgart).
- Palinología: Anthony J. Stevenson (University of Newcastle).
- Análisis faunísticos: Mabel Montero (Universitat Autònoma de Barcelona) y la colaboración de Jordi Estévez y Maria Saña (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Análisis microfaunísticos: Gabriel Alcalde (Universitat de Girona).
- Antropología física: Cristina Rihuete Herrada (Universitat Autònoma de Barcelona) y la colaboración de Jane E. Buikstra (University of New Mexico, Albuquerque).
- Análisis microscópico de cabellos humanos: Stephanie Smith (Criminal Investigation Laboratory, Southwestern Institute of Forensic Sciences, Dallas).
- Análisis de paleodieta y ADN: Eva Fernández, Francesc Bert, Alejandro Pérez-Pérez y Daniel Turbón (Universitat de Barcelona).
- Análisis de composición de objetos metálicos: Sophie Stos-Gale (Oxford University).
- Análisis de composición de pastas cerámicas: David Gómez-Gras y Roberto Risch (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Industria lítica: Roberto Risch (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Análisis de composición de objetos de fayenza: Julian Henderson (University of Nottingham).
- Fotografía de campo: Pedro Arnau, Josep Lluís Florit, Carles Roig, Xavier Roig, José Luis Ruiz-Peinado y Pepe Mascaró.
- Fotografía de objetos en el laboratorio: Peter Witte.
- Filmación VCR: Carles Roig, Xavier Roig y Gonzalo Moll.
- Planimetría de campo: Josep Lluís Florit (CIM), Pedro Arnau (Museu Municipal de Ciutadella), Ruth Whitehouse, Edward Herring (Institute of Archaeology, University College London) y Carmen Lara (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Dibujo de materiales arqueológicos: Ramón Álvarez Arza (Universitat de Barcelona), Carmen Lara y Xavier Carlús (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Tratamiento informático de imágenes digitales (CCD): Sylvia Gili Suriñach (Universitat Autònoma de Barcelona) y José Antonio Soldevilla "Peluso" (Catalana de Telescopios).

- Tratamiento informático de dibujos arqueológicos: Raquel Sánchez Espada (Universitat Autònoma de Barcelona).
- Restauración y conservación de materiales arqueológicos: Noël Siver y la colaboración de Dylan Cox, Isabel León, Maria Mertzani, Sophie Julien, Charo Rodríguez (Institute of Archaeology-University College London) y Cathy Daly.
- Apoyo e infraestructura de campo (cueva de Es Mussol): Salvador Moragues y Guillem Triay (Cuerpo de Bomberos de Menorca, Ciutadella), y Josep Riera (Unió Excursionista Menorquina).

La lista de quienes colaboraron en las campañas de campo y de laboratorio también es extensa: Víctor Arias, José Bravo, Begoña Camps, César Cañamero, Ana Casado, Dylan Cox, Blanca Fayas, Josep Lluís Florit, Daniel Garreta, Rodolfo Gener, Carles Gispert, José María González, Edward Herring, Otelo Llorens, José Lull, Jaume Manubens, Josep Mascaró, Toni Masferrer, Ester Medina, Montserrat Menasanch, Ramón Menasanch, Josep Lluís Moles, Toni Moll, Nando Orfila, Toni Orfila, Carles Oriols, Paula Paredes, Jaume Peralta, Joan Piris, Glòria Pons, Eduard Pons i Orfila, Carles

Roig, Xavier Roig, José Luis Ruiz-Peinado, Josep Salort, Teresa Sanz, Elena Sintes, Margarita Sintes, Cesc Triay, Guillem Triay, Pere Triay, Vicente Villena, Ruth Whitehouse y John Wilkins.

A todas y todos, infinitas gracias, ya que con su trabajo hicieron posible el nuestro.

Por último, nuestro reconocimiento y gratitud se dirige a las instituciones y personas que han facilitado el apoyo financiero indispensable y los permisos para llevar a cabo nuestra investigación: Ayuntamiento de Ciutadella de Menorca, *Conselleria d'Educació, Cultura i Esports del Consell Insular de Menorca*, Fundación Rubió-Tudurí Andrómaco, *Comissió Interdepartamental per a la Recerca i la Investigació Tecnològica de la Generalitat de Catalunya* (CIRIT), Dirección General de Investigación Científica y Tecnológica (DGICYT) y *University of Reading* (Reino Unido). Las propietarias de los terrenos donde se localizan los yacimientos, Pilar de Olives de Vidal (cueva de Es Càrritx) y Mercedes Esquella Manso (cueva de Es Mussol) no pusieron trabas a que se realizara nuestro trabajo.

catálogo

Hallazgos de la cueva de Es Càrritx y de la cueva de Es Mussol



1

1. Vasija ovoide

Cueva de Es Càrritx, sala 3, n. FD-81.
Cerámica.

Altura aprox. 25,6 cm.

1600 - 1450 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 3.5.



2

2. Vaso de perfil tulipiforme

Cueva de Es Càrritx, sala 3, n. FD-82.
Cerámica.

Altura 7,6 cm.

1600 - 1450 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 3.7.



3

3. Vasija globular con seis asitas

Cueva de Es Càrritx, sala 6, n. FD-80.
Cerámica.

Altura aprox. 9,7 cm.

1600 - 1450 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 3.11.



4

4. Pie o mano

Cueva de Es Càrritx, sala 6, n. varios.

Agrupación de huesos humanos formada por tres metatarsianos de un mismo empeine y un metacarpiano.

1600 - 1450 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, lám. 38.



5

5. Estalactitas fragmentadas

Cueva de Es Càrritx, sala 6.

Calcita.

1600 - 1450 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, lám. 40.

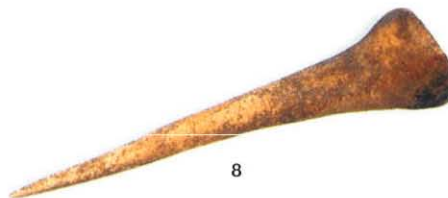


6

6. Ollita simbólica con apliques
Cueva de Es Càrritx, sala 7, n. VCO-5.
Cerámica.
Altura 6,8 cm.
1600 - 1450 a.n.e.
Lull et alí 1999a, fig. 3.11.



7



8



9



10



11



12

7. Percutor

Cueva de Es Mussol, sala 1, n. S1-L-1.
Metagrauvaca.

Longitud 11,2 cm.
1600 - 1450 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 2.10.

8. Punzón

Cueva de Es Mussol, sala 1, n. S1-III-011.

Radio de bóvido.
Longitud 15 cm.
1600 - 1450 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 2.9.

9. Botón prismático

Cueva de Es Mussol, sala 1, n. S1-0-177.

Marfil de elefante.
Altura 2,8 cm.
1600 - 1450 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 2.9.

10-12. Ollas globulares (tipo 6A)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-30, 76, 125.

Cerámica.
Altura 11,3-12,6 cm.
1450 - 1350 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 17.



13



14



15



16

13. Olla globular (tipo 6B)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-29.

Ceràmica.

Altura 15,3 cm.

1450 - 1350 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 18.

14. Olla globular (tipo 6D)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-67.

Ceràmica.

Altura aprox. 13 cm.

1450 - 1350 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 18.

15. Olla con resalte angular (tipo 6C)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-2.

Ceràmica.

Altura 11,6 cm.

1450 - 1350 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 18.

16. Gran vasija (tipo 7)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-62.

Ceràmica.

Altura total aprox. 85 cm.

1450 - 1200 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 25.



17



18



19



20

17. Olla carenada (tipo 5A)
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-1.
Cerámica.
Altura 10 cm.
1450 - 1100 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 12.

18. Olla carenada (tipo 5B)
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-72.
Cerámica.
Altura 8,7 cm.
1450 - 1100 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 12.

19. Olla carenada (tipo 5C)
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-5.
Cerámica.
Altura 11,7 cm.
1450 - 1100 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 12.

20. Olla carenada (tipo 5C)
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-139.
Cerámica.
Altura aprox. 12 cm.
1450 - 1100 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 15.



21



23



22



24

21-24. Cuencos (tipo 2A)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-68, 21, 95, 116.

Cerámica.

Altura 4,4-5,6 cm.

1450 - 1100 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 3.



25

26



27



28



29

25-28. Cuencos (tipo 3A)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-27, 28, 108, 17.
Ceràmica.

Altura 5,8 cm, 7,4 cm, 7 cm, 11,2 cm.

1450 - 1100 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 5.

29. Cuenco (tipo 3A)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-026.

Ceràmica.

Altura 7 cm.

1250 - 800 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 5.



30



31



33



32



34

30-34. Ollas pequeñas (tipo 4A)

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-31, 66, 75, VCO-2. 3.

Cerámica.

Altura 4,9-8,1 cm.

1250 - 800 a.n.e.

Lull y Micó 1999, fig. 8.



35



36



37



38



39

35. Olla pequeña (tipo 4C)
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. VCO-1.
Cerámica.
Altura 6,4 cm.
1250 - 800 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 9.

36. Vaso troncocónico (tipo 1A)
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-79.
Cerámica.
Altura 9,7 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 1.

37-39. Vasos troncocónicos (tipo 1A)
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. FD-64, 69, 70.
Cerámica.
Altura 3,4 cm, 7,5 cm, 7,6 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull y Micó 1999, fig. 1.



40



41



42



43



44

40. Pectoral o prendedor
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-43.
Bronce.
Longitud 4,6 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, lám. 53.

41. Pectoral corniforme
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-72.
Bronce.
Longitud 6,1 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, lám. 53b.

42-43. Torques
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. XFM-108, 116.
Bronce.
Diàmetre 14,2 cm, 12,4 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, figs. 3.32 y 3.33.

44. Colgante en forma de copa
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. XF-M-102.
Bronce.
Longitud 3 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 3.36.



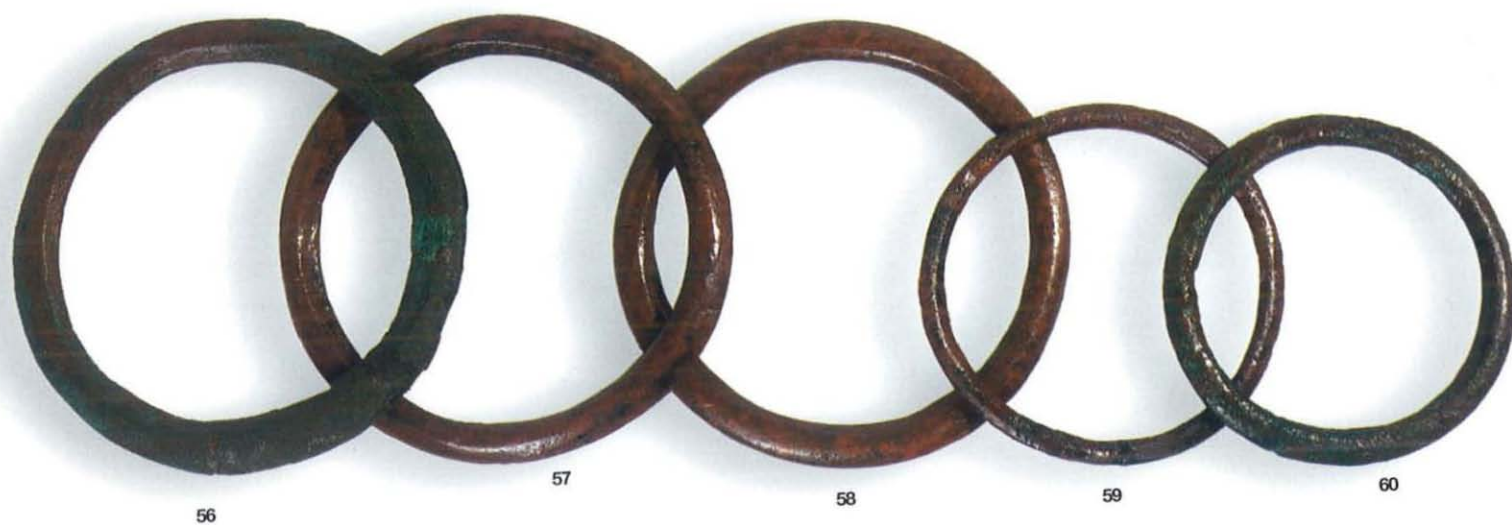
45-47. Cuentas bicónicas
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-9, 17, 57.
Bronce.
Diámetro 1,65-1,8 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 3.36.

**48-50. Cuentas
espiraliformes**
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. XF-M-85, 103, 113.
Bronce.
Longitud 1,1-1,4 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 3.45.

51. Aguja
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. XFM-118.
Bronce.
Longitud 15,1 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 3.31.

52. Disco
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-47.
Bronce.
Diámetro 5,7 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 3.34.

**53-55. Brazaletes abiertos
de sección mixta (circular y
oval)**
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-15, 36, 38/61.
Bronce.
Diámetro 4,1 -5,2 cm.
1450 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 3.41.



56-60. Brazaletes cerrados de sección lenticular
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. X1-M-16, 19, 22, 40, 126.
Bronce.
Diámetro 5,3-6,5 cm.
1450 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 3.42.



61



62



63



64



65



66



67



68



69



70



71



72



73

61-62. Puntas de lanza

Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X4-M-88, 129.

Bronce.

Longitud 3,4 y 5,3 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.36.

63-64. Cuchillas

Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-25, 83.

Bronce.

Longitud 7,5 y 9,8 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.34 y 3.35.

65. Cincel

Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-18.

Bronce.

Longitud 7,3 cm.

1450 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.39.

66-67. Punzones/espátulas

Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. XI-M-20/82 y XF-M-94.

Bronce.

Longitud 8,2 y 7,4 cm.

1450 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.39.

68-73. Punzones

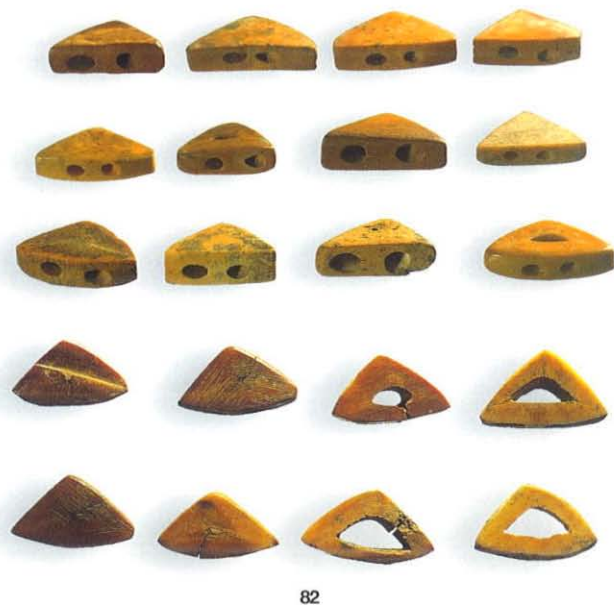
Cueva de Es Càrritx, sala 1,
n. X1-M-2, 3, 32, 35, 46, 90.

Bronce.

Longitud 3,7-4,8 cm.

1450 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.38.



74-79. Brazaletes

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. X1-M-48/49/54, 4/30, 6, 98/104, 107/109, 5/201.

Hierro.

Diàmetre 5,3-7 cm.

1000 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.47.

80-81. Grapas

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. X1-M-203, 204.

Hierro.

Longitud 1,2 cm.

1000 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.48.

82. Botones

Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. varios.

Hueso y colmillos de suido.

Altura 0,5-1,3 cm.

1450 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, lám. 55a, b, c, d.



83

84

85



87



88



86



89



90



91

83-85. Tapaderas

Cueva de Es Càrritx,
sala 1, n. XFO-39, 41, 42.
Escápula o costilla de
mamífero grande.
Diámetro 3,2-4,5 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 56.

86. Tapadera

Cueva de Es Càrritx,
sala 1, n. VC-04.
Cerámica.
Longitud 8 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 3.22.

87-88. Punzones

Cueva de Es Càrritx,
sala 1, n. X10-145 y
XFO-37.
Hueso de ovicáprido.
Longitud 2,6 y 9,4 cm.
1450 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 3.65.

89. Mango

Cueva de Es Càrritx,
sala 1, n. XFO-38.
Hueso de ovicáprido.
Longitud 5,3 cm.
1450 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 3.65.

90. Cuenta de collar

Cueva de Es Càrritx,
sala 1, n. XL-527.
Piedra.
Diámetro 2 cm.
1450 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 3.67.

91. Cuentas de collar

Cueva de Es Càrritx,
sala 1, n. varios.
Fayenza.
Diámetro 0,5-0,6 cm.
950 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 57a, b.



92



93



94



95

**92. Contenedor trilobulado decorado
(anverso y reverso)**

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-23.
Olea europaea (acebuche u olivo).

Altura 8,8 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 60.

**93. Tapadera trilobulada decorada
(anverso y reverso)**

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-15.
Buxus cf. balearica (boj).

Longitud 9,8 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 61a, b.

**94. Tapadera bilobulada
(anverso y reverso)**

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-16.
Erica sp. (brezo).

Longitud 11,5 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 3.73.

**95. Base bilobulada
(anverso y reverso)**

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-43.
Buxus cf. balearica (boj).

Longitud 10,6 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 3.73.



96



97



98

96. Tapadera

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-45.

Erica sp. (brezo).

Longitud 4,9 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.75.**97. Contenedor cilíndrico con cabellos**

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-O-2.

Asta de bóvido.

Altura aprox. 8 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, lám. 64b.**98. Base**

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-9.

Erica sp. (brezo).

Diámetro 3,8 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, fig. 3.75.



99



100

101



102



103



104



105



106



107

99. Tapadera
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-VM-1. *Erica*
sp.
Longitud 6,1 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig.
3.79.

100. Contenedor
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-VM-4. *Buxus*
cf. *balearica*.
Altura 9 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig.
3.79.

101. Base
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-VM-31. *Buxus*
cf. *balearica*.
Diámetro 5,6 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig.
3.79.

102. Tapadera
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-O-1. Hueso.
Diámetro 3,3 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig.
3.77.

103. Base con remaches
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-VM-20.
Olea europaea.
Longitud 2,6 cm.
Diámetro 3,9 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig.
3.77.

104. Fragmento de varilla
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-M-3. Bronce.
Longitud 2,6 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig.
3.97.

105. Base
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-VM-27. *Erica*
sp.
Diámetro 3,5 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig.
3.74.

106. Contenedor
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-O-4. Asta de
bóvido.
Altura aprox. 6
cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a,
lám. 63.

107. Tapadera decorada
Cueva de Es
Càrritx, sala 5, n.
X5-VM-6. *Buxus*
cf. *balearica*.
Longitud 8,1 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a,
lám. 3.74.



108



110



109



111

108. Cabello

Cueva de Es Càrritx, sala 5.
1100 - 800 a.n.e.
Smith 1999, 549-554.

109. Cabello

Cueva de Es Càrritx, sala 5.
Longitud máxima 13 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Smith 1999, 549-554.

110-111. Ollas pequeñas (tipo 4A)

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VCO-6, 7.
Cerámica.
Altura 7,8 - 9,3 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, fig. 3.88.



112. Vaso troncocónico con espátula
Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-26.
Buxus cf. balearica (boj).
Altura 7,2 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 66.

112



113



115



114

113. Vaso troncocónico

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-25.

Buxus cf. balearica (boj).

Altura aprox. 5,5 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 67.

114. Espátula

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-11/12.

Erica sp. (brezo).

Longitud 14 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 69a.

115. Espátula perforada

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-13.

Erica sp. (brezo).

Longitud 18,9 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 69b.



116. Peine

Cueva de Es Càrritx, sala 5, n. X5-VM-14.

Buxus cf. balearica (boj).

Longitud 7,9 cm.

1100 - 800 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 70.



117

117. Bastoncillo corniforme
Cueva de Es Càrritx, sala 5,
n. X5-VM-22.
Olea europaea (acebuche u
olivo).
Longitud 12,1 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 72.



118

118. Bastoncillo cónico
Cueva de Es Càrritx, sala 5,
n. X5-VM-35.
Olea europaea (acebuche u
olivo).
Longitud 6,8 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 3.99.



119

119. Bastoncillo
Cueva de Es Càrritx, sala 5,
n. X5-VM-5.
Olea europaea (acebuche u
olivo).
Longitud 9,6 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 72b.



120

120. Pectoral o prendedor
Cueva de Es Càrritx, sala 5,
n. X5-M-2.
Bronce.
Longitud 13,6 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 71.



121

121. Cuchilla
Cueva de Es Càrritx, sala 5,
n. X5-M-1.
Bronce.
Longitud 8 cm.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 3.97.



122. Talla zooantropomorfa

Cueva de Es Mussol, sala 3, n. S3c-VM-10a.

Olea europaea (acebuche u olivo).

Altura 14,9 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 17.

122

**123. Talla antropomorfa**

Cueva de Es Mussol, sala 3, n. S3c-VM-14a/15a.

Olea europaea (acebuche u olivo).

Altura 9,4 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 14.



124

122. Posible talla antropomorfa

Cueva de Es Mussol, sala 3, n. S3c-VM-22a.

Olea europaea (acebuche u olivo).

Altura 11 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 20.



125

123. Soporte perforado

Cueva de Es Mussol, sala 3, n. S3c-VM-20a/1.

Olea europaea (acebuche u olivo).

Longitud 10,9 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 20b.



126

124. Fragmento de pieza apuntada

Cueva de Es Mussol, sala 3, n. S3c-VM-11a/1.

Buxus cf. balearica (boj).

Longitud 13,5 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, lám. 20c.



127

128

129



131



132



130



133

127-129. Ollas pequeñas

Cueva de Es Mussol, salas 2 y 3, n. S3c-C-12, 18 y 36.

Cerámica.

Altura 5,7 cm, 6,9 cm y 7,5 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 2.19.

130. Vaso carenado

Cueva de Es Mussol, sala 2, n. S2-C-24a.

Cerámica.

Altura aprox. 7 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 2.19.

131. Olla pequeña

Cueva de Es Mussol, sala 2, n. S2-8c.

Cerámica.

Altura 4,8 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 2.19.

132. Vaso troncocónico

Cueva de Es Mussol, sala 3, n. S3c-C-21.

Cerámica.

Altura 5 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 2.19.

133. Fragmento de gran vasija

Cueva de Es Mussol, sala 2, n. S2c-30-32.

Cerámica.

Altura 12 cm.

1200 - 1000 a.n.e.

Lull et alii 1999a, fig. 2.20.



**134. "Espejo" y ornamento
(anverso y reverso)**

Cueva de Es Mussol, sala 4,
n. MU-S4a-178.

Bronce.

Altura 17,4 cm.
1000 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, lám. 24.



134

**135. Adorno en forma de disco**

Cueva de Es Mussol, sala 4, n. MU-S4a-O-176.

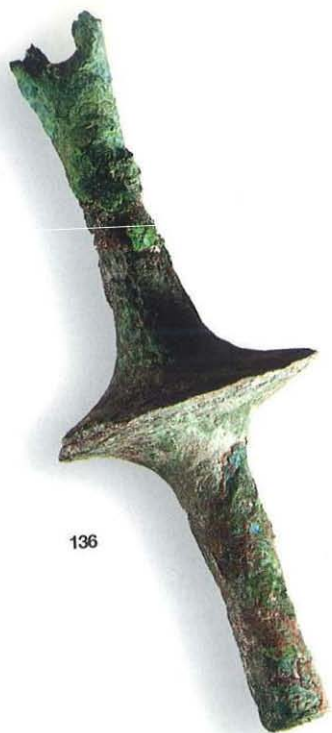
Marfil de elefante.

Diámetro 9,5 cm.

1000 - 800 a.n.e.

Lull *et alii* 1999a, lám. 26.

135



136

136. Cuenta bicónica
Cueva de Es Mussol, sala 1,
n. MU-S1-M-1104.
Bronce.
Altura 10 cm.
1000 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 21.



138



137

137. Cuchilla triangular
Cueva de Es Mussol, sala 4,
n. MU-S4a-M-57.
Bronce.
Altura 10,8 cm.
1000 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 22.



139

139. Espátula
Cueva de Es Mussol, sala 5,
n. MU-S5-M-62.
Bronce.
Altura 7,6 cm.
1000 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, fig. 2.26.



140

**140. Fragmento de una
punta de lanza**
Cueva de Es Mussol, sala 5,
n. MU-S5-M-61.
Bronce.
Altura 3,3 cm.
1000 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 25.



141

141. Cráneo masculino con trepanación
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. AR-34.
Hueso humano.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, lám. 50.



142

142. Cráneo masculino con trepanación
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. AR-112.
Hueso humano.
1100 - 800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, 199-200.



143

143. Cráneo masculino con trepanación
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. AR-164.
Hueso humano.
1100-800 a.n.e.
Lull *et alii* 1999a, 199-200.



144



147

148

149

144. Criatura de entre 3-5 años
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. AR-26.
Huesos humanos.
Aprox. 1450 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 43a.

145. Varón de entre 30-35 años
Cueva de Es Càrritx, sala 1, n. AR-28.
Huesos humanos.
Aprox 1200 a.n.e.
Lull et alii 1999a, lám. 43b.



145

146-149. Cráneos masculinos y femeninos
Cueva de Es Càrritx, sala 1.
Huesos humanos.
1100 - 800 a.n.e.
Lull et alii 1999a, 179-200.

bibliografía

- GILI I SURINACH, S. 2002 (realización y diseño), *La Cova des Càrritx –Ciutadella, Menorca-*. Recurso multimedia en CD-ROM, Universitat Autònoma de Barcelona. ISBN: 84-600-9734-X.
- LULL, V. y MICÓ, R. 1999, Análisis morfométrico y tecnológico de la cerámica funeraria de la Cova des Càrritx, in Lull et alii, 1999a, *La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol. Ideología y Sociedad en la Prehistoria de Menorca*. Consell Insular de Menorca, Barcelona, 581-624.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 1999a, *La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol. Ideología y Sociedad en la Prehistoria de Menorca*. Consell Insular de Menorca, Barcelona. ISBN: 84-86752-77-9.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 1999b, *Rituales de vida y muerte en la prehistoria de Menorca. La Cova des Càrritx*. Consell Insular de Menorca, Barcelona. ISBN: 84-86752-79-5.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 1999c, *La Cova des Mussol, un lugar de culto en la Menorca prehistórica*. Consell Insular de Menorca, Barcelona. ISBN: 84-86752-78-7.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 2000a, Rituales de vida y muerte en la prehistoria de Menorca. Las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol, *Revista de Arqueología* 225, 18-33.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 2000b, Divinità nelle tenebre. Parlano le grotte delle Baleari, *Archeologia Viva* 84, 54-61.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 2001a, Neue Entdeckungen zur Vorgeschichte von Menorca. Beobachtungen zu gesellschaftlichen und ideologischen Verhältnissen auf den Balearen zwischen 1600 und 800 v.u.Z., *Hispania Antiqua - Vorzeit*, Deutsches Archäologisches Institut/Philip von Zabern, Maguncia, 153-170.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 2001b, Las cuevas de Es Càrritx y Es Mussol (Ciutadella, Menorca). La prehistoria de las Baleares a la luz de las tinieblas, in AA.VV., ...*Y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras*. Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante, 86-101.
- LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C. y RISCH, R. 2002, Social and ideological changes in the Balearic Islands during the Later Prehistory, in Waldren, W. H., Ensenyat, J. A. (eds.), *World Islands in Prehistory. International Insular Investigations*. British Archaeological Reports, International Series 1095, Oxford, 117-126.
- MICÓ, R. 2005, Towards a Definition of Politico-Ideological Practices in the Prehistory of Minorca (Balearic Islands): The Wooden Carvings from the Cova des Mussol, *Journal of Social Archaeology* 5 (2), 276-299.
- RIHUETE HERRADA, C. 2003a, *Bio-arqueología de las prácticas funerarias. Análisis de la comunidad enterrada en el cementerio prehistórico de la Cova des Càrritx (Ciutadella, Menorca), ca. 1450-800 cal ANE*. British Archaeological Reports, International Series 1161, Oxford.
- RIHUETE HERRADA, C. 2003b, Esqueletos humanos en la investigación de la diferencia sexual, in Molas, D. (ed.), *Morir en Femenino*. Barcelona, 17-50.
- RIHUETE HERRADA, C. 2004, Salud y cargas laborales en una comunidad prehistórica menorquina entre c. 1450 y 850 cal ANE, in *Diagnóstico Diferencial en Paleopatología*, Actas del VII Congreso Nacional de la Asociación Española de Paleopatología, Mahón.
- SMITH, S.L. 1999, Evaluación microscópica de muestras de pelo procedentes de la Cova des Càrritx, in Lull et alii, 1999a, *La Cova des Càrritx y la Cova des Mussol. Ideología y Sociedad en la Prehistoria de Menorca*. Consell Insular de Menorca, Barcelona.

créditos

EXPOSICIÓN

Una producción de Manterola Divisió Arte para el Museu d'Arqueologia de Catalunya con el convenio del Consell Insular de Menorca y la Universidad Autónoma de Barcelona

Consejero de Cultura y Educación del Consell Insular de Menorca
Mateu Martínez Martínez

Director general del Patrimonio Cultural
Francesc Tarrats Bou

Director del Museu Municipal de Ciutadella de Menorca
Antoni Camps Extremera

Directora del Museu d'Arqueologia de Catalunya
Núria Rafel i Fontanals

Administrador del Museu d'Arqueologia de Catalunya
Jordi Vela Martínez

Coordinación técnica
Sonia Blasco
Con la colaboración de Anna Garrido, Marta Sáez y Ricard Collado

Comisariado y redacción de textos
Vicente Lull
Rafael Micó Pérez
Cristina Rihuete Herrada
Robert Risch
(Departamento de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Barcelona)

Colaboración técnica
Jordi Rovira

Diseño de la exposición
Olga Subirós, Arquitecto

Diseño gráfico
Polar - Anna Subirós y Roseta Mus Pons

Coordinación de la edición del catálogo
Teresa Carreras Rossell

Ilustraciones
Oriol Garcia i Quera

Dibujos de piezas arqueológicas
Ramón Álvarez Arza
Xavier Carlús
Michele Cupitò

Planimetría
Pedro Arnau
Josep Lluís Florit
Josep Márquez
Montserrat Márquez

Fotografía
Comisariado de la exposición
Consell Insular de Menorca
Oriol Clavell (Museu d'Arqueologia de Catalunya)
Peter Witte
Sylvia Gili i Suriñac
Raquel Piqué i Huerta
José Antonio Soldevilla
Centro Camuno di Studi Preistorici (Italia)
RMN-J. G. Berizzi
The National Museum of Denmark

Actividades didácticas
Marta Pujol
Oriol Ripoll
Schola Didáctica Activa

Producción Audiovisual

SONO

Conservación

Stem, Ignasi Millet

Iluminación

Ramón Tetas

Audiovisuales

Baf, Joan Fericgla

Asesoría Jurídica

Calvet, Estudi Jurídic

Asesoría jurídica, Departamento de Cultura, Generalitat de Catalunya

Equipo directivo Manterola

Director:

Miguel Alejandro Manterola Jiménez

Coordinador general de obra original:

Borja Zabala

Dirección de producción:

Salvador Pons

Gestor de proyecto:

Toni Grané

Dirección financiera:

Josep Tena

Dirección logística:

Guillermo Manterola

Oficina técnica:

Eugènia Martínez

Producción, transporte y montaje:

Manterola Divisió Arte, S. A

Agradecimientos

Ajuntament de Ciutadella de Menorca

Museu Municipal de Ciutadella de Menorca

Joan Alcaraz

Lluïsa Domènech

Jordi Mayas

Elena Sintès

Jorge A. Soler Díaz, Conservador del Museo Arqueológico Provincial de Alicante

Todas las piezas proceden de los fondos del Museu Municipal de Ciutadella de Menorca (Illes Balears).

CATÁLOGO

Edición

Museu d'Arqueologia de Catalunya- Barcelona

Directora

Núria Rafel i Fontanals

Coordinación científica y textos

Vicente Lull

Rafael Micó Pérez

Cristina Rihuete Herrada

Roberto Risch

Documentación

Lourdes Andúgar

Pedro Arnau

Marc Farré

Albert Forés

Elena Sintes

Fotografía

Peter Witte

Oriol Clavell

Consell Insular de Menorca

University College London

Lluís Hernando

SONO

WARA, *Centro Camuno di Studi Preistorici*

Planimetría

Pedro Arnau

Josep Lluís Florit

Josep Márquez

Montserrat Márquez

Dibujos

Ramón Álvarez Arza

Oriol Garcia i Quera

Tratamiento digital de imágenes

Sylvia Gili i Suriñach

Traducción y corrección lingüística

SIMTRAD. Servei de Traducció del SIM/UAB

Coordinación editorial

Sònia Blasco Andaluz

Teresa Carreras Rossell

Marta Sáez Pla

Diseño gráfico

Según adaptación del diseño de Josep M. Mir

Imagen portada

Polar - Anna Subirós y Roseta Mus Pons

Diseño interior y maquetación

Teresa Carreras Rossell

Realitzación

Palahí, Arts Gràfiques

ISBN: 84-393-6974-3

Depósito legal: Gi. 1.521-2005

© De la edición: Museu d'Arqueologia de Catalunya-Barcelona

© De los textos, fotografías y dibujos: Autores correspondientes

Organizan





**Museu d'Arqueologia
de Catalunya**



**Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura**



**CONSELL INSULAR
DE MENORCA**

DEPARTAMENT DE CULTURA I EDUCACIÓ

UAB

**Universitat Autònoma
de Barcelona**

ISBN 84-393-6974-3



9 788439 369745